

El ensayo mexicano moderno

La primera antología panorámica de ensayo en México

EDUARDO AGUIRRE



Universidad de Guadalajara

El ensayo mexicano moderno

La primera antología panorámica
de ensayo en México

Esta publicación fue dictaminada favorablemente mediante el método doble ciego por pares académicos y apoyado por el Programa de Consolidación del Posgrado (PCP, 2025).

M864.44

AGU

Aguirre, Eduardo.

El ensayo mexicano moderno: La primera antología panorámica de ensayo en México /
Eduardo Aguirre.

Primera edición, 2025.

Zapopan, Jalisco: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y
Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2025.

ISBN: 978-607-581-656-2

1. Ensayos mexicanos – Historia y crítica.
2. Ensayo – México – Siglo XX.
3. Crítica literaria – Ensayos, conferencias, etc.
4. Autores mexicanos – Historia y crítica.
5. Literatura mexicana – Historia y crítica.
6. Ensayos mexicanos – Colecciones – Siglo XX.

I.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades,
Unidad de Apoyo Editorial.

Primera edición, 2025

D.R. © 2025, Universidad de Guadalajara

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad de Apoyo Editorial

José Parres Arias 150

San José del Bajío

45132, Zapopan, Jalisco, México

Consulte nuestro catálogo en: www.cucsh.udg.mx

ISBN: 978-607-581-656-2

Editado y hecho en México

Edited and made in Mexico

El ensayo mexicano moderno

La primera antología panorámica
de ensayo en México

EDUARDO AGUIRRE

Universidad de Guadalajara
2025

Se me ocurre una manera indirecta de escribir la historia de la literatura española, que consistiera, no en estudiar esta historia directamente, sino en dar noticia de dónde se la debe estudiar.

ALFONSO REYES, *Teoría de la antología*

Índice

Agradecimientos	11
La antología	13
Lo ensayístico	21
Lo mexicano	27
Lo moderno	37
El Fondo	45
La traducción	63
Apéndice: Las ensayistas	79
Anexos útiles	91
Anexo A	92
Anexo B	94
Anexo C	98
Anexo D	103
Anexo E	104
Anexo F	105
Anexo G	108
Anexo H	111
Anexo I	113
Bibliografía	119
Archivo general del Fondo de Cultura Económica	125
Expedientes consultados en el archivo histórico	126
Expedientes digitales (archivo epistolar)	126
Actas de la Junta de Gobierno	126

Agradecimientos

Quien se inicia en el mundo académico se debe por entero a la generosidad de quienes lo invitan a conversar, a leer y a pensar en voz alta. Este libro, escrito entre 2021 y 2025 durante una estancia posdoctoral SECIHTI en el Departamento de Estudios Literarios de la Universidad de Guadalajara, fue posible gracias al apoyo constante de Teresa González Arce, sobre todo, así como del respaldo de Dulce María Zúñiga, Gerardo Cham, Teresa Orozco, Francisco Estrada, Mauricio Díaz Calderón, Luis Medina, Alicia Amésquita, Sergio Figueroa y Érika Yerena.

Agradezco también la hospitalidad —ese gesto a ratos en bancarrota— del Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, en especial a Antonieta Hernández Rojas, Rosario Martínez Dalmau, Ramiro Gómez Rodríguez y Uriel Pérez Santillán, quienes facilitaron el acceso a materiales indispensables. Finalmente, agradezco la disposición y apertura de Adolfo Castañón, Rodrigo Martínez Baracs y María Guadalupe Ramírez de Lira, con quienes tuve ocasión de conversar —aunque brevemente— sobre algunos de los temas que atraviesan este libro.

La antología

En el 2023 cumplió 65 años de publicada la que probablemente sea la antología de ensayo más importante en México: *El ensayo mexicano moderno* de José Luis Martínez. Un nombramiento nada oficial, desde luego, aunque sea de lo más natural que en el mundo de las antologías, al menos en México, una compilación adquiera el grado supremo de “la más importante” si en sus comentaristas no existe objeción alguna.

Un ejercicio lúdico, nada científico, nada metódico, arrojaría una primera luz: si preguntáramos —a quienes creamos que están en facultades de responder— qué antologías panorámicas de ensayo publicadas en México conocen, ¿cuál sería, ya no el top 10, el top 3 de respuestas? Si preguntáramos ahora cuál de esas tres, a su juicio, es la más representativa, ¿cuál sería la opción más concurrida? Y con el mismo ánimo fisgón, ya abusando del tiempo, preguntáramos los porqués ¿qué tanto variarían las respuestas? Aquí surge el primer enigma: ¿cuándo se ha visto que una antología cuente con buen número de palmas y, por el contrario, ninguno a casi ningún lechugazo? ¿Qué antología, ya no ensayística, ha generado un acuerdo tan aceptado que ni siquiera tenga cabida una disputa?

Una obra, cualquier obra, puede mantener, así transcurran los tiempos, cualidades inalterables que prueben su valía y su innegable contribución a la literatura; pero cuando sus lectores —quiero decir: quienquiera que se pasee por sus páginas, con o sin la pesada maleta de la especialización— no cesan de condecorar que se trata de una antología “dorada”, “privile-

giada”, “prestigiosa” en la historia de la literatura mexicana, como si al hacerlo recibieran estrellita, va siendo cada vez más evidente cómo nos hemos conformado con exaltar su esplendor en lugar de romper la espiral buena onda. No digo —y voy dejándolo claro de una buena vez— que no sea merecedora de todas y cada una de esas medallas, porque es, sin duda que quepa, una compilación sinigual hacia 1958, pero entre tanto encomio y felicitación, entre tanto estrechón de manos y tanto abrazo, entre tanta remembranza amistosa, la antología de José Luis Martínez ha ido cubriéndose con un halo de reverencia que la ha vuelto una antología aplaudida pero no debatida, cuya indiscutible contribución a cierta idea del ensayo mexicano ha eclipsado estudios potenciales que la cotejen, desmientan, actualicen o reformulen.

¿Quiénes, en realidad, se han ocupado del tema? ¿Quiénes verdaderamente le han dedicado tiempo por deseo y no por encargo? ¿En qué momento (obra, ensayo, artículo, ponencia o lo que sea) se decretó que *El ensayo mexicano moderno* es la antología de ensayo más importante de México? ¿Podemos identificarlos? ¿Quiénes, cuándo, cuál? Ha sido tan poca la investigación en torno a ella, y son tan pocos quienes se han interesado por renovar su lectura, que gota a gota va dando su primera consecuencia: las características más notables de José Luis Martínez como historiador, prosista, cronista y crítico se funden y confunden con las que, por legado y esmero, definen a su antología: “Parteaguas”, “referente”, “pionero”, “precursor”, “ícono”, “figura”. Reflexión con emotividad, reminiscencia afectuosa, evocación sentimental, *El ensayo mexicano moderno* se abastece de recuerdos cargados de afecto proclives a la glorificación de una trayectoria, sin que en el camino haya una pausa que separe la mirada general a una carrera profesional —ya dije: magnífica— a lo particular de una obra literaria en específico.

Suele pasar que una obra se consagre por el legado de su autor, no sin un desafortunado corolario que la hace estar donde menos importa que esté: confinada a la pátina de los discursos institucionalizados de clara filiación político cultural organizados con motivo de sus aniversarios. No hay nada de malo con que esté ahí; el problema es que ahí se

quede, o mejor dicho: que ahí la dejemos reposando hasta el siguiente brindis. Por atender el currículum desatendimos la obra, y una lectura que glorifique los aciertos sin considerar sus deslices, ni siquiera el mínimo tropiezo —no parece haberse reparado, por ejemplo, que la primera reimpresión de la tercera edición, en el 2016, con un tiraje de 1,200 ejemplares, aparezca 1968 y no 1958 como año de publicación, y que dicho error se repita hasta en los catálogos del Fondo de Cultura Económica—, irá abultándose en el podio por mero espíritu de concordia. La antología más importante de ensayo en México se elogia pero no se escruta, y la ostentación del título de la más importante, a 65 años de su aparición, se ha ganado a fuerza de repetición laudatoria que muy pocos se han ocupado en problematizar.

El ensayo mexicano moderno es una antología de enormes posibilidades si nos damos el tiempo de hacerle preguntas. ¿Sabemos ya qué significado ha tenido para el campo ensayístico contemporáneo? ¿Sabemos ya cuáles son los intereses estéticos que la motivan? ¿Qué estrategias de acopio subyacen a ella? ¿Qué significa lo moderno de *El ensayo mexicano moderno*? ¿Lo ensayístico? ¿Lo mexicano? ¿Sabemos ya qué grado de influencia tuvo el prólogo de José Luis Martínez en las antologías de ensayo subsecuentes publicadas en territorio nacional? ¿Qué grado de injerencia tuvieron Carlos Villegas y Alí Chumacero, quienes estuvieron “al cuidado de la [primera] edición”, pero desaparecen de los créditos en la última? ¿Cómo se manifiesta la impronta del Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica, particularmente el de Joaquín Diez-Canedo, en la selección de textos, la organización de los contenidos o la estética de la antología? ¿Qué pasó con *El ensayo mexicano contemporáneo*, la antología que Martínez preparaba en 1996? Más aún: ¿sabemos ya si la antología continúe presente en los discursos críticos actuales?

Acaso por el arrojo que supone confrontar la paz establecida, 65 años no han sido suficientes para fracturar el lugar común. El estudio de la antologación del ensayo en México —sea a través de la revisión minuciosa de sus prólogos, sea a través de la siempre polémica selección de autores, o sea en la ponderación de sus puntos de encuentro y desencuentro con

antologías similares (relacionadas o no con la práctica del ensayo)—, requiere comenzar por las preguntas más elementales, por ejemplo ésta, ¿qué hace que *El ensayo mexicano moderno* sea la más importante?

Ofrezco aquí dos razones. La primera: aunque el hábito de antologar literatura había sido bastante familiar y por décadas aplicado a la poesía mexicana, es hasta 1958 cuando se inaugura en terreno ensayístico con la publicación de los volúmenes primero y segundo de *El ensayo mexicano moderno* de José Luis Martínez. Motivo supremo para elaborar una antología de ensayo: no la hay. Sí existen—y de esto me ocuparé más adelante— vestigios en antologías de prosa sin que dichas reflexiones reciban todavía catalogación ensayística; es lícito pensar, entonces, que la prominencia de *El ensayo mexicano moderno* venga dada en primer lugar por el peso inherente de la primicia.

Ser, pues, la primera debe ser entendido también a contraluz de otro factor: publicada cinco años después de la antología de *La poesía mexicana moderna* (1953) de Antonio Castro Leal, y ocho años antes de *Poesía en movimiento* (1966) de Octavio Paz y compañía, *El ensayo mexicano moderno* es pionera en un contexto donde las antologías (las de poesía) desempeñan un papel crítico en la creación, preservación y adaptación de tradiciones literarias. La antología de José Luis Martínez tuvo un impacto doble: por un lado, su selección actúa como archivo de una práctica escritural presente en México, aunque desperdigada y sin orden aparente; por otro, introduce una novedad editorial al presentarla en forma de antología, justo cuando las compilaciones panorámicas articulan herencia y actualidad. Este gesto —el de postular una hermenéutica propia—, tan habitual y obligado en las antologías de poesía, no había sido común en el ensayo mexicano; no, al menos, en formato antológico, y no, al menos, bajo pretensiones panorámicas guarecidas en los gustos del antologador.

Si las antologías de prosa anteriores a 1958 habían sido, a lo sumo, florilegios guiados por el afán de mostrar variedad prosística —pienso en la *Antología de prosistas modernos de México* (1925) de Ermilio Abreu Gómez y Carlos G. Villenave, y en la *Antología de la prosa en México* (1931) de Julio Jiménez Rueda—, la innovación que supuso *El ensayo mexicano*

moderno consistió en un ensayo sobre el ensayo al que Martínez dio el nombre de «Introducción», un golpe teórico labrado en siete secciones que redirigió la práctica ensayística mexicana hacia un lugar prefijado: la “literatura de ideas”. Llegó así a la segunda razón: puesto que una antología es, en el mejor de los casos, un instrumento para releer la tradición, *El ensayo mexicano moderno* es (y ha sido) la antología de ensayos más importante en México por cuanto condicionó los criterios de inclusión y exclusión de ésta y las antologías subsecuentes a ella siguiendo este preciso criterio. Las antologías que vinieron después, que dominaron la escena en el siglo xx, fueron no sólo panorámicas: ante todo y sobre todo, ideológicas. Y a medida que fueron dándose nuevas compilaciones el respaldo hacia la antología de Martínez se fortaleció en la citación ineludible. En el prólogo a *El ensayo actual latinoamericano* (1971), Ernesto Mejía Sánchez la califica como “la mejor antología” publicada hasta ese momento. En sintonía, John Skirius (*El ensayo hispanoamericano del siglo xx*, 1981) siguió un trayecto teórico e historiográfico prácticamente idéntico al de la «Introducción» de José Luis Martínez. En 1993, Juan Domingo Argüelles la llamó una obra “invaluable”. En 2001, John S. Brushwood, Evodio Escalante, Hernán Lara Zavala y Federico Patán (*Ensayo Literario Mexicano*, UNAM) adoptaron la variante interpretativa del ensayo propuesta por Martínez como guía antológica. En el 2006, Verónica Murguía y Geney Beltrán Félix subrayaron cuán esencial (e inevitable) resulta retroceder hasta Martínez como el punto de partida del ensayo en México. Y en *El Estilo es la idea. Ensayo literario hispanoamericano del siglo xx* (Siglo xxi, 2008), posiblemente la última antología panorámica de ensayos publicada en México, Alberto Paredes subraya que se trata de una “indispensable antología crítica” y un “libro ejemplar”.

En contraparte, las antologías que hacen referencia a *El ensayo mexicano moderno* no se mencionan mutuamente. Saludan la antología de José Luis Martínez pero se invisibilizan entre sí. Ocasionalmente encontraremos una nota al pie protocolaria, pero el consenso, la unanimidad, el apoyo inquebrantable es hacia *El ensayo mexicano moderno* y con nadie más. Me cuesta trabajo concebir el silencio tan radical o, en su defecto,

la réplica insinuada. Pienso rápidamente en *El hacha puesta en la raíz*, la antología de Beltrán Félix y Murguía, publicada cinco años después que *Ensayo Literario Mexicano* de Federico Patán y compañía; una (*Ensayo Literario Mexicano*) optó por la veta del ensayo interpretativo desde la crítica literaria, y la otra (*El hacha*) por la veta “creativa” del ensayo; una termina con los nacidos en los sesenta y la otra principia en los setenta; a una le interesan los ecos del '68 y a la otra Harry Potter. Queda fuera de toda disputa que una continuó (¿contestó?) a la otra sin que por ello se revele abiertamente. ¿Qué se gana exactamente dejando a otras antologías fuera de foco? ¿Se puede interpretar que al relegarlas se busca subestimarlas? Uno entiende que no sea preciso salir a gritar la discordia, por otro lado, ¿debemos acatar que la dinámica de las antologías siempre ha sido esa, sutil pero incisiva?

Así, *El ensayo mexicano moderno* ha conseguido ser ampliamente aceptada por obra de los numerosos elogios que ha recibido en cada nueva antología. En casi todos hay cuando menos una objeción, generalmente centrada en las omisiones imperdonables o en el exceso que supone dar bienvenida ensayística a prosas apartadas de la literatura. Pero la objeción es pasajera antes que profunda, como quien saca la mano y la esconde pidiendo disculpas por confesar desacuerdo. Algunas amonestaciones son sumamente pertinentes: ¿por qué no está Juan José Arreola, por ejemplo, ni Revueltas, ni Margo Glantz, ni Zaid, ni Pacheco, ni Ibargüengoitia o Rosario Castellanos? ¿No se habrá hecho pasar por ensayo lo que es puramente demagogia sin otro fin que incluir ciertos nombres en la nómina? ¡Claro que sí! Pero ese es el asunto: el encomio sin crítica tarde o temprano se convierte en zalamería, y una antología leída a través de sus alabanzas podrá ser reimpresa mil, dos mil veces, pero sobre ella caerá inevitablemente la sombra de la desatención. Si permanecemos en terreno adulatorio, si no damos tiempo a que el acierto y el reparo se extiendan a sus anchas, vaya: si no explicamos cómo y por qué funciona (o no), quien resulta afectada en última instancia es la antología misma, junto con sus comentadores esporádicos, que repetirán el elogio invariable, y

sus potenciales lectores, que enfrentarán las inclemencias de la aprobación robotizada.

Quizá exagero, pero no me equivoco: una porción de la autoridad y prestigio de *El ensayo mexicano moderno* proviene de citas a ciegas. Sus virtudes, aquellas que obtuvo por cuenta propia y que perduran hasta hoy —atribuibles exclusivamente al ingenio de su compilador— han ido extraviándose en un entorno lisonjero que taponaba voluntades críticas. A esto se añade un dato nada menor: un cálculo prudente, basado en los datos disponibles hasta su última reimpresión en 2016, estima una circulación cercana a los 40,000 ejemplares, convirtiéndola naturalmente en la antología de ensayo con más ejemplares distribuidos en México. 40,000 ejemplares dentro de un mercado editorial donde las antologías de ensayo no alcanzan una segunda edición y donde el ensayo apenas logra asomarse a los circuitos académicos y culturales.

Desconozco qué tantos lectores tengan ésta y el resto de las antologías de ensayo en México. Tampoco conozco personalmente a muchos ensayistas, pero los que ubico de primera mano teatralizan la escena cliché: por un lado celebran pavonearse en la alfombra roja de los consagrados y por el otro no pierden oportunidad de refunfuñar sobre el poderío injustificado de estos libros. No hay que perder de vista que estudiar el ensayo a través de *la tradición* conlleva un carácter formativo en lectores y escritores; sabemos que dicha formación no necesariamente proviene de lo que una antología diga y deje de decir, no por ello hay que echarlas en saco roto.

Un dramaturgo, experto en “ideas estéticas”—así se presentaba en clase y así justificaba sus vaguedades pseudointelectuales—, solía decir que «Todo lo que había que decirse sobre el ensayo estaba en *El ensayo mexicano moderno*». Hay que empezar por ahí, levantando la mano y preguntando porqué.

Lo ensayístico

¿Qué tanta certeza tenemos de que un antologador haya consultado otras antologías? Quiero decir: ¿qué tan verificable es el hecho de que las haya leído y formen parte decisiva de la suya? Aclararlo no conlleva ninguna ofensa: lo sabemos porque el antologador quiere que lo sepamos, mediante la citación manifiesta o latente de las referencias con las que pretende justificarse y defenderse. A *El ensayo mexicano moderno* hay que preguntárselo al revés: ¿qué tan factible es, por el contrario, que un antologador oculte sus lecturas (o por lo menos no las haga explícitas) para, quizá, evitar la confrontación? A mi juicio, habría motivos para sospechar que sucedió así con la *Antología de la prosa en México* (1931) de Julio Jiménez Rueda.

Aunque José Luis Martínez no haga referencia a Jiménez Rueda en ninguna de las siete secciones de la «Introducción», es el ensayista número 26 en la primera edición del volumen 1, cuyo único ensayo compilado lleva el nombre de “México en busca de su expresión” y al que le antecede una nota biobibliográfica que, en efecto, registra dos de las tres ediciones de la *Antología de la prosa en México* (1931 y 1938; la tercera es de 1946). No es la primera vez que José Luis Martínez las menciona. En *Literatura Mexicana del siglo XX 1910-1949. Segunda parte* (1949), se registran un total de ochenta y ocho antologías que “pudieron conocerse” en México entre 1910 y 1949; dejándonos guiar sólo por los títulos, antologías de prosa habría dos: una es la *Antología de prosistas modernos de*

México (1925) de Ermilio Abreu Gómez y Carlos G. Villenave, y la otra sería la de Julio Jiménez Rueda. Dos entre ochenta y ocho en un extenso catálogo protagonizado casi exclusivamente por la poesía y el cuento, razón de sobra para que Jiménez Rueda abra su antología diciendo que “Existen antologías de poetas; pero no existen las de prosistas” y por tanto “está por completo inexplorado el acervo de nuestros escritores en prosa”. ¿Hasta qué punto es pertinente conjeturar que José Luis Martínez abrazó la tesis de Jiménez Rueda como punto de partida de la suya? Asumiendo que tuvo de reojo su propio conteo, ¿por qué no se autoafirma como la primera antología propiamente de ensayo publicada en México? Y más aún: si Martínez insiste que el ensayo es “exposición discursiva en prosa”, “prosa no narrativa”, “prosa más ceñida y elegante”, ¿no tendrían que ser las tres ediciones de la antología de Jiménez Rueda un antecedente a una antología de ensayo? Si es así, ¿por qué no la citó?

Un hecho se impone: la palabra *ensayo* aparece únicamente tres veces en las tres ediciones de la antología de Jiménez Rueda. La primera en el prólogo de 1931, al referirse a un texto de Luis G. Cuevas como “penetrante ensayo sobre *El porvenir de México*”. La segunda para describir el proyecto como un tanteo sin pretensión de exhaustividad: “este ensayo de Antología”. La tercera, ya en la edición de 1938, para justificar la exclusión del “grupo brillante de los Contemporáneos”, que, a pesar de haber contribuido al “florecimiento del ensayo”, no figuran en su selección. Si a las tres sumamos que Jiménez Rueda se refiere al modernismo como el tiempo propicio de la crónica y el artículo literario como géneros nuevos —ceranos al cuento, vecinos de la crítica, “sin ser ni una cosa ni la otra”—, sin considerar al ensayo como actor, así sea incipiente, de dicha impronta, se hace evidente que entre una antología y otra hay un distanciamiento palpable en perspectivas: si para Jiménez Rueda el modernismo es el momento de prosas “ingeniosas”, “brillantes”, con “gracia y distinción”, en José Luis Martínez dichas prosas son y han sido en realidad características específicas del ensayo.

Sin rigidez exacerbada, sin reticencia a la heterogeneidad, José Luis Martínez no incurre en el mismo desacierto que Jiménez Rueda, quien

no alcanza a ver en ese “no ser ni una cosa ni otra” —su propia descripción de la prosa modernista— una oportunidad genuina para la práctica ensayística. Sorprende cómo la descripción de Jiménez Rueda es prácticamente una definición del ensayo en José Luis Martínez, pero mientras uno no logra nombrarlo, el otro lo convierte en matriz rectora. En este punto el diálogo (velado) entre una y otra antología aparece a todas luces: si Jiménez Rueda piensa que Fernández de Lizardi, José María Luis Mora, Lorenzo de Zavala, Fray Servando Teresa de Mier, Lucas Alamán son prosistas insuperables, incluso con mayor mérito que los poetas, José Luis Martínez responde (no citándolo) de la siguiente manera:

Insinuaciones de ensayo o cabales ensayos fueron, en efecto, la mayor parte de los escritos no novelescos que Fernández de Lizardi publicaba asiduamente en sus periódicos personales; ensayos fueron plenamente la porción más importante de los estudios que José María Luis Mora reunió en sus Obras sueltas y los apartados de la primera parte de México y sus revoluciones que describen con tan agudas observaciones la población de la República y el carácter de los mexicanos; numerosos pasajes ensayísticos hay en la obra que Lorenzo de Zavala llamó, siguiendo a Humboldt, *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, y ensayistas fueron también, en sus textos más sustanciosos, Fray Servando Teresa de Mier, José María Gutiérrez de Estrada, Mariano Otero y Lucas Alamán. A todos ellos, por otra parte, es común un tono cultural caracterizado por una intensa conciencia histórica y por un afán de analizar y valorar la realidad social en aquella dramática encrucijada que vivían, notas estas que, aparte las reacciones o desvíos de ciertas épocas, persistirán como distintivas del ensayo mexicano.” (1958, pp.17-18).

José Luis Martínez fue un estupendo lector. Sabía perfectamente que rastro semilla del ensayo estaba en los “cronistas primitivos” y en los historiadores de siglos anteriores. El listado de nombres prosigue: ensayistas “aún informes” también fueron Luis G. Cuevas, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Ignacio L. Vallarta, Vicente Riva Palacio, Ignacio M. Altamirano, Francisco Bulnes, Carlos Pereyra, José Fernando Ramírez, Bernardo

Couto, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Victoriano Agüeros, Francisco Pimentel, José María Vigil y Luis González Obregón. Todos o casi todos incluidos en la *Antología de la prosa en México* de Jiménez Rueda.

José Luis Martínez tuvo que haberlo visto: si Jiménez Rueda reconoce en Luis G. Cuevas a un “ensayista penetrante” —dando así muestra de una familiaridad, al menos intuitiva, con el ensayo y de una capacidad para distinguirlo entre otras formas prosísticas—; si además se refiere a su propia antología como un “ensayo” —apelando al sentido de tentativa o aproximación que dominaba los diccionarios de la época—; y si finalmente acepta que el ensayo alcanza cierto grado de plenitud con los Contemporáneos, ¿qué impedía atribuir etiqueta ensayística a un linaje discernible de autores? Jiménez Rueda da dos razones. En el prólogo a la primera edición, la de 1931, justifica la omisión de prosistas —ensayistas incluidos— bajo el argumento de que sólo se recogen autores ya fallecidos (y por tanto con una trayectoria avalada por el tiempo). En el prólogo a la segunda edición, de 1937, descarta nuevamente al ensayo bajo una nueva premisa: el grupo que mejor lo representa, los Contemporáneos, son aún jóvenes, de modo que sería prematuro reunirlos con quien por edad y trayectoria forman parte de la “Historia de la literatura mexicana”, añadiendo que de incluir a uno habría que incluirlos a todos.

Las razones de Jiménez Rueda suenan más tácticas que literarias y es difícil no irse con la finta del pleito habitual: Jiménez Rueda supo, pero no quiso, nombrar sus prosas como ensayos porque hacerlo habría significado reconocer que Cuesta, Villaurrutia, Novo y compañía eran herederos legítimos de una forma literaria que él prefería ver sin centro claro ni nombre propio. Jiménez Rueda tuvo en sus manos la primera antología de ensayos treinta años antes que *El ensayo mexicano moderno*. La tituló y clasificó como prosas. La respuesta de José Luis Martínez —si en ella queremos divisar una contestación— es entonces sutil pero contundente: al invisibilizar todo rastro de Jiménez Rueda en su estudio introductorio, pero incorporándolo, al mismo tiempo, en el índice de ensayistas, esquiva la colisión inevitable: lo que en la antología de Jiménez Rueda se archiva

como prosas diversas en las voces de Justo Sierra, Gutiérrez Nájera, Icaza, Urbina, Caso, Genaro Estrada o López Velarde (autores, ya dije, en una y en otra), en la antología de Martínez son vistas y entendidas como formas del ensayo. Esto es: que quienes son prosistas en Jiménez Rueda, son ensayistas en José Luis Martínez. No hablo de los textos elegidos por Jiménez Rueda —que inteligentemente Martínez se abstiene de duplicar (salvo el caso del “Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional” de Justo Sierra, que repite en las tres ediciones de Jiménez Rueda y en las tres de José Luis Martínez)—; me refiero al viraje conceptual de entender la miscelánea prosística —memorias, crónicas costumbristas, artículos periodísticos o alocuciones políticas—ahora como universo ensayístico.

El movimiento que ejecuta Martínez sepulta el concepto de prosas diversas por el de ensayo, quiero decir: a partir de *El ensayo mexicano moderno* la heterogeneidad prosística se resignifica como modalidad legítima del ensayo en México. La antología de José Luis Martínez es quiebre, alejamiento total que no se dice para no evidenciar chatura de ideas. No cita a Jiménez Rueda porque habría convertido su antología en una impugnación directa, haciendo manifiesta la distancia conceptual que a la postre pudo haber promovido una disputa inescapable. Preferir este camino refrescó su propia selección de autores, mientras resguardaba —cortesía implícita con su maestro de la universidad— la vigencia del esfuerzo de su antecesor.

Haber repasado (y reinterpretado) la *Antología de la prosa en México* ha rendido frutos en un aspecto decisivo para *El ensayo mexicano moderno*. Me refiero a la influencia que tuvieron las diez célebres modalidades ensayísticas de José Luis Martínez, inicialmente matriculadas para la obra ensayística de Alfonso Reyes, pero ahora dilatadas de Fernández de Lizardi a la fecha. Si los ensayos de creación literaria; breve y poemático; de fantasía, ingenio o divagación; discurso u oración; interpretativo; teórico; de crítica literaria; expositivo; crónica o memorias; y periodístico, habían sido colindancias de la ensayística alfonsina, ahora, por efecto de expansión, son ajustables a dos siglos de literatura. Las prosas de difícil

filiación genérica, los “trabajos disímiles” —discursos, artículos diversos, hojas sueltas, apuntes varios, prólogos, cartas, epigramas, divagaciones, disertaciones— están provistas de un marco de comprensión que las agrupa a todas.

Esta es la transición, el vuelco de prosas diversas hacia el ensayo literario, un episodio en la cronología de ensayística mexicana que fortaleció una concepción específica del ensayo como una expresión de escritura flexible, abierta y heterogénea. Interconectar antologías, releer sus diferencias y continuidades, puede generar una forma activa de interpretación, de tal suerte que *El ensayo mexicano moderno* sea una reformulación voluntaria del canon cuyo propósito más provechoso haya sido exhibir la tradición históricamente ambivalente de la prosa nacional, y posteriormente, antología en mano, que tal ambivalencia es precisamente la fuente de sus mayores riquezas ensayísticas. Yo leo en el movimiento de José Luis Martínez uno de esos momentos.

Lo mexicano

Al centro, como aro de tensión entre lo ensayístico y lo moderno, está lo mexicano, holograma de diversos nombres que se dobla y desdobla en movimientos cíclicos. ¿Qué predica la mexicanidad en la antología de José Luis Martínez, qué inculca en sus lectores nacionales e internacionales y qué edificio construye alrededor suyo?

Habría un primer despeje a la ecuación de lo mexicano que compete por obligación a la tierra: son mexicanos todos los ensayistas de *El ensayo mexicano moderno*, y muy mexicanas son, desde luego, sus ocupaciones y preocupaciones. ¿Concluimos sin más que lo mexicano está dado porque se escribió aquí, se publicó aquí y se reimprimió aquí? En una lectura muy por encima, sí. Dar carpetazo por vía de las actas de nacimiento se vale, pues no parece haber dificultad para leer y entender la antología como propaganda evidente a las “páginas más brillantes de la literatura y del pensamiento mexicano moderno”. Dice José Luis Martínez:

[En México] nuestros ensayistas se inclinan insistente y tenazmente a explorar una sola interrogante, la realidad y la problemática nacional, cualquiera que sea su personal perspectiva y disciplina —filosófica o histórica, científica o literaria— y su ideología. El tema constante en la mayoría de los ensayos modernos será México; México en su totalidad o algunos de los asuntos que interesan a la formación del país: su historia, su cultura, sus problemas

económicos y sociales, sus creaciones literarias y artísticas, su pasado y su presente. (p.19).

Pues bien, son mexicanos quienes ensayan del indio, la psique, la provincia, la pintura, las letras patrias, la economía, las figuras ilustres, el teatro, el alba y los bisabuelos. Ensayos *mexicanos*, por tanto, son los de Manuel Toussaint, Silva Herzog, Carlos González Peña, Samuel Ramos, Daniel Cosío Villegas, López Velarde, César Garizurieta, Leopoldo Zea, Octavio Paz, Jiménez Rueda y Vasconcelos, por ejemplo. Y mexicana es, en consecuencia, una antología que las conjunta. Pero la claridad inicial —muy a la usanza afable de Montaigne, cuya primera impresión es que todo está en su debido lugar— adquiere otra connotación cuando Martínez agrega las siguientes palabras:

Esta peculiaridad de nuestros ensayos, por otra parte, no es exclusiva de México sino propia de todo el pensamiento hispanoamericano, propia de países que se encuentran aún en proceso de formación, con más esperanzas que pasado y menos ricos en realizaciones y conquistas que en proyectos y esfuerzos. [...] Desde los años de Sarmiento, Bello y Altamirano, hasta la época presente, el ensayo hispanoamericano ahondará tres cauces principales: la cultura de nuestros países; los problemas raciales, políticos y económicos y la emoción de lo histórico, cauces que confluyen en el más vasto de la problemática nacional.” (pp.19-20).

Al incrustar José Luis Martínez la primera antología de ensayos en la causa (hispano)americana, agrega inevitablemente un despeje a la mexicanidad por derecho de nacimiento: el de pertenencia a un proyecto que trasciende las fronteras de la identidad cuya esencia no puede ser encapsulada por el color local, sino entrelazada en su totalidad con la historia y el legado compartido de un continente. Lo mexicano no se limita a la tierra. Lo mexicano en *El ensayo mexicano moderno* viene dado por cuanto José Luis Martínez lo hace resonar en una tradición en la que México aún no había cortado el listón. Esto significa que en la antología subyace

la idea de que nuestra ensayística es y ha sido igualmente representativa de la América como lo fueron en su momento Bello, Sarmiento y Martí, y como lo son, hacia 1958, González Prada, Mariátegui o Rodó. Si a ojos del mundo nuestra contribución recaía en uno o dos ateneístas, Martínez pone sobre la mesa nombres por montón (56 autores en la primera edición) en un contexto literario donde las antologías, particularmente las poéticas, desempeñan un papel fundamental en la configuración, preservación y reinterpretación de la tradición literaria mexicana.

A la baraja de tópicos más *ensayados* de la época, lo mexicano también compete a la maquinaria propagandística de famas y famosos que activa a su paso la publicación de la primera gran antología de ensayos, cuya justificación, en primerísimo lugar, está ligado a los planes de crecimiento de una editorial: el Fondo de Cultura Económica. Al haber sido pensado como un libro que recorrería los anaqueles de México, Europa y Latinoamérica por igual —sea en la sucursal de Buenos Aires, en la recién abierta en Chile en 1954, o en las de próxima aparición en Perú y España—, la antología aparece en un momento de afianzamiento tanto comercial como de credibilidad literaria del FCE. *El ensayo mexicano moderno* es un manifiesto, la oportunidad de asestar una declaración de principios no antes vista que, lejos de atavismos patrióticos e independentistas, promoviera una noción de mexicanidad literalmente *ensayada* en bloque. El tono del prólogo de Martínez no puede ser menos que optimista, tanto al autoafirmarse como un país que en su literatura ha dejado atrás el gimoteo nostálgico de los años perdidos en guerras civiles, como por el floreciente y rebosante índice de autores maduros o en vías de madurez que ya publican con el Fondo de Cultura o lo harán a raíz de una aceptación generalizada del libro. Así, lo mexicano de la antología adquiere una comisión inicial forzosa: convencer que el ensayo nacional ha ganado la madurez suficiente para ser reconocido como parte de la tradición de pensadores continentales.

La campechanía en la «Introducción» —que postula a México como un país nutrido de ensayistas—, se explica parcialmente por el esfuerzo consciente del antologador y la editorial de proyectar una cierta idea de

aptitud ensayística mexicana en el ámbito internacional. Pero José Luis Martínez, a sus cuarenta y tantos el crítico más destacado de su generación, sabe que celebrar un catálogo no basta. Antologador con kilometraje —hacia 1958 ha participado en cuando menos once trabajos de carácter antológico, entre los que destacan compilaciones de Justo Sierra, Henríquez Ureña, Altamirano, Acuña y González Martínez—, entendía perfectamente que subsumir los compromisos adquiridos de concretar una antología por encargo ocasiona un desdoble adicional: ¿cómo articular una noción unificada de mexicanidad en una antología de ensayos pensada para el lector nacional e internacional? ¿Cómo hacer para que la idea de mexicanidad se sostenga con base en la adherencia a una tradición hispanoamericana, y cuál sería, en todo caso, la mejor manera de unir a más de cincuenta ensayistas, de edades y afiliaciones disímiles, bajo una concepción identitaria coherente entre sí?

Martínez, a mi parecer, labra una solución astuta y bastante honesta — es decir: absolutamente lógica con su formación intelectual, sus lecturas y con sus grandes referentes—; una solución sin salir de casa, a través del “Maestro en todos los registros de la pluma”, “El más cumplido ejemplo del hombre de letras”, el “Punto de referencia para la cultura mexicana”, ¿quién? Alfonso Reyes, por supuesto, amigo y maestro, a quien las antologías previas a 1958 eligen como el más distinguido representante de México y en quien José Luis Martínez se inspiró para trazar sus diez famosas modalidades ensayísticas. Las diez modalidades, ya dije, fueron el ensayo como género de creación literaria; ensayo breve, poemático; ensayo de fantasía, ingenio o divagación; ensayo-discurso u oración (doctrinario); ensayo interpretativo; ensayo teórico; ensayo de crítica literaria; ensayo expositivo; ensayo-crónica o memorias; ensayo breve, periodístico.

En *Una amistad literaria. Alfonso Reyes y José Luis Martínez. Correspondencia 1942-1959* (2018), las notas de Rodrigo Martínez Baracs —hijo de José Luis Martínez y uno de los editores del volumen— permiten reconstruir el proceso evolutivo de las diez categorías a través de tres etapas distintas (ver tabla). El primer bosquejo aparece en “El ensayo y la crítica en México. 1940-1946”, redactado en 1946 y publicado en la primera

edición del *Literatura Mexicana. Siglo XX. 1940-1946*, donde Martínez ensaya una primera tipología inspirada en las tendencias de la ensayística mexicana del momento. Años después, en 1952, al escribir sobre Alfonso Reyes en *Cuadernos Americanos*, retoma las categorías con una diferencia sorpresiva: lo que antes funcionaba como síntesis generacional, ahora se convierte en un marco analítico para leer exclusivamente la obra de Reyes. Finalmente, en 1958, las categorías alcanzan su forma más depurada en *El ensayo mexicano moderno*, donde se suprime “Tratado”, descartada seguramente por contradecir la libertad y la flexibilidad que el propio Martínez asocia al ensayo.

“El ensayo y la crítica en México 1940-1946” (1946)	“La obra de Alfonso Reyes” (1952)	<i>El ensayo mexicano moderno</i> (1958)
1) Ensayo de creación literario; 2) Ensayos sobre temas literarios o de ciencia literaria; 3) Ensayos de tema filosófico; 4) Ensayo de cuestiones artísticas o crítica de arte; 5) Ensayo de temas político-sociales; 6) Ensayos biográficos; 7) Ensayo periodístico (crónica ensayística); 8) Ensayo de crítica literaria.	1) Ensayo como género de creación literaria; 2) Ensayo breve, poemático; 3) Ensayo de fantasía, ingenio o divagación; 4) Ensayo-discurso u oración (doctrinario); 5) Ensayo interpretativo; 6) Ensayo teórico; 7) Ensayo de crítica literaria; 8) Ensayo expositivo; 9) Ensayo crónica o memoria; 10) Ensayo breve, periodístico o de circunstancia; 11) Tratado.	1) Ensayo como género de creación literaria; 2) Ensayo breve, poemático; 3) Ensayo de fantasía, ingenio o divagación; 4) Ensayo-discurso u oración (doctrinario); 5) Ensayo interpretativo 6) Ensayo teórico; 7) Ensayo de crítica literaria; 8) Ensayo expositivo; 9) Ensayo de crónica o memorias; 10) Ensayo breve, periodístico.

¿Qué habrá impulsado a José Luis Martínez a crear, en primer lugar, una clasificación basada en una visión panorámica de la ensayística mexicana, y luego centrarla en un único individuo, sólo para luego volver a convertirla en un análisis de conjunto? ¿Fue realmente el paisaje literario de la época el que nutrió las categorías, o desde el principio se pensaron como un espejo para proyectar a un sólo autor considerado capaz de encarnarlas todas?

Lo que está en juego va más allá de una clasificación temática o formal. Al dividir el ensayo en diez tipos y sugerir que los autores seleccionados pueden encajar en uno o varios de ellos simultáneamente, José Luis Martínez ofrece una visión de conjunto donde Alfonso Reyes actúa como pivote. Alfonso Reyes es la llave de acceso a su antología, el caparazón incuestionable, cuya presencia satelital en un país de ensayistas escasos (o abundantes pero poco reconocidos) representa la forma y fundamento no de México: de América.

No es mi argumento que los ensayos de *El ensayo mexicano moderno* sean contundentemente reyistas. Sugiero que deben ser valorados teniendo en mente que el antologador quiso que lo fueran. Una línea entre muchas de las “Notas sobre la inteligencia americana” de Alfonso Reyes me sirve como clave de interpretación: “Lo que menciono acerca de México, al serme más familiar y conocido, podría aplicarse en mayor o menor medida al resto de nuestra América” (oc, xi, 1960). José Luis Martínez invierte el orden de ideas: lo que se diga de América, se diga, también, de México. Dicho de otro modo: lo que se diga de Reyes, se diga también de sus colegas. Esto es lo que significa escapar de la “cárcel concéntrica” reyista: rebasar el color local, unirse al mundo y que el mundo se habitué a contar con nosotros ensayísticamente hablando. Si los ensayistas que desfilan en *El ensayo mexicano moderno* caben en una de las diez modalidades, la antología, por ende, se convierte en una compilación de momentos en los que otros ensayistas han alcanzado ese nivel calidad de acuerdo los parámetros que un mexicano estableció como precedente. No podría ser de otra manera: conformar un corpus por parentesco al rico panorama de ensayistas del ámbito hispánico efectivamente nos da historia y contexto,

pero inevitablemente nos regresa, como pensaba Altamirano —y como lo repite Martínez en *La emancipación literaria de México* (1955)— a la imitación servil. En cambio, envolverse con el pensamiento alfonsino, en los márgenes de “ser local siendo universal”, proporcionaba una pauta teórica más asequible, irrefutablemente unificadora y, desde luego, más *mexicana*.

Lo realmente valioso, lo que importa de encontrarle aristas al concepto de mexicanidad en *El ensayo mexicano moderno* radica en que la combinación entre los intereses comerciales de una editorial en pleno crecimiento, junto con la visión particular de lo mexicano que tenía Martínez y su clara afinidad con el pensamiento de Reyes, dio como resultado un corpus de 118 ensayos bajo una marcada vena sociológica proclive al vaticinio. El vaticinio, lo ha dicho Adolfo Castañón, proporciona ensayistas proféticos. Y lo profético está en el corazón del ensayo como “literatura de ideas”, la definición más recurrente y más conocida del pensamiento y práctica del ensayo como escritura. Que un alto número de ensayos, un ochenta por ciento tal vez, hayan sido elegidos por “la prevalencia de temas nacionales” tiene una naturaleza comercial, política y literaria, no sólo *histórica*. Porque decir que lo mexicano de *El ensayo mexicano moderno* está en el “tema” es no decir nada en realidad. Parafraseando a Reyes, lo mexicano, como matriz rectora voluntariamente urdida por su antologador, clama ciudadanía universal. Con 118 ensayos como evidencia, el primer volumen cierra con “Los problemas de América” de Daniel Cosío Villegas, fundador del FCE, cuya habitual ironía sugiere que la convergencia continental no implica alienación. Esta idea resuena, de un modo u otro, en los textos de autores como Luis G. Urbina, Antonio Caso, Samuel Ramos, Andrés Bello, Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman, Fernando Benítez, Gastón García Cantú y José E. Iturriga.

Si lo mexicano resuena a tres bandas (una comercial, una teórica y finalmente una reyista), ¿qué razón hubo para que Martínez no lo declarara abiertamente en el prólogo? ¿Por qué escamoteó una explicación directa y debe uno, como lector, andar distinguiendo entre lo dicho y lo insinuado? Arriesgo una suposición: José Luis Martínez no quiso que Alfonso Reyes pasara de estrella a sistema solar. Si uno de los aportes

que la historiografía ensayística ha recibido con mayor júbilo son las diez modalidades, explicar lo mexicano nuevamente con base en un solo autor habría reventado la antología por empacho, ocasionando, quiero creer, una crítica injustificada en el privilegio de su amistad. La vía alterna tampoco era un mal camino: explicarlo a través *Del ensayo americano* (1945) de Medardo Vitier e *Índice crítico de la literatura hispanoamericana I. El ensayo y la crítica* (1954) de Alberto Zum Felde, ambos citados abiertamente en la «Introducción».

Estudio crítico y monografía respectivamente, los trabajos de Vitier y Zum Felde desempeñan un papel preponderante en *El ensayo mexicano moderno* por sus evidentes similitudes en tono y propósito didáctico. Lo que impide que su influencia sea completamente convincente es que Martínez presenta estas referencias sin mayor énfasis que la consulta bibliográfica pasajera, pese a que no pocos párrafos de la «Introducción» parezcan calcados. La primera antología panorámica de ensayo en México no tiene opción: compaginarse con sus críticos más importantes y, en todo caso, asumir sus premisas, era necesario para tener un lugar en el proyecto literario continental. De tal suerte que acudir a estos trabajos proveyó a Martínez de una prerrogativa doble: por un lado, educar a los nuevos lectores en materia ensayística —hacia mediados del siglo xx el ensayo sigue siendo un género moderno (y nuevo)—, y por el otro emular la argucia argumentativa de situar la ensayística nacional respecto a dicha tradición literaria, como si al traer a cuento a buena parte de Sudamérica, como lo hicieron Vitier y Zum Felde respectivamente, la ocasión fuera propicia para espejear calidad y continuidad ideológica. José Luis Martínez repite la estrategia imponiendo un límite: México, que más allá de capricho o enaltecimiento nacionalista, lo que pretendía era ofrecer prueba contundente, en terreno ensayístico, que México ha formado parte indiscutible del pensamiento común de una identidad asimilada a la causa americana. Creo firmemente que es en esta dirección donde lo mexicano vibra en la antología.

La idea del ensayo como literatura de ideas —tan habitual en antologías posteriores a la de Martínez, y ampliamente difundida en la educa-

ción superior y media superior— se afianzó en la antología en gran parte debido a la conexión que el antologador buscó mantener con Reyes a través de los trabajos de Vitier y Zum Felde. No descartaría incluso que los dos teóricos, al igual que José Luis Martínez, hayan leído la primera versión de *El deslinde* (1944) —especialmente el *Cuadro ancilar* (OB, xv, p.36)— de donde pudieron haber tomado sus propias ideas de clasificación y división ensayística, instaurando así una espiral de enlaces que inicia y finaliza en Alfonso Reyes.

El hecho incontrovertido de que en México el ensayo sea antes que otra cosa una literatura de ideas tuvo una consolidación enorme en *El ensayo mexicano moderno*, lo que equivale a decir que una decisión derivada de la publicación de una antología tuvo (y tiene actualmente) un cierto carácter fundacional.

Lo moderno

La ambigüedad estética de la modernidad se proyecta en *El ensayo mexicano moderno* como una tensión entre dos formas del ensayo hasta hoy contrastantes. Por un lado, los ensayos anclados en la literatura de ideas, moldeados por los problemas nacionales más urgentes y guiados por una vocación continental —a ratos más imaginaria que real— que Adolfo Castañón sintetizó con agudeza: “El verdadero patrón de lo que se ha llamado ensayo en Hispanoamérica parece ser Montesquieu y no Montaigne” (1998, p.22). Y están también, escondidos en el frondoso bosque de los apremios nacionalistas, menos ceñidos a la causa mexicana, los ensayos compaginados con la ligereza y libre especulación. En la antología de Martínez ser moderno también se tradujo en ensayos como “Mi amiga la credulidad” de Martín Luis Guzmán, “En defensa de lo usado” de Salvador Novo, “Tren de segunda” de Mauricio Magdaleno, “Las destiladeras” de Alfredo Maillefert, “Pausa del quinqué” de Antonio Acevedo Escobedo, “El rostro y el retrato” de Xavier Villaurrutia, “La elegía del museo” de Antonio Castro Leal o “Las escaleras” de José Alvarado.

Un escenario dominado por las reflexiones fundacionales deja poco lugar para el ensayo de urdimbre íntima e intransferible. Es el caso del México de mediados del siglo pasado, cuando entregarse a la cavilación gozosa de la minucia pertenece exclusivamente a las naciones europeas sin premura por definir su rumbo. Así, frente al fervor de cantar Nuestra América en cada esquina, José Luis Martínez no desatiende un ala

de la ensayística mexicana que le voltea la cara al proyecto americanista, articulando en la agenda de los agobios patrios el ensayo de “espíritu montañezco” —tomo la expresión de Castañón nuevamente— centrado en la preocupación por uno mismo. Ni Vitier ni Zum Felde otorgaron valor a la estupefacción microscópica; tampoco lo hicieron las antologías mexicanas *El ensayo americano actual* (1971) de Ernesto Mejía Sánchez y Fedro Guillén, ni *Historia del ensayo hispanoamericano* (1973) de Peter G. Earle y Robert G. Mead, Jr. Martínez no pensaba igual: al integrar ensayos nacidos de la observación cotidiana y la reflexión espontánea, agrupándolos en el mismo paquete de pensamiento, Martínez refrenda que el ensayo también es erudición informal.

La decisión conlleva varias preguntas: ¿cómo conciliar en una misma antología los augurios americanos de Méndez Plancarte con un ensayo sobre las escaleras del Colegio de Minería como el de José Alvarado? ¿Podría “Nuestros bisabuelos y sus viajes en diligencia” de Fernández Ledesma reclamar el título de literatura de ideas también? Si así fuera, ¿por qué aparecen en menor cantidad? ¿Acaso formaron parte de una modernidad fugaz que los vio nacer y desaparecer en revistas de corta duración, y por lo tanto poco significativas en la historia de la literatura mexicana? La pregunta es sencilla, pero no ingenua: si el de Alvarado y el de Plancarte son igualmente literatura de ideas, ¿el concepto de modernidad en la antología justifica que estén en un solo costal?

Una antología pretendidamente moderna, publicada en México a finales de los cincuenta, supone un desafío particular: el discurso ensayístico no tiene escuelas, ni estéticas fijas, ni movimientos, ni grupos. La temporalidad es el único criterio con bases sólidas para resistir el peso de cada uno de los ensayos. Quiero decir: son modernos porque fueron escritos y producidos como resultado de un tiempo específico al que se ciñen sus autores, pero después del criterio temporal —aquí está el embrollo— lo moderno está desperdigado en contornos vagos y abiertos.

Además del estatuto temporal inherente —esto es: como sistema de organización interna para la selección de autores de acuerdo con los años de producción ensayística—, la primera noción de modernidad que salta

a la vista es el puente con la *Anthologie des essayistes français contemporains* (1929), de autor anónimo, cuyo prefacio parece haber sido leído con atención por José Luis Martínez al momento de escribir la introducción. Así como las ideas de Medardo Vitier capitanearon dos de sus secciones centrales, el penúltimo subapartado —y parte del último también— reescriben, con variaciones nacionales, las ideas principales de aquella antología francesa. Si el autor anónimo sugiere que «Dans l'essai, le rôle du style diminue encore: ses caractères ne permettent presque jamais de distinguer une école littéraire» (p.8), Martínez anota que “en el ensayo, la función del estilo es menos importante que la corriente ideológica, y sus características sólo excepcionalmente permiten distinguir con claridad una verdadera escuela literaria” (p.25). La resonancia se repite: si la antología francesa afirma que «La spécialisation semble donc bien un des traits caractéristiques de l'essayiste de notre temps», Martínez traduce la idea con matiz local: «reconoceremos [en los ensayos mexicanos modernos] un rasgo característico de la época moderna, la especialización» (p.28).

La sintonía entre antologías se extiende en cuatro ejes adicionales:

- 1) La *Anthologie des essayistes français contemporains*, según su anónimo compilador, también es la primera de su tipo en un mercado dominado prioritariamente por el verso.
- 2) La prosa francesa de 1929 presenta contornos imprecisos, lo que dificulta reconocer un estilo, tono e intereses fijos como en la poesía.
- 3) La antología busca destacar la riqueza del ensayo en un país, seleccionando y condensando lo más sobresaliente de un periodo específico y preservando lo mejor de una práctica establecida.
- 4) El ensayo tiene como misión clarificar y estructurar las ideas que guían a una época, y la modernidad literaria ha producido autores cuyo pensamiento y estilo se han convertido en referentes insuperables para cumplir con aquel propósito.

En el ensayo mexicano, como en el francés de 1929, Martínez percibe una tradición que avanza sin programa ni manifiesto. Hay una riqueza dispersa, una soltura genérica, una dificultad para hablar de escuelas y estilos estables. Lo que en Francia fue una antología pionera en medio de un canon dominado por el verso, lo es también en México, donde la poesía ha

sido el molde privilegiado. El ensayo no tiene aún contornos precisos, ni tono fijo, ni vocabulario exclusivo; no responde a una escuela, pero sí a una época. El gesto antológico funda: reconoce, selecciona, preserva. Como en Francia, el ensayo se concibe como una forma capaz de esclarecer —y a veces incluso organizar— las ideas rectoras de su tiempo. José Luis Martínez diagnostica una situación análoga: una práctica ensayística rica en matices, escurridiza a las taxonomías, pero ya capaz de ofrecer figuras mayores. El espejo no es sólo de circunstancias: es de concepción y de apuesta al futuro, según el cual se entiende que el ensayo (en México) puede pensarse y escribirse a destajo.

Es perceptible un segundo pliegue de la modernidad en las pequeñas caracterizaciones de lo moderno repartidas en la «Introducción»: apertura de saberes, oposición, cambio de perspectiva, expresión elegante, análisis de los problemas, especialización, erudición, originalidad, consolidación de la prosa, historia de nuestras ideas, epítome del pensamiento liberal. Destaca aquí una afinidad casi mimética entre modernidad y escritura ensayística, como si cada rasgo que hace singular e irrepetible al periodo perteneciera por completo a lo que entendemos como ensayo con mayúsculas. Escritura “híbrida”, “flexibilidad efusiva”, “libertad ideológica”, “calidad subjetiva” y “relieve literario”: ¿alguien podría contraargumentar que el discurso ensayístico, por vocación y por forma, en cualquier tiempo del mundo, no es todo eso? Para que ensayos como el de Méndez Plancarte y el de Alvarado compartan espacio en la antología, José Luis Martínez queda atrapado en una argumentación recursiva que define lo moderno definiendo al ensayo, donde los planos inestables y dominios inciertos, que se corean a lo largo y ancho del prólogo, no sería tanto el gesto imperecedero de un periodo estético determinado sino las huellas del ensayo mismo que ha sabido habitar, desde sus orígenes, esa zona agreste y movediza llamada “reflexión plural”. En lugar de ofrecer una versión cerrada de lo moderno, permite que la definición emerja desde la propia lógica del ensayo, una lógica de variaciones, de contrastes, de convivencia entre estilos y niveles de rigor. Antes que decretar un canon moderno, dejó que la pluralidad del ensayo lo encarnara. No

quiso reducir la modernidad a una forma reconocible: prefirió mostrarla como una deriva, como un asunto en constante tensión y contradicción. En movimiento. La modernidad sería el terreno ideal del ensayo; y el ensayo, a su vez, parece hecho a la medida de la escurridiza modernidad.

Un tercer y último momento de lo moderno responde a una escena editorial aún cercana: la publicación de *La poesía mexicana moderna* (1953) de Antonio Castro Leal, también con el Fondo de Cultura Económica en el número 12 de la serie Letras Mexicanas. La antología de Castro Leal, se sabe, atrajo la atención inmediata de Octavio Paz, quien terminó por socavarla en su célebre ensayo titulado con beligerancia “Poesía mexicana moderna”. De las contundentes y demoledoras réplicas de Octavio Paz a la antología de Castro Leal, una, hacia la mitad, habrá interesado particularmente a José Luis Martínez. Paz reprochaba que se trató de una antología convenenciera (“correcta”) e incompleta, pues no ofrecía una reflexión crítica sobre el modernismo mexicano, ni sobre sus ramificaciones internas, ni sobre su vínculo con otras tradiciones poéticas en América o España, ni sobre su lugar en la modernidad literaria. José Luis Martínez —que también criticó la antología de Castro Leal incluso antes que Paz en una entrevista con Elena Poniatowska el jueves 31 de diciembre de 1953 en *Excélsior*— tuvo la precaución de leerlo con atención al redactar su prólogo. Es difícil no advertir que en la arquitectura misma de su introducción, cada uno de los siete subapartados llevan un título que parece anticipar o contrarrestar los vacíos señalados por Paz. Los enumero como indicio de una pericia argumentativa: 1) *Orígenes y definición del ensayo*. 2) *Formas afines y modalidades del ensayo*. 3) *Antecedentes del ensayo mexicano*. 4) *Un tema persistente: México*. 5) *Etapas del pensamiento ensayístico mexicano moderno*; y 6) *¿Existe un estilo de ensayo?* Cada uno de estos apartados encarna una de las preguntas que Paz habría querido ver respondidas en la antología de Castro Leal. Y es posible que, sin hacerlo explícito, Martínez haya ensayado esa respuesta desde *El ensayo mexicano moderno*. ¿Qué ventajas supone esta argucia? A mi juicio, que reducir y definir los límites difusos de la modernidad implicaría examinar los ensayos uno por uno discerniendo individualmente qué los

hace modernos. La tarea es imposible. El resultado sería probablemente una antología menos extensa en cuanto a reputación y por tanto agujerada como estrategia de difusión y proyecto de autoafirmación.

A nivel comercial y práctico, la estratagema funciona, creo yo, pero deja pendiente un asunto: aun cuando es perfectamente lícito concebir bajo esta lógica moderna una antología de ensayos publicada en México hacia 1958 —y por consiguiente, ser leída y entendida como un conjunto de prácticas literaria volátiles de imposible permanencia (“modernidad en curso”)—, ¿en las ediciones posteriores dejaría de ser un proceso para convertirse en retrato congelado? En las vueltas a la antología se advierte un detalle: la «Introducción» no experimentó cambios en ninguna de sus tres ediciones. Los ensayistas fueron y vinieron, las acotaciones bibliográficas se renovaron, se corrigieron errores tipográficos e incluso se modificó el diseño de portada, pero el prólogo se mantuvo inalterado salvo por las notas de bienvenida que se agregan trece y treinta y ocho años después en la segunda y tercera edición respectivamente (y que en sentido estricto no forman parte de él).

Considerando que el ensayo de mayor antigüedad en la antología es “Estética de la prosa” de Manuel Gutiérrez Nájera, firmado 1893, y el último añadido de Monsiváis data de 1995, ya en el volumen 2, ¿qué tan legítimo es denominar moderna a una centuria de producción ensayística? En las últimas líneas de la «Introducción», Martínez menciona que el banderazo de la modernidad lo marca la *Revista Azul* (1894-1896), pero el antologador se reserva una fecha de caducidad: ¿debe uno entender entonces que los últimos ensayistas de 1995 son tan modernos como los primeros de 1893, aun cuando difundir una imagen del ensayo puede prescindir de una cruzada identitaria? En consecuencia, ¿se sobreentiende que la introducción no se altera porque la modernidad sigue compartiendo las mismas propiedades heterogéneas y porosas del ensayo y viceversa; y no cambia porque tampoco han cambiado los fundamentos del discurso ensayístico desde Montaigne? De modo que los ensayos de Paz, Fuentes y Monsiváis, que son los últimos en agregarse al volumen 2,

aunque difieran del discurso de apertura de Justo Sierra con el que abre el volumen 1, ¿siguen rigiéndose por los mismos principios operativos?

No alego que José Luis Martínez debiera haber incorporado su corpus en otro paradigma compositivo (digamos, “lo posmoderno”, lo que sea que eso signifique); me limitó a señalar lo conveniente que hubiera sido cuando menos una actualización somera a su concepto de modernidad ensayística en la edición definitiva. De cierta manera la hubo con el aviso de preparación de una nueva antología llamada *El ensayo mexicano contemporáneo*, la que reporta en preparación precisamente en la nota de bienvenida a la tercera edición. Aquella antología quedó en el tintero. Una lástima: ¿habría construido José Luis Martínez una nueva matriz rectora que contrastara lo moderno con lo contemporáneo? ¿Tendríamos esta vez un punto de inflexión en una revista, un grupo, en un ensayista? ¿O lo contemporáneo exhibiría límites inestables y fronteras borrosas nuevamente? ¿Habría sido publicada también con el Fondo de Cultura Económica? ¿Gozaría ya la escena mexicana del ensayista-médico que Martínez echó en falta desde la primera edición? ¿Qué tiraje concedería la editorial para una antología de ensayos hacia finales del xx y de qué manera habría recibido el medio literario a una antología panorámica cuando ya hay circulando, si bien escasas, unas cuantas antologías programáticas? ¿Una antología contemporánea, según sus propias cuentas, comenzaría entonces con ensayos publicados en los noventa, o retrocederíamos un par de décadas cuando las premuras americanistas han diluido su vigor?

La mención más tardía del proyecto sucede en 2005, cuando José Luis Martínez responde al discurso de ingreso de Adolfo Castañón a la Academia Mexicana de la Lengua. No ofrece detalles sobre su avance (si alguna vez lo hubo), pero el gesto basta para confirmar que la idea seguía rondándolo. Casi una década antes, en 1996, año en que está firmada la nota de bienvenida a la tercera edición de *El ensayo mexicano moderno*, el propio Adolfo Castañón publicaba un artículo titulado “Breve relación de los que ensayaron y sobrevivieron en México a fin de siglo”, un inven-

tario lúcido de la escena ensayística mexicana. ¿Sería descabellado pensar que muchos de los nombres habrían figurado en aquella nueva selección?

Entrados los sesenta, las antologías de poesía, al menos las publicadas en México, progresivamente desaparecieron lo moderno del título de sus compilaciones. En el ensayo ocurrió algo curioso: ninguna otra antología mexicana, panorámica o programática, ha recurrido a lo moderno como brújula estética, acaso por respetarle cierta jerarquía a la antología pionera, acaso también porque la modernidad como criterio antológico atrae consigo laberintos. Cada nueva compilación posterior a la antología de José Luis Martínez formuló su propio cómputo temporal y conceptual: antologías de ensayo joven, actual, literario, hispanoamericano, bilingüe, mexicano, latinoamericano o simplemente “nuevo”, en un desfile de adjetivos y predicados tan infinito como la práctica del ensayo lo permite. Tras muchas maromas y maniqueísmos, a ensayos como “Las escaleras” de José Alvarado se le conoce hoy como la vertiente “creativa” del ensayo, la que se espera (aunque en realidad se exige) en becas culturales, concursos literarios, talleres de escritura y hasta en programas de posgrado literarios (especialmente norteamericanos) con una fuerza análoga a la burbuja ideológica del siglo pasado.

El Fondo

Los volúmenes 1 y 2 de *El ensayo mexicano moderno* aparecieron durante el primer semestre de 1958 bajo los números 39 y 40 de la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica. Lanzada a principios de los cincuenta, la colección se convirtió en un catalizador para la renovación de la narrativa nacional. La historia de la editorial de Víctor Díaz Arciniega (1996) detalla que la idea de crear una colección dedicada a la literatura mexicana surgió en parte como respuesta a un contexto de creciente demanda del medio intelectual. El periodo directivo de Daniel Cosío Villegas consolidó al Fondo como una importante fuente de traducciones, especialmente en el ámbito de las Ciencias Sociales, pero desatendió la publicación de literatura hecha en México. Revistas y críticos literarios cuestionaban por qué una editorial ya madura como el FCE, a pesar de algunos intentos en la colección Tezontle, no contaba con una serie sistemática que reuniera lo más destacado de la producción literaria nacional, tanto clásica como contemporánea y desaparecida. Fue en este ambiente de debate y reflexión que se gestó la iniciativa de crear Letras Mexicanas, una colección que buscaba llenar este vacío editorial y consolidar el papel del FCE como un referente indiscutible en la promoción de la cultura nacional.

Letras Mexicanas no sólo difundió ampliamente las obras de los grandes escritores mexicanos, fue el medio más significativo —en palabras de Monsiváis— para «la fijación del canon» de la literatura mexicana

moderna (López Brun, 1993, p.28). El Noticiero Bibliográfico del FCE lo anunciaba con júbilo:

Letras Mexicanas será una guía para el lector que desee saber qué es lo que se escribe en México y, también, será una biblioteca selecta de obras de autores desaparecidos, presentados por especialistas que conozcan a fondo el asunto o la obra de que se trate. De esta manera, nuestras tareas editoriales, que ya antes habían tenido contacto con la producción literaria del país, se amplían en una forma coherente y ordenada, con objeto de contribuir —en ediciones económicas y con gran calidad en la presentación— a un mayor conocimiento de la literatura mexicana. [en Díaz Arciniega, p.116)].

En el catálogo de la colección se incluyeron antologías organizadas en diferentes series temáticas que permitieron explorar diferentes movimientos literarios y periodos históricos, “síntesis representativas” en palabras de Arciniega, que ofrecían una visión panorámica y completa de la producción literaria mexicana, por ejemplo *La poesía mexicana moderna* de Castro Leal (1953, número 12) y *Teatro mexicano del siglo XX* de Francisco Monterde (1956, número 25). Concebida inicialmente como la “Biblioteca de Autores Mexicanos”, la colección tuvo en Alfonso Reyes a su primer consejero y, naturalmente, a su primer autor.

En el libro de Arciniega se detalla que la planeación de la serie se remonta a las animadas tertulias literarias de principios de los cincuenta que reunía a un desfile de personalidades del medio siglo, como Joaquín Díez-Canedo, entonces gerente de producción, junto a tres amigos universitarios: Alí Chumacero, Jaime García Terrés y José Luis Martínez. Entre aquellos amigos, ¿por qué fue José Luis Martínez en quien recayó la monumental tarea de antologar lo mejor y más representativo del ensayo mexicano? Por vía de las Actas de la Junta de Gobierno —órgano rector encargado de las decisiones editoriales del FCE—, la idea de una o varias antologías está presente desde el “Proyecto de creación de la sección Letras Mexicanas”, un anexo a la minuta del 4 de septiembre de 1951 redactado por Daniel Cosío Villegas en el que solicita que José

Luis Martínez, a quien consideraba “un experto en literatura mexicana, especialmente en la del siglo XIX y contemporánea”, sea nombrado Jefe de Sección. Dentro del mismo plan, en el punto c) se menciona explícitamente la intención de realizar “alguna publicación antológica que dé idea de un género literario en su estado contemporáneo, como poesía, cuento, etc., de autores vivos o de 1900 a 1950”. En junta posterior fechada el 19 de noviembre, el Acta constata que por consenso se ofrecería a José Luis Martínez la preparación de una antología de cuento o de ensayo, dependiendo de su preferencia. Finalmente, en el Acta del 19 de enero de 1952, queda asentado que José Luis Martínez aceptó encargarse únicamente de una antología de ensayo, y que a su vez turnaría a los directivos del Fondo un informe detallado sobre cómo y qué, a su juicio, debían regir las antologías de cuento y poesía (en el Acta del 1 de febrero de 1952, se señala que dicho informe fue agregado como anexo 1 a la minuta, aunque lamentablemente no se conserva en los archivos disponibles).

En el libro de Arciniega, profuso en pequeñas historias, se sobreentiende que la elección de José Luis Martínez también fue resultado de un consenso entre Arnaldo Orfila Reynal, director del FCE entre 1948 y 1965, y Joaquín Diez-Canedo, quienes reconocían en Martínez la erudición y la sensibilidad necesarias para llevar a cabo esta tarea. Por las cartas que preserva el Archivo Histórico del FCE, nos enteramos que el 26 de noviembre de 1951 Orfila Reynal notifica a José Luis Martínez sobre las decisiones finales de la editorial, entre ellas, el plan de las antologías. El archivo conserva tres cartas cruzadas entre Orfila y Martínez previas a esta fecha: una del 3 de octubre de 1951, de Martínez a Orfila, donde agradece “la muestra de confianza y de amistad al pedirme mi opinión para un proyecto tan importante, y para mí tan largamente deseado, como lo es la publicación de una serie de “*Letras mexicanas*” por el Fondo de Cultura Económica”; otra del 29 de octubre de 1951, en la que Orfila responde agradeciendo “las interesantes sugerencias que nos hace con respecto a la acción de ‘*Letras mexicanas*’”; y una última del 15 de noviembre de 1951, donde Martínez agradece las noticias más recientes de *Letras Mexicanas* prometiendo apuntes “más útiles y congruentes”.

Hasta 1957, cuando *El ensayo mexicano moderno* se envía finalmente a imprenta, son siete las cartas entre Orfila y Martínez que refieren a la antología (posterior a este año no hay rastro de que hayan continuado escribiéndose, si bien José Luis Martínez mantuvo contacto con otros editores del FCE). En las cartas se discute el contenido, índice, páginas y autores, así como los retrasos en las entregas que Orfila le reclamaba educadamente. Las cartas ofrecen un correlato interior de la designación de Martínez como antologador, los primeros pasos de la antología, y su eventual publicación por el FCE. Transcribo aquí las siete íntegramente:

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
26 de noviembre de 1951, desde México.

Noviembre 26 de 1951
CA.

Sr. José Luis Martínez.
Dirección General de Bellas Artes
San Salvador, El Salvador, C.A.

Muy querido amigo:

Contesto a su amable carta del 15 corriente, y le agradezco otra vez su interés en los proyectos del Fondo. Al fin va tomando cuerpo la organización de la Serie de Libros Mexicanos que hemos resuelto a incorporar a nuestras colecciones. Se resolvió por ahora no hacer de obras de imaginación como se había pensado en un comienzo y limitarla a obras de investigación, sobre otras materias integrantes de las colecciones del Fondo. Para obras de imaginación se llamará para 1953.

En cambio se resolvió echar a andar la nueva Serie, preparando varios tomos con la idea de que aparezcan 4 o 5 simultáneamente para la mitad del año de 1952, en forma de que tengan una iniciación decorosa. Pensamos por ahora preparar una Antología de Cuentos Mexicanos Contemporáneos; otra de La Poesía y otra de los Ensayos y otra de Los Ensayos Políticos. Desde luego queremos la colaboración de

usted y desearíamos que usted se decidiera a actuar como antólogo, o bien del tomo de Ensayos o de Cuentos Contemporáneos, entendiendo por tales seguramente los de este siglo, si es que usted no opina otra cosa. El tomo de Poesías hemos pensado proponérselo a Antonio Castro Leal para que lo haga en colaboración con Joaquín, y para el Ensayo Político se lo vamos a proponer a Martín Luis Guzmán. Además de estos cuatro tomos daremos uno de Poesía de don Enrique González Martínez con algún material inédito que me ha ofrecido, o tal vez incluyendo a este material si es el caso una antología muy seleccionada de su obra que podríamos dar un estudio preliminar. También pensamos en otra antología de don Alfonso con prosa y poesía. Hemos aceptado ya un libro de cuentos de Rojas González y cuando Agustín Yáñez termine de retocar su novela creo que también la publicaremos.

Por ahora pues serán estos 8 tomos los que iniciarán la Serie y luego iríamos pulsando su desarrollo para marcar nuevos planes.

Quiero pues me dé usted su opinión sobre todo esto y me diga cuál de los dos tomos prefiere usted tomar a su cargo y si se le ocurre señalarnos la persona que consideraría indicada para preparar el que usted dejara libre. Yo no tendría inconveniente en encomendarle a usted los dos, pero se me ocurre que puede ser demasiada tarea y que no pudieran prepararse dentro del tiempo que desearíamos, para que pudiéramos tener los libros en prensa para mitad del año. Desde luego sería necesario que cada Antología lleve un estudio preliminar, sino muy extenso, sí por lo menos de unas 20 páginas. En cuanto a retribución no se ha resuelto todavía, pero es mi idea el de darle al antólogo una regalía permanente, encargándole a él se ocupe de gestionar las autorizaciones de los autores para incluir sus trabajos en el libro.

Por lo que me dice en su carta pareciera que no ha visto todavía el Sor Juana — me informa Joaquín que hace unos días se lo remitió—. A Guatemala y a Tuncho Granados ya se ha enviado.

Espero sus prontas noticias y le envío un cordial abrazo.

AOR

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
3 de junio de 1952, desde México.

Junio 3 de 1952

Sr. José Luis Martínez.
Presente.

Mi querido amigo:

Quiero confirmarle a usted lo que hemos convenido con respecto a la preparación de una Antología del Ensayo Mexicano Contemporáneo y de la que oportunamente usted aceptó hacerse cargo de acuerdo con la invitación que le formulara.

Quiero decirle que estamos conformes pues, en los lineamientos generales que usted nos ha expresado verbalmente para la confección de esta Antología y que deseáramos nos detallara por escrito. Entendemos que la misma abarcará una extensión aproximada de 400 a 500 páginas; que llevará un prólogo suyo de alrededor de 30 páginas; que a cada autor incorporado a la Antología le dedicará una breve nota bio-bibliográfica de alrededor de una página cada una y que llevará un índice de autores y títulos.

Entendemos que todo el material nos será entregado por usted listo para ser enviado a la imprenta.

Con respecto a los honorarios que abonaremos a usted por este trabajo, estaríamos dispuestos a elevarlos hasta la suma de \$4,000 para una primera edición de 4.000 ejemplares si usted se comprometiera a entregarnos todo el material para la imprenta antes del 31 de julio próximo. Queremos aclararle que esta condición la establecemos porque para nosotros tiene bastante importancia el poder contar con el material para esa fecha, por cuanto nos permitiría lanzar la edición dentro del año corriente y cumplir así el plan editorial que tenemos ya elaborado.

Le agradeceré pues, quiera darme su conformidad por escrito detallándome la forma en que cumplirá su trabajo y en esa espera quedo aquí su muy afmo. amigo.

AOR

De José Luis Martínez a Arnaldo Orfila, el mismo día,
3 de junio de 1952, desde México (con membrete de El Colegio Nacional)

3 de junio de 1952

Sr. Arnaldo Orfila Reyna,
Director, Fondo de Cultura Económica
Pánuco 63,
C i u d a d.

Muy estimado y fino amigo:

En relación con su atenta carta del día de hoy por la que solicita los detalles referentes a la Antología del Ensayo Mexicano Contemporáneo que me invitó a preparar, por su amable conducto, el Fondo de Cultura Económica, me permito manifestarle lo siguiente:

La Antología tendrá una extensión aproximada de 400 a 500 páginas; llevará un estudio preliminar, sobre la materia de la Antología, de alrededor de 30 páginas, y al frente de cada autor seleccionado se pondrá una nota bio-bibliográfica. El tomo llevará, además, un índice de autores y títulos.

Por lo que respecta a la índole de del material seleccionado, hemos convenido en principio, en excluir los ensayos de tipo político —que sería materia de otra selección— y en reducir la acepción de “ensayo” a aquellos textos que llenen las características de este género, exceptuando, por lo mismo, los géneros similares como los estudios críticos, las monografías y la crítica literaria.

Quedo de acuerdo en los honorarios que usted se ha servido comunicarme: \$ 4.000 para una primera edición de 4,000 ejemplares. Y quedo comprometido, asimismo, a entregar todo el material, listo para la imprenta, antes del 31 de julio próximo.

Lo saludo afectuosamente su amigo,

[firma]

José Luis Martínez

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
26 de enero de 1953, desde México.

Enero 26 de 1953

Sr. José Luis Martínez
Parque España 49-6
C i u d a d.

Mi querido amigo:

Imaginará usted que estamos preocupados por el vencimiento de los plazos varias veces renovados en los que usted se había comprometido a entregarnos la Antología del Ensayo Mexicano Contemporáneo.

Según nuestros planes, habíamos establecido que esa Antología debiera haber sido entregada a la imprenta en el segundo semestre del año pasado y, como hasta la fecha no hemos tenido ninguna noticia concreta de usted a este respecto, quiero recordarle muy encarecidamente nos diga con la mayor precisión posible, para qué fecha piensa usted que podrá entregarnos esos originales.

Agradecido a su buena atención le reitero las expresiones de mi mejor amistad.

Arnaldo Orfila Reynal

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
10 de diciembre de 1956, desde México.

Sr. José Luis Martínez.

Euclides No. 10.

C i u d a d

diciembre 10, 1956

Mi querido amigo:

Lamento tener que volver a referirme a un asunto que ha tenido tan larga gestión entre nosotros: la preparación del volumen *El ensayo mexicano en el siglo XX*, que Ud. se había comprometido a prepararnos para su publicación en *Letras Mexicanas*.

Comprenderá que el tiempo transcurrido desde la fecha en que tomamos este acuerdo —3 de junio de 1952— sin que haya podido ser cumplido, nos aconseja dejarlo sin efecto.

Hubiéramos deseado contar con esa colaboración suya que tanto nos interesaba pero comprendemos que otros trabajos que absorben su tiempo le impiden satisfacer esos nuestros deseos. En consecuencia, pensamos que lo más conveniente será dar por cancelado nuestro convenio, por cuyo motivo nos vemos obligados, por una parte, a encomendar a otra persona la preparación de ese volumen y, por otra, a cargar en su cuenta corriente el adelanto que por esa tarea le hicimos oportunamente.

Como siempre quedo de Ud. su muy fino y atto. Amigo

Arnaldo Orfila Reynal
Director

De José Luis Martínez a Arnaldo Orfila,
6 de febrero de 1957, desde México.

6 de febrero de 1957

Sr. Arnaldo Orfila Reynal,
Av. de la Universidad 975
C i u d a d .

Distinguido y fino amigo:

Me refiero a su atenta carta del día 10 de diciembre pasado, en la que se refería usted al volumen El ensayo mexicano en el siglo XX que desde hace algún tiempo me comprometí a preparar para la colección Letras Mexicanas. Tiene usted absoluta razón en las consideraciones que ha hecho al respecto y con tal motivo me permito proponerle lo siguiente: le ruego concederme un último plazo improrrogable hasta el día 31 de marzo próximo. Si para esa fecha no entrego a usted los materiales completos, haré devolución al Fondo de Cultura Económica del anticipo que recibí.

Quiero informar a usted, además, que los textos están copiados y corregidos totalmente. De las notas introductorias y las bibliografías, que son muy laboriosas, llevo actualmente la mitad y confío en poderlas terminar, así como la introducción, para el plazo antes prometido.

Lo saluda afectuosamente su amigo y servidor,

[Firma de José Luis Martínez]

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
20 de febrero de 1957, desde México.

Sr. José Luis Martínez
Euclides No. 10
México, D.F

febrero 20, 1957

Mi distinguido amigo:

Acuso recibo a su carta del 6 de febrero, tomando nota de su promesa de entregarnos terminado para el día 31 de marzo próximo, el manuscrito del volumen EL ENSAYO MEXICANO EN EL SIGLO XX, cuya preparación tuvimos el gusto de encomendarle.

Exprésale mi satisfacción por el compromiso que Ud. ha querido ratificar y me repito de Ud. su muy afmo. y atto. Amigo.

Arnaldo Orfila Reynal
Director

Destaco varios asuntos a botepronto. La primera aparición documentada de *El ensayo mexicano moderno*, como antología en forma, sucede, pues, a través de una carta del editor en turno del Fondo de Cultura Económica dirigida a quien, ocho años después, sería el responsable de la primera antología panorámica de ensayo en México. Es de suponerse, no obstante, que la primera mención explícita de la antología no coincida necesariamente ni con las Actas ni con el inicio de las conversaciones sobre el tema. Puesto que se implica que hubo intercambios anteriores al 26 de noviembre de 1951, por escrito, en persona o vía telefónica, es evidente que dicha misiva opera más bien como la cristalización de acuerdos y deliberaciones previas a través de otros canales de comunicación. El hecho de que el Fondo de Cultura Económica le diera a José Luis Martínez la opción de elegir entre dos proyectos antológicos es un indicio de la

gran confianza que la institución depositaba en su juicio literario. Por si fuera poco, no sólo le ofrecieron la oportunidad de escoger cuál proyecto liderar, además le consultaron sobre quién debía asumir la dirección del que dejara libre. A pesar de que para 1951, año en que la antología entre en planes de la editorial, Martínez ya tenía experiencia publicando y compilando antologías individuales y panorámicas, es todavía un crítico joven que aún no había dado a la imprenta sus tres libros fundamentales —*Problemas literarios*, *La emancipación literaria de México* y *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XXI*, todos publicados en 1955— que consolidarían su prestigio y lo posicionarían, como se hace constar en la solapa de la primera edición de *El ensayo mexicano moderno*, como “el crítico más prestigiado de la última generación”. En conjunto, tanto la familiaridad de José Luis Martínez con la producción ensayística mexicana, cultivada desde su juventud bajo la influencia de Reyes y Montaigne, así como su profundo conocimiento de las revistas literarias —aunado a las relaciones personales de Martínez con figuras clave del FCE: Orfila, por ejemplo, relata en *La pasión por los libros* (López Brun, 1993) cómo poco después de su llegada a México en 1948, fue José Luis Martínez quien lo paseó por Oaxaca y Guanajuato, a pesar de que Martínez no formara parte oficial de plantilla del FCE; y en las cartas previas a la del 26 de noviembre, ambos recuerdan unas vacaciones en Pátzcuaro, Acapulco y Mixquic—, contribuyeron posiblemente a su designación como responsable de la antología.

La correspondencia con Orfila también muestra que entre designación y entrega final pasaron siete años. En la carta del 26 de enero de 1953, Orfila escribe a José Martínez “preocupado por el vencimiento de los plazos varias veces renovados”, sin que “hayamos tenido ninguna noticia concreta de usted a este respecto”. El 10 diciembre de 1956 Orfila reprocha nuevamente a José Luis Martínez que “el tiempo transcurrido desde la fecha en que tomamos este acuerdo —3 de junio de 1952—, sin que haya podido ser cumplido, nos aconseja dejarlo sin efecto” (hay otra carta con fecha del 19 de agosto de 1955 que no hace referencia a la antología, en que Orfila pide una fotografía y currículum vite para el

catálogo interno del FCE). La cronología en las cartas del Archivo indica que José Luis Martínez respondió hasta febrero de 1957, cuando solicita un plazo menor a dos meses, asegurando que la selección de ensayos está terminada y sólo faltaban las notas bio-bibliográficas y la introducción, ambas a medio camino, de modo que entre enero de 1953 y febrero de 1957, cuando Martínez finalmente entrega el borrador del proyecto, hay cuatro años de silencio. Acudo aquí a un párrafo de Martínez Baracs que ofrece una explicación medianamente hacedera:

Con trabajo y viajes ferrocarrileros, con esposa y nuevo niño, José Luis Martínez ciertamente se retrajo parcialmente de la vida literaria, pero no de la literatura misma, pues se dio tiempo para seguir escribiendo en las noches y los fines de semana, y en 1955 culminó tres libros importantes, producto de las investigaciones iniciadas quince años atrás: *Problemas literarios*, que reúne sus estudios de teoría literaria, *La emancipación literaria de México y La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*. José Luis Martínez le dio este último libro a don Alfonso la noche del lunes 28 de noviembre de 1955 cuando lo visitó y se quedó hasta la medianoche, con su esposa Lydia, el pintor Ricardo Martínez y su esposa Zarina Lacy (2018, p.44).

El prolongado silencio de casi cuatro años entre Martínez y Orfila podría explicarse por su compromiso con la redacción de las tres obras, cuya elaboración había comenzado quince años antes. La culminación de *El ensayo mexicano moderno* fue postergándose, no porque fuera un proyecto menor, seguramente porque aquellos libros resultaban de mayor urgencia, lo que explica el retraso significativo en la entrega del proyecto antológico. Dado que el ensayo final del segundo volumen, escrito por Pablo González Casanova, está fechado en 1954, resulta plausible que, en efecto, sólo quedaran pendientes el prólogo y las notas bio-bibliográficas.

La sucesión de títulos que Orfila otorga a la antología, cada uno como un nuevo traje que no termina de ajustarse, podría indicar que los cuatro años de pausa retrasaron la publicación y también sembraron dudas sobre la concepción original del proyecto. Me pregunto si el cambio de nom-

bres reflejaba un ajuste necesario ante circunstancias cambiantes, o una preocupación por elegir la identidad adecuada para una antología que se escurría en el tiempo. Inicialmente el encargo de Orfila consistía en realizar una antología de “Ensayos”, así, a secas, diferenciándose de otra colección futura dedicada exclusivamente a ensayos políticos que sería encomendada a Martín Luis Guzmán. A medida que el proyecto avanzaba, el título se ajustó a algo más específico: en junio de 1952, tanto Orfila como Martínez la llaman “Antología del Ensayo Mexicano Contemporáneo”, paradójicamente el título de la antología que José Luis Martínez dejó inconclusa. El título continuó evolucionando en los años posteriores. En 1956, Orfila le escribe a Martínez refiriéndose a la obra como “El ensayo mexicano en el siglo xx”, denominación que Martínez adopta también en su correspondencia de febrero de 1957. Que sea Orfila, y no Martínez, quien insista en estos cambios, bien podría ser un lapsus trivial, aunque me inclino por una toma de decisiones más autoritaria del FCE, una suerte de guía necesaria para un proyecto que, tras el largo silencio, parecía haber perdido parte de su norte. Ni las Actas ni las cartas intercambiadas entre Orfila y Martínez arrojan luz sobre el momento exacto en que se prefirió el nombre *El ensayo mexicano moderno*. Tampoco queda claro cuándo se eligió la estructura de dividir la obra en dos volúmenes.

En cuanto a los pormenores de la planificación inicial, ¿qué tanto se conservaron los acuerdos del 3 de junio de 1952? Salvo los tiempos de entrega, José Luis Martínez cumplió con la extensión aproximada de 400 a 500 páginas, un prólogo de su autoría, notas biobibliográficas para cada autor y un índice detallado. El Fondo de Cultura Económica, por su parte, duplicó el tiraje inicial publicando dos volúmenes de 4,000 ejemplares, el doble de lo previsto al imprimirse la antología en tomos separados. La promesa que tensa la antología es por la exclusión manifiesta de ensayos vinculados a temas políticos, estudios críticos, monografías y crítica literaria. ¿Fueron excluidos realmente? Debate infinito dependiendo por dónde se le vea. Muchos ensayos, aunque no abordan directamente temas políticos, llevan la impronta de un contexto histórico politizado que dificulta una clasificación tajante. Las monografías y estudios críticos, como

los de Zum Felde y Vitier —o estrictamente políticos y científicos-sociales como los libros que venía publicando el FCE bajo el mandato de Cosío Villegas—, están explícitamente proscritos; pero no deja de ser complejo distinguir entre un ensayo de tema político tratado desde una perspectiva literaria y uno que aborde directamente cuestiones políticas sin ser literatura. Los enredos están presentes desde la «Introducción»: Martínez acepta en principio que “en el campo de las ideas a que pertenece el ensayo existe una relación con los acontecimientos políticos y sociales mucho más estrecha que la que se manifiesta en el ejercicio puro de las letras o las ciencias” (p.24); líneas adelante acepta que se han ganado el título de “ensayos”, pero prescinde de ellos: “los temas políticos —en los que sí contamos con notables ensayos— están excluidos de la presente antología porque serán tema de otra que proyecta realizar el Fondo de Cultura Económica” (pp.29-30). Asunto curioso: el Acta del 19 de enero de 1952 nos informa que Martín Luis Guzmán declinó la invitación para preparar la antología de ensayos políticos. ¿No se enteró nunca José Luis Martínez? ¿Tampoco Alí Chumacero ni Carlos Villegas, al cuidado de la primera edición? Podría ser que si en la «Introducción» se afirma su existencia, la antología siguiera en planes de la editorial, pero en manos de otro antologador; me inclino a pensar que la «Introducción» estuviera bastante avanzada, sin estar lista, desde 1951 —cuando Martín Luis Guzmán aún no daba el no definitivo—, previo al “exilio” de José Luis Martínez en El Salvador, antes de abandonar temporalmente el proyecto. He oído decir que *El ensayo mexicano moderno* carece de credibilidad por la ausencia de José Revueltas. No sé si tanto así; lo que es cierto es que si los ensayos políticos iban a ser ocasión de otra antología, la exclusión de Revueltas estaría plenamente justificada; si, por el contrario, aquella antología fue desechada rápidamente o de plano quedó en el tintero una vez rechazada por Martín Luis Guzmán, la exclusión de Revueltas fue decisión de José Luis Martínez. La ausencia de Revueltas también podría explicarse por un dato editorial concreto: previo a la publicación en 1958 de *México: una democracia bárbara*, los ensayos de Revueltas seguían en su mayoría inéditos, conservados sólo como manuscritos o circulando en

pequeños periódicos partidistas. En cualquier caso, los ensayos políticos de Revueltas tampoco aparecieron en las ediciones subsecuentes, lo que ya no podría atribuirse a razones cronológicas o de disponibilidad.

La correspondencia entre Orfila Reynal y Martínez se interrumpe en 1957, pero Martínez continúa escribiéndose con otros editores, gerentes y secretarios del Fondo de Cultura Económica. Las menciones a la antología son esporádicas a partir de este punto. En 1969 Salvador Azuela, entonces director del FCE, anuncia a Martínez que la antología está agotada y que planean reimprimirla ahora dentro de la Colección Popular. *El ensayo mexicano moderno* se mantuvo en la serie Letras Mexicanas para su segunda edición en 1971 con unos cuantos cambios. Entraron siete ensayistas: José Alvarado, Gastón García Cantú, Ramón Xirau, Jaime García Terrés, Carlos Fuentes, Juan García Ponce y Carlos Monsiváis. Salieron José López Portillo y Rojas, Alfonso Junco, César Garizurieta y Emilio Uranga; los primeros tres porque “era un poco forzado considerarlos ensayistas”, pero en el caso de Uranga, no sólo porque “su promesa se había oscurecido con los años”, especialmente porque a José Luis Martínez le habían irritado “las turbiedades políticas de Emilio”, sobre todo “los ataques que hizo contra los maestros que lo habían ayudado: Alfonso Reyes, José Gaos y Daniel Cosío Villegas.” En la nota 161 de la correspondencia con Alfonso Reyes, Martínez Baracs apunta que Emilio Uranga “tampoco aparece en la tercera edición, de 1995”. Hay un pequeño detalle que corregir: Uranga efectivamente queda fuera de la segunda edición, pero reaparece en la tercera del 2001 con el ensayo “Juan de Cárdenas: sus amigos y sus enemigos”; la de 1995 no fue una edición nueva, sino una reimpresión de 1971, y por eso su texto no está incluido. Al presentar la tercera edición, José Luis Martínez admite que sigue “reprochándole sus maldades, pero ahora pienso que es injusto ignorar su inteligencia...”. El vaivén entre admiración y censura guarda una anécdota conocida: en 1955, durante un homenaje a Alfonso Reyes en la Universidad de Nuevo León, se capturó una fotografía donde aparecen Reyes junto a Alí Chumacero, Juan Soriano, Octavio Paz, José Alvarado y Emilio Uranga. Rodrigo Martínez Baracs relata que en la fotografía original, tomada por su

padre José Luis Martínez, Uranga aparece al extremo derecho. En la versión que Martínez decidió preservar —y que Anthony Stanton incluyó como editor de la correspondencia entre Octavio Paz y Orfila Reynal—, Uranga está recortado.

La antología permanece en silencio hasta 1985, cuando se firma un contrato entre José Luis Martínez, el Fondo y la editorial PROMEXA para una reimpresión de ambos volúmenes en uno sólo bajo el título *El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis*, con un tiraje de 10,000 ejemplares y un precio de venta al público de \$1,490.00 viejos pesos. José Luis Martínez recibiría la cantidad de \$150,000.00 por concepto de derechos de autor y el Fondo de Cultura Económica \$850,000.00, de donde se cubrirán las regalías correspondientes a los autores cuyos derechos siguieran vigentes. Una vez agotada la edición inicial, el editor podría optar por una segunda impresión bajo las mismas condiciones contractuales, que de hecho sucedió en 1992 también con Promexa. Tras otro largo periodo de pausa, finalmente en julio de 1998 Adolfo Castañón, como gerente editorial del FCE, retoma las gestiones para una última y definitiva edición que se publica hasta el 2001, pese a que la nota de bienvenida está firmada en 1996.

Resta divertirse con una especulación puramente gozosa: Orfila, por sugerencia de Cosío Villegas, da a elegir a Martínez entre una antología de cuento y una de ensayo. Eligió la de ensayo. ¿Cómo sería nuestro presente ensayístico si hubiera invertido su elección? Habida cuenta que en la carta del 11 de diciembre de 1969 Salvador Azuela pregunta si puede ocuparse ahora de una antología de poesía mexicana, me da por pensar que *El ensayo mexicano moderno* habría llegado a concretarse tarde o temprano. En las cartas con Orfila no se revela por qué Martínez prefirió hacer la de ensayo. Probablemente se trató de una cuestión de inclinaciones personales (Martínez trabajaba con la ensayística mexicana desde los años cuarenta) o de algún reparto equitativo del trabajo, ya que la antología de cuentos, me parece, la terminó haciendo su buen amigo Alí Chumacero. Me pregunto si Alfonso Reyes habrá tenido algo que ver en la decisión. Desafortunadamente la correspondencia con Alfonso

Reyes —esa especie de pequeña biografía de juventud de José Luis Martínez— alude a *El ensayo mexicano moderno* en poquísimas ocasiones. Por las notas de Martínez Baracs nos enteramos que Joaquín Díez-Canedo invitó a Reyes a participar en un programa televisivo llamado “La Hora del Fondo” para hablar sobre la antología, pero Reyes declinó la invitación sin dar explicaciones (Reyes lo registra en su diario (vii) en la entrada del 24 de junio de 1958). Una corazonada me dice que don Alfonso sí estuvo muy al tanto del proyecto (se lo tuvo que haber platicado José Luis Martínez de visita por La Capilla), pero discrepaba con algún asunto que no quiso exponer públicamente. No descarto tampoco que el deterioro en su salud simple y sencillamente no le permitiera prestar tiempo a la novedad. Alfonso Reyes falleció en 1959, al año siguiente de la primera edición de *El ensayo mexicano moderno*.

La traducción

Un obituario en línea del condado de Waterloo, en la provincia de Ontario, Canadá, registra que H.W. Hilborn nació el 16 de abril de 1900 y falleció el 18 de octubre de 1978. Entre 1927 y 1950 tuvo una trayectoria destacada en la Universidad de Toronto, alcanzando el puesto de profesor titular en 1941 y dirigiendo el Departamento de Lenguas Romances a partir de 1949. En 1950 se unió a la Queen's University como profesor de Español e Italiano y jefe de departamento, rol que desempeñó con excelencia hasta su jubilación en 1966. Participó activamente en asociaciones profesionales, donde ocupó cargos destacados como presidente de la Modern Language Association of America y vicepresidente de la Ontario Modern Language Teachers' Association. Continuó enseñando durante cuatro años más y fue nombrado Profesor Emérito en 1970. Por su contribución al estudio de la literatura en español con *A Chronology of the Plays of D. Pedro Calderón de la Barca* (1938), se le considera el primer hispanista canadiense formado exclusivamente en Canadá.

El segundo y último libro de una trayectoria prolija en artículos, seminarios y conferencias fue *The Modern Mexican Essay* (1965), la única traducción al inglés de *El ensayo mexicano moderno*. La traducción cuenta con dos reimpresiones: la primera en 1968, tres años después de su publicación original en español, y una más reciente en 2018, a sólo dos años de la última reimpresión del FCE y a poco más de cincuenta de haberse traducido por primera vez. La página web de la University of Toronto Press,

su casa editorial, la saluda de este modo: "For Canadians this anthology provides an excellent basis for a comparative study of Canada and Mexico. For Americans, it could be a startling revelation of the image their country presents to their southern neighbors. In international relations, knowledge of the points of view presented in this anthology is of incalculable value for any project aimed at strengthening the solidarity of our continent". Pese a las expectativas prometedoras, el recibimiento crítico fue considerablemente más frío. El *Bulletin of Hispanic Studies* (1967) calificó el libro como un "incomprehensible 'hotchpotch'" (una mezcla desordenada o caótica de diferentes elementos), reprobando severamente traducciones inexactas que alteraban el sentido original de los textos. Y *The Modern Language Review* (1968) invalidó de manera análoga los méritos de la antología, acusándola de ser "clumsy and inelegant-and, what is worse, highly inaccurate".

Es cierto: la traducción del Profesor Hilborn enfrenta no pocos problemas. Que Alfonso Reyes figure entre los vivos en 1965, según el índice cronológico, revela no sólo un descuido, sobre todo un trabajo acelerado, solitario y visiblemente desorientado. Y lo que es más: la presentación de la antología, reiterada y ampliada en las solapas de sus dos impresiones, desorbita rápidamente los alcances del libro, pues ni con mucho esfuerzo, ni siquiera por las palabras entusiastas del prefacio, resulta sencillo imaginar cuánto podría realmente "fortalecer la solidaridad del continente" o en qué medida calaría una antología de ensayos en las sensibilidades norteamericanas.

Sería injusto, no obstante, desestimar los esfuerzos del profesor, quien trabajó con impaciencia ante el desgano de su propia constelación académica. La crítica que recibió, más centrada en el traspié que en la proposición, no logró captar la importancia de esta primera antología. Los reseñistas se agasajaron con aires de fanatismo en la novedad editorial, pero ignoraron casi con seguridad que se trataba de la primera antología panorámica de ensayo mexicano para el mercado norteamericano; ninguno lo menciona, en principio porque la hojearon con la misma prisa con la que el Profesor Hilborn la tradujo, y ya después, deslumbrados por

sus filosos reparos, hostigaron los descuidos de traducción sin advertir el credo mexicano que la animaba desde el inicio.

Conviene arrancar por aquí: *The Modern Mexican Essay* ni siquiera es una traslación completa de *El ensayo mexicano moderno* al inglés. Es una selección de sólo 33 ensayistas, entre los 56 en la primera edición, bajo la firme convicción de probar que mexicanos y canadienses están hermanados por aspectos culturales, espirituales, económicos y psicológicos debido a la subordinación fronteriza con los Estados Unidos. La traducción parte desde este punto, según el cual se entiende que Canadá y México comparten un proceso de consolidación de una “conciencia identitaria” que aspira a liberarse de la sombra de poderes extranjeros y forje, desde sus propios términos, una narrativa cultural autónoma y renovadora. El recorte voluntario de ensayistas busca entonces algo más que despertar el interés de hispanistas adormilados: *The Modern Mexican Essay* es una antología que reclama correspondencia mutua entre dos países que, tras haber sido ocupados, enfrentan interrogantes sobre su sentido de identidad en la modernidad, pues al cruzar el umbral de la mitad del siglo xx, a decir del profesor, ambos siguen debatiéndose entre la influencia norteamericana y su herencia británica, por el lado canadiense, y las cicatrices de sus conflicto civiles y políticos, por el lado mexicano.

El resultado, sin embargo, es una escisión abrupta de *El ensayo mexicano moderno* entre los textos que remiten de manera directa e indiscutible a lo mexicano y aquellos que, de forma más tangencial, orbitan a su alrededor. Son profundamente mexicanos —y por tanto relevantes para la conexión entre dos países americanos— los ensayos “Psicoanálisis del mexicano” de Samuel Ramos y “Letras Americanas” de Francisco A. de Icaza, por mencionar un par. También lo son, aunque de manera sutil y vacilante —en consecuencia, prescindibles de la traducción— las *invitaciones* de Alfonso Junco (dos breves textos sobre leer y escribir), “Sobre las fábulas y los cuentos” de Francisco Monterde o “Humanistas del siglo xviii” de Gabriel Méndez Plancarte. Los primeros, aquellos que apelan a una “expression of national consciousness”, conforman el 100% de la selección traducida; los otros, sin que esto implique un juicio de menor

calidad, se excluyen por encajar en alguna de las siguientes categorías: 1) “not intrinsically Mexican in theme”, 2) “[related] to colonial times or to the early post-colonial period”, 3) “essays on trivial themes (though written with charm and artistic skill)” y 4) “obscure for the English-speaking reader”.

Ensayos y ensayistas excluidos en <i>The Modern Mexican Essay</i> (Volumen 1 de <i>El ensayo mexicano moderno</i>)	
José Vasconcelos (1882-1959)	“La “Séptima Sinfonía” de Beethoven”; “La zandunga”
Jesús T. Acevedo (1882-1918)	“La arquitectura colonial en México”
Antonio Caso (1883-1946)	“Beethoven: La Sinfonía IX”; “El heroísmo filosófico”
Genaro González MacGregor (1883-1959)	“Ramón López Velarde”
Enrique Fernández Ledesma (1886-1939)	“La candidez sentimental de las cuadrillas históricas”; “Nuestros bisabuelos y sus viajes en diligencia”
Genaro Estrada (1887-1937)	“Dilucidaciones”; “La casa”; “Ometecuhli”
Carlos Díaz Dufoo (hijo) (1888-1932)	“Epigramas”; “Inmortalidad”; “Coro de hombres maduros”
Artemio del Valle Arizpe (1888-1961)	“Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México”
Alfredo Maillefert (1898-1941)	“Las destiladeras”
Julio Torri (1889-1970)	“Del epígrafe”; “De la noble esterilidad de los ingenios”; “De fusilamientos”; “La humildad premiada”; “El descubridor”; “Mujeres”
Francisco Monterde (1894-1985)	“Sobre las fábulas y los cuentos”
Antonio Castro Leal (1896-1981)	“La elegía del museo”; “El imperialismo andaluz”; “Las dos partes del Quijote”
Alfonso Junco (1896-1974)	“Invitación a la lectura”; “Invitación a la naturalidad”
Eduardo Villaseñor (1896-1978)	“Apología del diletante”

Volumen 2	
Salvador Novo (1904-1974)	“De las ventajas de no estar a la moda”; “Antología del pan”; “En defensa de lo usado”
Gabriel Méndez Plancarte (1905-1949)	“Humanistas del siglo XVIII”
Rodolfo Usigli (1905-1979)	“El gran teatro del mundo”
Héctor Pérez Martínez (1906-1948)	“Facundo en su laberinto”
Edmundo O’Gorman (1906-1995)	“Navegaciones colombinas”; “Cartas sobre la paz”
Mauricio Magdaleno (1906-1986)	“Tren de segunda”
Andrés Henestrosa (1906-2008)	“Los juguetes de Tehuantepec”
Silvio Zavala (1909-2014)	“La “Utopía” de Tomás Moro en la Nueva España”
Antonio Acevedo Escobedo (1909-1985)	“Pausa del quinqué”
Fernando Benítez (1912-2000)	“El reinado de la flor”

El Profesor Hilborn no halló la anhelada mexicanidad en los ensayos breves de Julio Torri ni en los divertimentos de Salvador Novo, tampoco en piezas ligeras como “Las destiladeras” de Alfredo Maillefert, un texto breve y conmovedor sobre la manera en que la conquista española determinó la distribución del espacio de las casas michoacanas. Antonio Caso, Méndez Plancarte, Usigli, O’Gorman, Fernando Benítez y Antonio Acevedo, a la categoría uno. Jesús T. Acevedo, Fernández Ledesma y Genero Estrada, a la dos. Los ensayos considerados triviales se achacan a José Vasconcelos, Mauricio Magdaleno y Andrés Henestrosa, mientras que aquellos que resultan “oscuros” para el lector anglosajón corresponden a Fernández MacGregor y Eduardo Villaseñor. Estos ensayos quedan apartados del núcleo de lo auténticamente mexicano, distantes de la identidad y esencia que conforman la conciencia nacional mexicana. La arquitectura de una ciudad —caso de Maillefert— no se ajusta a la mirada incisiva y el gesto experto de quienes observan a México desde una perspectiva amplia, panorámica y pretendidamente universal. El lugar queda reservado entonces para autores como Alfonso Reyes, Jesús Silva-Herzog, Julio Jiménez Rueda, Daniel Cosío Villegas, Torres Bodet,

Cuesta, Villaurrutia y Leopoldo Zea y todos aquellos que por tradición o mero espíritu de repetición se asocian automáticamente al ensayo de ideas y, por añadidura, al “Mexicanism” citado en el prefacio.

La tajante división que propone el Profesor Hilborn es comprensible según como se la mire. Uno lee, por ejemplo, las *invitaciones* de Alfonso Junco o el ensayo —que más bien es una ponencia— sobre El Quijote de Antonio Castro Leal para darle la razón: lo más mexicano de aquellos ensayos son las revistas en las que fueron publicados originalmente. Porque, ¿qué tanta mexicanidad o americanidad podría encontrarles el lector canadiense —desinteresado y ajeno, como se afirma en el prefacio, de la realidad mexicana— a los epigramas de Carlos Díaz Dufoo (hijo)? Algunos ejemplos para ilustrar el punto:

Un camino infinito que hemos recorrido eternamente. Al caminar, con ritmo invariable, vuelven en sucesión necesaria las mismas ideas, los mismos paisajes, las mismas tragedias. automáticamente, los mismos problemas se resuelven de la misma manera. En un momento, mil veces repetido, renace una vieja sorpresa que conduce a una vieja desilusión. La carne es de piedra y el hombre se acerca a Dios. Nunca entraremos en un río nuevo.

Para explicar su conducta unos invocan raros motivos intelectuales, otros pasiones complicadas, otros una sensibilidad extraña. Nadie ha calado en que el cansancio —sumisión al ritmo externo, abandono y renuncia—, es la explicación.

¿Habéis leído un periódico sin sentir el horror a la multitud?

Cree en las ideas con la sumisa ilusión con que un ciego de nacimiento cree en la luz.

José Luis Martínez describe los epigramas en la nota biobibliográfica de Dufoo como “ensayos breves” con “espíritu sabio y desencantado, pleno de una ironía atemperada por un dejo melancólico”; para el profesor, en cambio, los epigramas fueron descartados por ser “not intrinsically Mexican”. Pero ese es el asunto precisamente: la selección de epigramas no parece ofrecer la conexión inmediata que busca la traducción porque

el Profesor Hilborn no los entiende como una forma suprema de la brevedad literaria, ni como parte de una tradición filosófica —“microsónica”, en los términos sugeridos por Heriberto Yépez (2018)— de literatos iberoamericanos proclives al aforismo *asistemático*. El Profesor Hilborn evidentemente eligió los ensayos donde la bandera de México ondeaba con viento a favor, sin advertir que la ruda partición va dejando un sinfín de preguntas pendientes. Dice el prefacio: “I have performed the rather presumptuous pruning operation which I hope will give a clearer view of the fruit without leaving too many traces of the pruning-hook.” (p.vii) Sus deseos están lejísimos de cumplirse: ¿por qué los ensayos excluidos parecen percibirse como una amenaza para la unidad de la antología? Mejor dicho: ¿qué distingue a los textos de Martín Luis Guzmán, por ejemplo, como representativos de la mexicanidad buscada mientras que los excluidos de Vasconcelos no pasan ese filtro? Aún más: ¿qué aprende el lector canadiense con la “La flor punitiva” de López Velarde o con las “Literary Reflections” de Ermilio Abreu Gómez, y qué deja de aprender con “Los juguetes de Tehuantepec” de Henestrosa? Considerando que su patrocinador fue la Fundación Rockefeller, ¿tenía motivos el profesor para elegir los ensayos que proyectaran una mexicanidad comercialmente más atractiva y fácil de asimilar al público anglosajón? En caso de que así haya sido, la segmentación es parcialmente justificable, y necesaria en todo caso; pero si el objetivo era resaltar la marca distintiva del mexicanismo en sintonía con una literatura de las ideas —o sea: eligiendo al ensayo como un verdadero puente entre las tradiciones literarias de las Américas—, los epigramas de Carlos Díaz Dufoo (hijo) habrían sido una mejor elección.

Por criticables y polémicas que hayan sido las decisiones antológicas del Profesor Hilborn, antes que condenarlas, arriesgo aquí una explicación. *The Modern Mexican Essay* no parece derivar directamente de *El ensayo mexicano moderno*, sino de los trabajos que su antologador, José Luis Martínez, realizó antes de 1958, particularmente *La emancipación literaria de México* (1955), un libro que el profesor Hilborn, pese a la fugaz mención en el prefacio, parece haber seguido al pie de la letra. *La emanci-*

pación, he dicho, formó parte de la tríada de libros que José Luis Martínez publicó en 1955. El libro apareció bajo el sello de la Antigua Librería Robledo, en el número 21 de la colección México y lo Mexicano dirigida por Leopoldo Zea. En apenas ochenta y ocho páginas, *La emancipación literaria de México* ofrece un recorrido por la historia literaria mexicana del siglo xix y su impacto en el desarrollo de una literatura nacional plena y autónoma en el México de mediados del siglo xx. Buena parte del libro aboga por la construcción de una voz literaria propia justificada fundamentalmente en el llamado a la independencia cultural de Altamirano y Henríquez Ureña, según la cual nuestro universo literario, hacia 1955 auténtico y original, estaba presto a declararse libre de atavismos coloniales. Un todavía joven José Luis Martínez rechazaba enjundioso la entonación de los himnos americanos y las lecciones aprendidas de Europa, de manera que su libro defendía la inminente conquista de nuestra independencia cultural como única vía de nuestra afirmación nacional (“Independencia es igual a nacionalismo, y nacionalismo es igual a originalidad”, decía). Un apresurado resumen sería este: la mexicanidad es conciencia americana siempre y cuando volteemos los ojos hacia lo propio, y una vez aprehendida genuinamente esta cima, entonces daremos paso a nuestra literatura más original. Y ese momento, según Martínez —de acuerdo con su propia idea de historiografía literaria—, llegó hasta el periodo modernista, precisamente cuando “la literatura de México y la de toda Hispanoamérica han alcanzado ya una expresión tan original y nacional como es posible en literatura”.

Esta idea de historia literaria progresiva recibió una fuerte crítica de Alfonso Reyes. En su texto titulado “La emancipación literaria”, recogido en *Las burlas veras* (primer ciento), Reyes señala con precisión:

EL DIÁFANO ensayo de José Luis Martínez sobre *La emancipación literaria de México*, recién publicado en la colección de Zea, no se propone medir hasta qué punto hemos logrado la originalidad, sino que nos hace ver cómo nació el deseo de lograrla y expone las primeras manifestaciones de este afán durante la mayor parte del siglo xix. [...] La emancipación —nos explica

el crítico— sólo ha de alcanzarse con el Modernismo. Es decir, cuando se acaba la discusión teórica precedente, desaparecen los que la mantenían, y se pasa de los propósitos a las realizaciones. Pero falta determinar que aquella campaña no determinó esta victoria ni tiene íntima relación con ella. Acaso esto fue una desgracia; más bien aconteció una ruptura [...] Los modernistas no discutieron ya el problema de sus mayores; lo ignoraron y echaron a andar por otra senda. Y los abuelos no agotaron nunca la discusión ni llegaron a sus últimas consecuencias. La discusión había sido tan política como literaria, cuando menos, y parece un eco tardío de la emancipación política. Se apaga el eco, los modernistas vuelven el rostro. (OC, XXII, p. 565).

José Luis Martínez comparó procesos históricos como si se tratara de un único movimiento continuo, lo que tuvo por resultado una idea de historiografía literaria sucesiva, creciente y encadenada con generaciones reconocibles y estéticas delimitadas. Alfonso Reyes discrepaba: el sentimiento colectivo que madura y culmina en el modernismo debe analizarse uno por uno, porque los modernistas, dice Reyes, no heredaron ni resolvieron los dilemas de sus antecesores, simplemente los ignoraron y buscaron nuevos caminos prescindiendo de las tensiones y discontinuidades que definieron periodos anteriores. Lo que reclama Reyes a Martínez queda claro desde la primera línea: no hay que confundir emancipación (como proceso completo, cabal, que desconocemos con seguridad a qué refiera), con las manifestaciones —“deseos”— de verla realizada.

En este llamado a reconocer lo mexicano como una expresión auténtica del pensamiento mundial, en este rechazo por la imitación servil para reivindicar un diálogo con las grandes corrientes universales, ¿qué entendió entonces H.W Hilborn por “Mexicanism”? La emancipación “americana” que José Luis Martínez postulaba en 1955 y que no está cabalmente desplegada en su antología de 1958. El profesor tradujo *El ensayo mexicano moderno* como si hubiera sido una extensión y/o aplicación teórica de *La emancipación literaria de México*, pero al hacerlo, repitió sin darse cuenta el error señalado por Alfonso Reyes. Se convenció de que los sesenta y un ensayos traducidos eran pruebas definitivas de una autono-

mía intelectual mexicana equiparable a un proceso emancipatorio similar en Canadá. Creyó extraer de una antología de ensayos una delimitación sólida de lo mexicano y adaptarla a una versión al inglés, asignando tanto al texto original como a su traducción un hilo evolutivo que conectara distintas épocas y regiones. Convirtió lo mexicano de una en *lo canadiense* de otra, propiciando una narrativa ficticia que iba de la imitación servil al hallazgo de una voz auténtica, cuando en realidad, lo dice bien Alfonso Reyes, las emancipaciones literarias, ya consumadas o aún en proceso (“campañas”), responden en primer lugar a la calidad literaria y no a esquemas predefinidos que intenten trazar una historia lineal.

El comentario de Reyes lanza un arduo desafío: si la calidad literaria es la medida definitiva de la soberanía intelectual, como sostiene *The Modern Mexican Essay*, ¿qué ocurriría si escrutamos cada ensayo traducido en busca de los aires emancipatorios que promete el prefacio y cuántos textos deberían eliminarse para que la intención de hermanar países no se desmorone? Es como si Reyes les hubiera advertido: si la emancipación literaria es lo que usted dice, demuéstrelo, de lo contrario habrá que aceptar que su idea de progresión histórica, confusa e imprecisa, obedece más a una pasión idealista que a una realidad verificable. ¿Qué sentido tenía traducir una antología cuya naturaleza selectiva y excluyente requeriría evaluar uno por uno los textos para corroborar o desmentir sus supuestos aires emancipatorios? Porque al final, ¿qué tanto se reafirma aquella originalidad en “La casa del Alfeñique en Puebla” de Manuel Toussaint? ¿Se afirma tanto como potencialmente la niegan los ensayos sobre temas como las minucias de la vida social o la riqueza natural de México, como en el caso de Maillefert o los epigramas de Dufoo hijo?

Entonces: alguien podría pensar que las cuentas pendientes que deja la traducción del Profesor Hilborn deberían ser atribuibles también a la antología de José Luis Martínez. Quiero decir: ¿tendríamos que haber inquirido ya *El ensayo mexicano moderno* con las mismas preguntas con que arrinconamos a la traducción? En parte sí, pero no con los mismos criterios, de entrada porque sus principios rectores y enfoques antológicos difieren metodológicamente. Son dos libros completamente distintos.

La diferencia radica en que los preceptos formulados en 1955 no parecen haber sido plenamente trasladados al libro de 1958. Para que el Profesor Hilborn haya convertido la emancipación literaria en el eje de dos países que deben apre(h)enderse mutuamente, debió haber asumido como válida la idea de progresión histórica que Martínez propuso en 1955, una en la que, al menos en sentimiento, se consolidaba una tradición literaria propia. Tras la crítica de Alfonso Reyes, Martínez moderó su postura en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, *De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana* (1963), pronunciado el 22 de abril de 1960, donde prácticamente se retractó de la idea de continuidad entre épocas. Tomo aquí el extracto citado por Baracs en su correspondencia con Reyes:

... me parece que un Justo Sierra, organizador de la educación nacional y fundador de la Universidad, y un Manuel José Othón, autor del *Idilio salvaje*, tienen más afinidades con José Vasconcelos y Octavio Paz, por ejemplo, que con Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto; es decir, que los escritores de los años finales del siglo xix y primeros del xx, parecen mirar más hacia nuestro tiempo que hacia el romántico y apasionado siglo xix (2018, p.45).

El hecho de que Martínez no retome su propia idea en la «Introducción» y la matice aún más en su discurso de ingreso sugiere que, en 1955, su planteamiento pudo haber sido más un entusiasmo momentáneo que una convicción absoluta. En *La emancipación* la literatura aparece como un entramado de raíces comunicantes propagándose hacia el presente con esquemas de etapas históricas y promociones autorales perfectamente bosquejados, dando a entender que la suma de nuestros escritores ha conducido a la emancipación y, con ello, a la tradición de lo que llamamos literatura mexicana. Sin embargo, en la antología, y con mayor claridad en el discurso de aceptación, el tono cambia: ahora habla de “formas rudimentarias del ensayo”, de semillas, fragmentos, atisbos, “paralelismos”, “notas comunes”, “coincidencias” y “preocupaciones afines”. Su visión se inclina hacia la “naturaleza híbrida”, las “inconsistencias” y la “fragilidad

de nuestro poder creativo” como los elementos que han dado lugar a las mejores obras (incluyendo las ensayísticas). La grieta es el motor, la fuerza que impulsa una “historia cultural” compleja, una idea que parece más afín a *El ensayo mexicano moderno* que a *La emancipación literaria de México*, donde el ensayo moderno o la modernidad del ensayo se describe como un punto de llegada aún en campaña, no necesariamente uniforme, obediente o alineado con las etapas históricas que Martínez había propuesto inicialmente.

De haber conocido la crítica de Alfonso Reyes y la posterior réplica de José Luis Martínez —que no parece haber sido el caso—, ¿habría reconsiderado el profesor Hilborn su postura? Si la idea de una tradición consolidada resultaba excesiva, como se lo hace saber Reyes a Martínez, ¿cómo habría podido la antología del Profesor Hilborn justificar los entusiasmos de su prefacio? Lo que levanta ahora una pregunta en sentido inverso: si José Luis Martínez se desdijo en 1960, ¿no tuvo que haberse matizado también la introducción de *El ensayo mexicano moderno*, donde se coquetea peligrosamente (sin afirmarse abierta y tajantemente) con la idea de sucesión histórica por generaciones conectadas y épocas atentas a su inmediato anterior y posterior articulando una constelación del ensayo en México? Si el párrafo final de *La emancipación* —donde se afirma que “la literatura de México y la de toda Hispanoamérica han alcanzado ya una expresión tan original y nacional como es posible en literatura”— reaparece casi literalmente en la página 18 de la «Introducción» de *El ensayo mexicano moderno*, pero esta vez restringido al modernismo y a la práctica ensayística, ¿se trató de una rectificación del argumento original o simplemente una adaptación para justificar la hermenéutica de su antología? A esto voy: si su cambio de perspectiva fue genuino, ¿no habría sido lógico trasladarlo también a la obra donde había aplicado esa idea por última vez para evitar confusiones y malentendidos?

Intento responder, no sin cierta vacilación. La introducción no se modifica porque ni la independencia, ni la voz original, ni ninguna de aquellas ideas que resonaban en los trabajos de José Luis Martínez previos a la antología habrían explicado, por sí solas, el presente del ensayo mexicano

a mediados del siglo xx. En lugar de criterios emancipatorios, la antología se sustentó en una operación que articulaba lo mexicano, lo ensayístico y lo moderno. Martínez construyó su antología de manera que cada texto quedara justificado dentro de una de estas tres condiciones (o en las tres), confiriendo a su selección una elocuencia difícil de objetar desde cualquier ángulo, y con mucha astucia, no enjuiciables bajo los parámetros que él mismo, tres años antes, había adjudicado a la literatura mexicana, incluido el ensayo. Y en el contexto de recepción de la antología, estas tres aristas, así como el espíritu moderno que la atravesaba, fueron bien acogidas y, hasta donde sabemos, no cuestionadas. El planteamiento se volvió casi automático: si el ensayo es una práctica literaria moderna (y nueva) en México, ¿no seríamos, por obvias razones, ahora que este tipo de escritura está asentado en el país, mejores ensayistas que cuando sólo teníamos dos o tres ateneístas? La lógica parece sólida, pero ¿cómo se sostiene realmente? ¿Porque dar al mundo ensayistas por montón prueba que hemos alcanzado una consolidación literaria? El argumento no es falso, pero tampoco se aclaró nunca por qué debía ser verdadero.

La traducción del Profesor Hilborn, en cambio, se ancló exclusivamente en una idea rígida de “mexicanism”, cuya selección debía sí o sí operar con criterio claro y uniforme. En su afán por trazar una narrativa emancipatoria, ignoró por completo que traducía una antología de ensayo, no una antología sobre la emancipación mexicana. Quizás *The Modern Mexican Essay* habría funcionado mejor si *El ensayo mexicano moderno* hubiera reunido únicamente textos alineados en filita contra la visión americana de los norteamericanos; aunque no pocos ensayos encajan parcialmente dentro de esta categoría, no son la totalidad ni están desligados de los otros referentes teóricos que Martínez consideró. El Profesor Hilborn ignoró por completo la influencia de Montaigne, el papel de Reyes como ensayista, la presencia de los franceses que Martínez leía y citaba desde la antología anónima de 1929, el tono lúdico del Villaurrutia más diletante. Se fue con la finta y tomó al pie de la letra el hecho de que Martínez llamara a los ensayos de “libre imaginación” como casos excepcionales en la literatura mexicana, asumiendo que estaban de

relleno. Es cierto: algunos fueron incluidos por su carga alegórica en términos de emancipación, independencia intelectual o americanismo, pero otros simplemente porque representaban episodios mexicanos del ensayo literario. Si la antología favorecía esas interpretaciones, bienvenido, pero originalmente su lugar en la selección se debía a su vena ensayística, no a su simbolismo político. De eso el profesor no quiso saber nada.

Habría entonces dos maneras de entender la traducción. Una como antología por encargo, condicionada por mecenazgos culturales que debían cumplir una agenda abiertamente política que asegurara lazos literarios entre dos países; y la otra como un pastiche maquinado por su traductor, elaborado expresamente para hermanar estéticas americanizadas (más *americanas* que lo norteamericano) sin importar demasiado si la muestra literaria —o sea: la prueba, la evidencia artística, la idea central que subyace a su antología— respaldaba realmente las premisas de su prefacio. ¿No le convenía mejor al Profesor haber traducido únicamente las 70 páginas *La emancipación literaria de México* en lugar de 500 de *El ensayo mexicano moderno*? Es claro que su interés no estaba en “las mejores flores” del ensayo (por discutible que esto sea en la antología de José Luis Martínez), sino en destacar “las manifestaciones de un afán”, como decía Reyes, el deseo de alcanzar o haber alcanzado la originalidad literaria y su resonancia en los círculos literarios canadienses, independientemente de si dicha emancipación era ya un logro consolidado en México o apenas un grito de batalla que necesitaba ser difundido.

The Modern Mexican Essay fue la primera traducción (hasta donde se sabe: la única) de *El ensayo mexicano moderno* y también su primer estudio de recepción. Gracias a *The Modern Mexican Essay* sabemos cómo fue leída, entendida y criticada la antología; conocemos qué ideas penetraron en el ámbito internacional y cómo fueron interpretadas en la prensa. En cierto sentido, es una validación del impacto de la obra original. La versión de H.W. Hilborn prueba que el Fondo de Cultura Económica logró posicionar al ensayo mexicano dentro de la tradición hispánica de ensayistas. El mensaje cruzó fronteras, y en su viaje de regreso, cumplió

con creces su cometido, al grado que alguien, tres mil kilómetros al norte, pretendió hermanar dos países.

Desconozco si la traducción del Profesor Hilborn fue conocida en México. No parece haber rastro de que se haya comentado en la prensa nacional, y en las bibliotecas personales de Antonio Castro Leal, Jaime García Terrés, Alí Chumacero y Carlos Monsiváis —todos ellas, junto a la de José Luis Martínez, abiertas hoy a la consulta pública en la Biblioteca de México— tampoco parece haber algún ejemplar. La única excepción es la biblioteca del propio José Luis Martínez, donde se encuentra una copia de la edición de 1965. Su conocimiento de la traducción queda confirmado por una carta del 5 de octubre de 1970 al entonces director del Fondo de Cultura Económica, Salvador Azuela, en la que solicita el pago de las regalías correspondientes por las ediciones canadienses de 1965 y 1968. La petición suscita una pequeña discrepancia al interior de la editorial, ya que no existió contrato firmado ni con Orfila Reynal ni con el Fondo en 1958. El 15 de octubre, tras una revisión interna, Salvador Azuela responde a José Luis Martínez que, a pesar de la ausencia de un contrato explícito, se le otorgaría el 80% de las regalías obtenidas por la traducción al inglés y ejemplares de cada edición. José Luis Martínez respondió el 27 de octubre aceptando las condiciones planteadas por el FCE.

Y bueno, don José Luis conoció la traducción, pero, ¿la habrá escrutado a detalle? Es altamente factible que sí. Lo prueba una fotocopia, a modo de separador, de una *book review* halagüeña a cargo del *journal* Hispania en 1967, colocada poéticamente hacia la mitad de la antología, justo en la sección de Alfonso Reyes. Lo prueba también la misma carta del 5 de octubre, donde pide encarecidamente a Salvador Azuela que “en caso de que necesitara autorización para una nueva edición inglesa, muy atentamente ruego a usted pedir al señor Hilborn que se ponga en contacto conmigo para comunicarle algunas sugerencias en relación con su traducción...”.

Apéndice: Las ensayistas

Llamamos panorámica a la antología que dentro de sus criterios de selección se establece un parámetro cronológico basado en la estabilidad canónica y no en la representatividad. México, entre 1958 y 2008, vio desfilar seis que operaron bajo este modelo: *El ensayo mexicano moderno* de José Luis Martínez (FCE, 1958), *El ensayo actual latinoamericano* de Ernesto Mejía Sánchez y Fedro Guillén (Ediciones de Andrea, 1971), *El ensayo en Hispanoamérica* de Alberto M. Vázquez (Ediciones El Colibrí, 1972), *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* de John Skirius (1981), *Ensayo literario mexicano* de Federico Patán, Evodio Escalante, Hernán Lara Zavala y John Brushwood (UNAM, 2001), y *El estilo es la idea. Ensayo literario hispanoamericano del siglo XX* de Alberto Paredes (Siglo XXI, 2008).

El profundo desbalance de género en estas antologías fue asumido con una naturalidad que hoy resulta incómoda. En su edición final, José Luis Martínez matriculó a 63 autores y a ninguna ensayista. Ernesto Mejía Sánchez y Fedro Guillén sumaron 29 escritores y apenas una autora. La de Alberto M. Vázquez, sin rediciones ni reimpresiones, reunió a 19 hombres. John Skirius —responsable de la antología más reeditada en el país— incluyó en su quinta edición de 2004 a 37 escritores y sólo cuatro mujeres. El volumen de Patán, Escalante y Brushwood duplicó los números de Skirius: 42 autores, de los cuales 8 fueron mujeres. Pero la antología de Alberto Paredes volvió a cerrar la puerta al incluir únicamente a 33 escritores.

Las cuentas se agravan si se consideran las oportunidades que tuvo cada antología para enderezar la disparidad. Las antologías de Mejía Sánchez, Vázquez, Patán y Paredes quedaron en una única edición, pero la de Martínez alcanzó tres, y la de Skirius llegó a cinco. En su segunda edición, publicada en 1971, José Luis Martínez eliminó a cuatro autores y añadió a siete nuevos, sin incluir a ninguna ensayista, omisión que se mantuvo intacta hasta la tercera y última edición de 2001. Concha Meléndez apareció sólo en la antología de Ernesto Mejía Sánchez y no volvió a figurar en las restantes. Gabriela Mistral fue incluida únicamente en las ediciones de Skirius. Elena Poniatowska, Rosario Ferré y Beatriz Sarlo ingresaron de forma paulatina en la segunda y quinta edición de esa misma antología, mientras que Rosario Castellanos, Margo Glantz, Margarita Peña, Beatriz Espejo, Silvia Molina, Martha Robles, Ángeles Mastretta y Fabienne Bradu sólo figuran en la compilación dirigida por Patán y compañía. En total son trece ensayistas —más justo sería decir: trece escritoras que incursionaron en el ensayo— distribuidas en seis antologías panorámicas de ensayo publicadas a lo largo de cincuenta años. Teniendo en mente que varios autores repiten —Alfonso Reyes figura en cinco antologías; Vasconcelos en tres; López Velarde en dos y así sucesivamente—, el número de ensayistas varones estaría rondando los 150.

El sesgo se extiende a los libros de crítica publicados entre el cuarenta y el setenta. Obras como *Del ensayo americano* (1945) de Medardo Vitier e *Historia del ensayo hispanoamericano* (1973) de Peter G. Earle y Robert G. Mead Jr., aunque no se presentan como antologías, ordenan una historia del ensayo que no escapa al patrón de exclusión. Vitier, salvo por Sor Juana Inés de la Cruz, no concedió espacio alguno a las ensayistas. Earle y Mead Jr. intentaron una leve corrección: junto a Sor Juana, incluyeron a Rosario Castellanos, Concha Meléndez, Margot Arce de Vázquez y Victoria Ocampo. La asimetría persiste: cinco ensayistas frente a más de cien autores.

Con la antología de Alberto Paredes parece cerrarse un ciclo de cincuenta años dominado por la lógica panorámica, cuyas selecciones diacrónicas e historicistas crearon cánones reconocibles y bastante rentables

para el mercado editorial. Si en el ámbito poético suele fecharse el viraje hacia modelos programáticos en 1966 con *Poesía en movimiento. México 1915-1966* (Siglo XXI) de Octavio Paz, en el terreno ensayístico el cambio se hizo evidente hasta los años noventa con antologías como *Ensayistas de Tierra Adentro* de José María Espinasa (Tierra Adentro, 1994), *Desocupado lector: el ensayo breve en México (1954-1989)* de Genaro González Enríquez (Verdehalago, 1998), *La mirada del centauro: los mejores ensayos de la revista Ensayo* de Mary Carmen Sánchez Ambriz (Verdehalago, 2001), *Los mejores ensayos mexicanos. Edición 2005* de Antonio Saborit (Joaquín Mortiz, 2005), hasta llegar a *El hacha puesta en la raíz. Ensayistas mexicanos para el siglo XXI* de Verónica Murguía y Geney Beltrán Félix (Tierra Adentro, 2005) dedicada a ensayistas nacidos en los setenta.

Las antologías panorámicas comenzaron a perder relevancia al agotarse su impulso fundacional y su vocación de totalidad. Despuntaron las compilaciones de corte sincrónico más interesadas en mapear el presente o el pasado inmediato que en articular una narrativa histórica. Una vez fijado un canon visible, dejó de ser necesario construirlo desde cero. Se pasó de la siembra a la cosecha, y con ella llegaron las discrepancias. Las antologías programáticas ocuparon entonces ese espacio: menos preocupadas por trazar genealogías que por reunir voces activas en un contexto específico (Higashi, 2015). El cambio de enfoque, sin embargo, no corrigió los asuntos pendientes.

En la antología de José María Espinasa figuran 20 hombres y sólo 4 mujeres: Adriana Díaz Enciso, Claudia Gómez Haro, Marianne Tous-saint y Perla Schwartz. La de González Enríquez incluyó a 12 hombres y sólo una mujer, Bárbara Jacobs. En la antología coordinada por Mary Carmen Sánchez Ambriz fueron 14 hombres y apenas una ensayista, Vivian Abenshushan, o dos si se incluye a la propia Sánchez Ambriz como prologuista. La selección de Antonio Saborit amplió el número, aunque no la proporción: 24 hombres y 8 mujeres (9 si se considera el epílogo de Ana Marimón Driben): Laura Emilia Pacheco, Germaine Gómez Haro, Mónica Nepote, Magali Tercero, Isabel Vericat Núñez, Verónica Murguía, Angélica Abelleira y, nuevamente, Vivian Abenshushan. *El*

hacha puesta en la raíz, coordinada por Murguía y Beltrán Félix, mostró un esfuerzo por abrir el campo, aunque los márgenes continuaron estrechos: 35 hombres y 12 mujeres: Mary Carmen Sánchez Ambriz, Teresa González Arce, Mayra Ibarra, Mayra Luna, Magali Velasco Vargas, Elba Sánchez Rolón, Ana Marimón Driben, Paola Velasco, Martha Patricia Reveles, Karla Ortega, Elisa Corona Aguilar y, una vez más, Abenshushan, convertida con justicia en la ensayista más antologada de su generación.

Me permito unas cuantas conclusiones tempraneras. Entre 1958, año en que se estrena *El ensayo mexicano moderno*, y 2008, cuando podría considerarse cerrado el ciclo de las antologías panorámicas, el mapa se reduce apenas a seis compilaciones. Pero si acotamos el periodo al siglo xx, en realidad son únicamente dos con presencia sostenida: las de José Luis Martínez y John Skirius. *El ensayo mexicano moderno* hizo su aparición inicial en 1958. Trece años más tarde, en 1971, se publicó una versión revisada. Ambos volúmenes volvieron a circular en reimpresiones en 1984 y 1995. La edición definitiva llegó en el 2001, y quince años más tarde, en 2016, sólo se relanzó el tomo inicial. *El ensayo hispanoamericano del siglo xx* de Skirius conocería cuatro reediciones adicionales a la de 1981: 1989, 1994, 1997, 2004. Si añadimos dos reimpresiones de la segunda edición de Martínez —publicadas en 1985 y 1992 bajo el título *El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis*, ahora con la editorial Promeja—, se configura un monólogo a dos voces, publicados por la misma casa editorial, con regularidad casi de metrónomo. Cada década, por tanto, tuvo en José Luis Martínez y en John Skirius a su antólogo de cabecera.

¿Y quiénes sobrevivieron a la marejada de estas selecciones? Principalmente aquellos que se propusieron diseccionar el alma nacional o definir una identidad colectiva a través de lo mexicano, lo hispanoamericano, lo latino o lo americano. O sea: una espiral cerrada sobre sí misma, articulada en clave masculina, donde el ensayismo femenino quedó relegado a la orilla. No sólo fueron pocas las ensayistas. Su aparición fue, en la mayoría de los casos, esporádica y sin continuidad, como si fueran hallazgos aislados que no conectan con ninguna tradición. La referencia obligada

en este punto es Mary Louise Pratt, quien ha sabido explicarlo antes y mejor que nadie:

La columna vertebral del ensayo latinoamericano en tanto canon literario representa una forma de reflexión a la que denominaré “ensayo de identidad”. Propongo este término para referirme a una serie de textos escritos a lo largo de los últimos ciento ochenta años por hombres latinoamericanos, casi todos pertenecientes a las élites euroamericanas y que abordan la problemática de la identidad latinoamericana, especialmente con relación a Europa y Norte América. El ensayo de identidad se pregunta: ¿cómo se pueden definir nuestra identidad y nuestra cultura en la etapa posterior a la independencia? ¿Cómo representar nuestra hegemonía? ¿En qué consiste —o en qué debe consistir— nuestro proyecto social y cultural? [...] Salta a la vista que las mujeres no tienen cabida en el ensayo de identidad. [...] Dicha exclusión no tiene nada de misteriosa. Las identidades que el ensayo latinoamericano busca fundar —cívicas, políticas, culturales— son masculinas. Un aspecto crucial de su proyecto es negar a las mujeres los poderes cívicos y ciudadanos que los hombres letrados se otorgan a sí mismos. El sujeto parlante del ensayo de identidad es indudablemente masculino y blanco; es la figura del pensador criollo, supuesto dueño del pensamiento y de toda función intelectual. Desde la independencia, a través del largo proceso de negociación de la hegemonía criolla, los hombres euroamericanos abiertamente consolidaron su privilegio como los únicos dueños de la cultura y el poder ciudadanos. Se trataba de negar a las mujeres —y a los no blancos— el derecho de tomar la palabra y hablar en nombre de toda la ciudadanía.” (2000, pp.74-75).

En “No me interrumpas”: las mujeres y el ensayo latinoamericano” —versión traducida de “Don’t Interrupt Me”: The Gender Essay as Conversation and Countercanon—, Mary Louis Pratt define al ensayo de identidad como el canon hegemónico de la tradición ensayística latinoamericana, un proyecto intelectual que desde el siglo XIX buscó definir la esencia nacional a través de voces masculinas que reflexionaban sobre raza, mestizaje y carácter colectivo. Ese afán por delinear el alma ameri-

cana invisibilizó sistemáticamente a las escritoras. Pratt propone el ensayo de género como una tradición paralela y contestataria escrita por mujeres desde los márgenes del canon. Nombres como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana Manso, Mercedes Cabello de Carbonera, Clorinda Matto de Turner, Soledad Acosta de Samper, Amanda Labarca Hubertson, Teresa de la Parra, Victoria Ocampo, Magda Portal, Rosario Castellanos y Gabriela Mistral interrumpen el monólogo masculino a través de formas híbridas del ensayo: catálogos de mujeres ilustres que alternan viñetas históricas con reflexiones existenciales, epístolas donde lo privado se vuelve político, manifiestos donde la experiencia personal se transforma en diagnóstico social. Pratt subraya en ellas una doble rebeldía: contra el patriarcado que las excluyó de la vida pública y contra el ensayo hegemónico que normalizó esa exclusión. Sin presencia en antologías canónicas ni protagonismo en el debate, el ensayo de género construyó sus propios circuitos: revistas feministas, correspondencias privadas, prólogos de libros ajenos... Mientras el ensayo identitario se concentraba en narrar las conquistas —culturales, políticas, civiles y sociales— del hombre latinoamericano, el ensayo de género documentaba la historia de quienes habían sido borradas de ella.

Las reediciones de las antologías panorámicas se volvieron gestos de perpetuación. Hace casi veinticinco años, la investigadora Leticia Romero Chumacero se preguntaba por qué la ausencia de mujeres ensayistas no parecía inquietar a quienes construían la tradición del ensayo mexicano. Si, como Pratt sugiere, las autoras quedaron al margen por su incompatibilidad con el ensayo de identidad, ¿por qué esta conjetura no despertó dudas entre los antologadores? En su artículo “Exterior, forastera y crítica: ensayistas mexicanas del siglo xx” (2001) contempló tres posibilidades. La primera apunta a la existencia de prejuicios sexistas por parte de los compiladores, lo que habría limitado su búsqueda e impedido que exploraran con rigor la producción de las ensayistas. La segunda consiste en que desconocieran genuinamente los textos y, al basarse en el canon vigente, seleccionaran obras y autores ya reconocidos sin cuestionar las ausencias. La tercera sugiere que, aunque los antologadores estuvieran al

tanto de la producción ensayística femenina, la consideraron irrelevante o de escaso valor, ya fuera por los temas que abordaba o por no ajustarse a los criterios que guiaban sus selecciones, lo que provocó su exclusión deliberada.

A juicio personal —esto es: sin descartar las suspicacias que despiertan la primera y tercera hipótesis—, le voy a la segunda. Las antologías panorámicas de ensayo en México partieron de una genealogía circular: leyeron otras antologías y reprodujeron sus omisiones como si fueran verdades absolutas. Se apoyaron en lo consagrado —no por convicción crítica: por inercia— eternizando la nómina consabida. Las selecciones se construyeron sobre otras selecciones y los prólogos sobre otros prólogos, apuntalados por el silencio de antologías sucesoras, por su aceptación inmediata, por la armonía del consenso, la cortesía de la alabanza irreflexiva, la comodidad de la loa sin fisuras. Lo que hubo fue una recepción y reproducción pasiva del canon recibido. Y en esa pasividad se consolidó una exclusión naturalizada.

Hizo falta una pausa incómoda, una pregunta directa sobre los mecanismos editoriales, culturales o críticos que explicaran la omisión. Sigue haciendo falta. Aún no se ha interrogado a fondo la lógica que articula las antologías de ensayo. Ni tampoco se ha revisado el historial de ganadores de premios de ensayo joven o con trayectoria, ni a sus jueces, ni los parámetros ensayísticos con que se entregan becas del FONCA, las del PECDA, ni las pocas o casi inexistentes clases en torno al ensayo en programas de licenciatura y posgrado. Falta sobre todo radiografiar las trayectorias de las escritoras antologadas, distinguir quiénes incursionaron ocasionalmente en el ensayo y quiénes hicieron de él su eje de escritura. Su repetición como excepciones hace parecer como si fueran las únicas posibles. Rosario Castellanos se volvió punto de partida inamovible, aunque, como ha sugerido Mary Carmen Sánchez Ambríz en “Mujeres por el país de Montaigne” (2020), bien podría haberse comenzado por Laura Méndez de Cuenca, Antonieta Rivas Mercado o Inés Arredondo, por no hablar de quienes publicaron en revistas como *Rueca* y *Rehilete*. Consuelo Meza Márquez (2018 y 2021) amplía la lista mexicana: María del Car-

men Millán, Amalia González Caballero, Laureana Wright, Consuelo Colón, Aurora Fernández y Griselda Álvarez. Juan Domingo Argüelles (1993) añade cuarenta y dos ensayistas, entre las que se encuentran Margarita Michelena, Luisa Josefina Hernández, Aurora M. Ocampo, María Luisa Mendoza, Elena Urrutia, Julieta Campos, Nedda G. de Anhalt, Eugenia Revueltas, Isabel Fraire, Beatriz Reyes Nevares, María Rosa Fiscal, Andrea Revueltas Peralta, Aline Petterson, María Dolores Bravo, Alicia Reyes, Cristina Pacheco, María Luisa Puga, Mónica Mansour, Rocío Antúnez, Anamari Gomís, Germaine Calderón, Dulce María Zúñiga y Nancy Sanciprián. A este conteo podrían agregarse también Anita Brenner o Idella Purnell, como me lo ha sugerido personalmente Angela Kennedy, autora del *Diccionario biográfico de mujeres jaliscienses prominentes*. Releerlas implica abandonar la lógica del resarcimiento o de la compensación tardía. Releerlas (y nombrarlas) significa analizarlas desde los criterios propios que las justifiquen como ensayistas. Si muchas de estas autoras cultivaron formas que el canon ha considerado ensayísticas —columnas, epístolas, reseñas, intervenciones públicas—, uno de los varios caminos posibles del debate debe centrarse en cómo se construyeron los parámetros de canonización y por qué, al aplicarlos, ciertas voces quedaron fuera.

¿Cómo leer y entender el ensayo escrito por mujeres —se preguntaba Louis Pratt en 1995— si ni siquiera contamos con un rastreo académico inicial de ese corpus? Treinta años después, gracias al trabajo sostenido de una red de investigadoras, la situación ha cambiado. Pienso aquí en *Reinterpreting the Spanish American Essay* de Doris Meyer —donde se publicó originalmente el ensayo fundacional de Pratt—, así como *The Politics of the Essay* de Ruth-Ellen Boetcher Joeres y Elizabeth Mittman; *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen el canon del siglo XX* (2015) y *Ensayar un nuevo mundo. Escritoras hispanoamericanas a debate* (2016) de Mayuli Morales Faedo; los tomos II y III de *Ensayistas latinoamericanas contemporáneas* (Centro y Cono Sur), dirigidos por un equipo encabezado por Marcela Prado Traverso; estudios puntuales como el de Mariselle Meléndez, “Obreras del pensamiento y educadoras

de la nación: el sujeto femenino en la ensayística femenina decimonónica de transición” (1998), o la ponencia de Carla Fernandes y Fátima Rodríguez, “El ensayo, género y praxis. El ensayismo en las escritoras latinoamericanas”, centrada en Camila Henríquez Ureña. Buena parte de esta bibliografía circula fragmentariamente en plataformas como academia.edu, el Internet Archive o bibliotecas universitarias privadas, sobre todo en la Ciudad de México, pero su mera existencia ya configura un contramapa literario. Desde el Caribe estudiado por Consuelo Meza Márquez hasta el Perú de María Nelly Goswitz, estos trabajos confirman lo que las antologías panorámicas olvidaron o no quisieron ver: sí hubo ensayistas.

Las compilaciones programáticas que siguieron a la de Alberto Paredes fueron *20 años de ensayo: jóvenes creadores del FONCA* (Conaculta, 2010), a cargo de Armando González Torres, con 21 hombres y 14 ensayistas. Luego apareció *Contraensayo. Antología de ensayo mexicano actual* (UNAM, 2012), compilada por Vivian Abenshushan y Álvaro Uribe, con ocho y cuatro respectivamente. Un año más tarde apareció *Asedios/Errancias. Muestra de literatura joven de México. Ensayo* (Ediciones sin nombre y FLM, 2013), de Geney Beltrán Félix —el antologador de ensayo más constante en el país, con tres volúmenes: el *Hacha*, ésta de la flm, y *El Ensayo* núm. 3, de la UNAM—, con una proporción de 22 contra 13. En 2015 apareció *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo XX* (UAM) de Mayuli Morales Faedo. En 2018, 2020 y 2024 aparecieron *Tsunami 1*, *Tsunami 2* y *Tsunami 3* (todas en la editorial Sexto Piso), editadas por Gabriela Jáuregui, con presencia exclusiva de escritoras, aunque no siempre bajo una vena estrictamente ensayística. Hasta llegar a los cuatro números que lleva la serie *El Ensayo* de la UNAM publicados en 2019, 2021, 2023 y 2024, cuyo balance es prácticamente del cincuenta-cincuenta.

Leídas en progresión generacional —lo ha visto bien Ignacio Sánchez Prado (2019)—, estas antologías permiten seguir la evolución del ensayo a través de estilos, temas e intereses que no dejan de sorprender. Incluso fuera de la burbuja antológica el ensayo también se abre paso —a veces a codazos, a veces con asombrosa libertad— en talleres de escritura

emergentes, seminarios universitarios, blogs que aún resisten, canales de videoensayo y uno que otro pódcast donde circula ya una baraja renovada de voces. Desde el corazón mismo de la academia —ese enemigo acérrimo del ensayo, suele decirse—, figuras como Pablo Fernández Christlieb, Malva Flores y Francisco González Crussí practican una escritura erudita sin aspavientos, personal, dúctil, capaz de encarnar con naturalidad aquella definición dada por Octavio Paz: “ligero y no superficial”, “hondo sin pesadez”, “completo sin ser exhaustivo”.

Si las antologías panorámicas de ensayo (las mexicanas) han servido históricamente como dispositivos de legitimación y consagración, entonces resulta imprescindible revisar el contexto político, social y cultural que les dio origen. Esto implica atender a los criterios que las rigen, a la historia editorial que las sostiene, a las instituciones que las publican, sus afinidades ideológicas y sus pactos simbólicos. ¿A qué voy con esto? Durante la presentación de una de las antologías aludidas en párrafos anteriores, alguien del público —ignoro si escritor, lector o simple asistente— exclamó con ponzoña ¡¿Y a quién le importan las antologías?! Entiendo, pero no suscribo. Las antologías pueden ser malvadas, pero jamás inútiles. Y tal vez importan menos que antes, por hartazgo o desconfianza. No necesitamos que una antología venga a explicarnos el mundo, pero echarlas en saco roto es azotarse. Quiérase o no, con o a través de las antologías nos han enseñado a pensar el ensayo en México. Diría incluso que, antes que panorámicas, las antologías mexicanas de ensayo cumplen una función didáctica y educativa muchísimo más cercana a las *teaching anthologies*.

El ensayo mexicano moderno parece estar dejando atrás el protagonismo que le fue conferido durante décadas. Su influencia perdura en múltiples esferas institucionales donde la literatura de ideas se mantiene como estandarte, pero sobrevuela ya una suerte de alergia como libro para iniciados. Conozco ensayistas que ejercen la docencia y la crítica convencidísimos de que en la antología habita una pátina político-literaria de la que convendría mantener alejados a los jóvenes escritores. Discrepo de nuevo. Más allá de los consensos o disidencias que pueda suscitar, su verdadero valor radica en interrogar la tradición que ayudó a consolidar,

y al mismo tiempo explorar cuánto ha mutado la idea misma del “ensayo mexicano moderno” desde entonces. No se trata de rendirle pleitesía ni de sacralizarla como evangelio, porque no sé si aguante más homenajes. Lo que sí aguanta son más preguntas. Ahí reside su importancia hoy: como libro que capturó un momento específico de la imaginación cultural mexicana, que nos llevó más lejos de lo que estábamos antes, sobre una práctica de escritura viva, impredecible y en constante transformación.

Anexos útiles

Anexo A: Línea del tiempo: ediciones, reimpresiones, traducciones y tiraje de *El ensayo mexicano moderno* / p. 22

Anexo B: *El ensayo mexicano moderno* a través de sus portadas, contraportadas, solapas y colofones / p. 94

Anexo C: Índice de autores en las tres ediciones de *El ensayo mexicano moderno*, ordenados según su aparición y agrupados por volumen / p. 98

Anexo D: Contrato original para la publicación de *El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis*, editorial PROMEXA, 1985 / p. 103

Anexo E: “Proyecto de creación de la sección Letras Mexicanas”. Mecanuscrito de Daniel Cosío Villegas resguardado en el Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México / p. 104

Anexo F: Originales de las siete cartas entre Arnaldo Orfila y José Luis Martínez en torno a *El ensayo mexicano moderno* / p. 105

Anexo G: Portadas de la reimpresión de 1968 de *The Modern Mexican Essay* Se acompaña con la reproducción íntegra del índice de los ensayos antologados y su traducción al inglés / p. 108

Anexo H: Parte de la correspondencia entre Salvador Azuela y José Luis Martínez, con respeto a la traducción de H.W Hilborn / p. 113

Anexo I: Índice cronológico de antologías publicadas en México durante el siglo XX y XXI, incluyendo ediciones y reimpresiones hasta el 2024 / p. 113

Anexo A

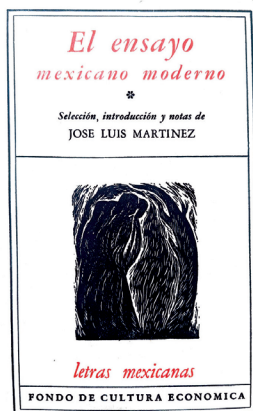
Línea del tiempo: ediciones, reimpresiones, traducciones y tiraje de *El ensayo mexicano moderno*

Año	Edición Reimpresión	Tiraje	Notas
1958	Primera edición, volumen 1.	4 000	Impresión simultánea con Vol. 2. Editores: Carlos Villegas y Alí Chumacero, FCE.
1958	Primera edición, volumen 2.	4 000	Impresión simultánea con Vol. 1. Editores: Carlos Villegas y Alí Chumacero, FCE.
1965	<i>The Modern Mexican Essay</i> , traducción al inglés.	N/E	H.W Hilborn, traductor único; incluye un prólogo de su autoría, University of Toronto Press.
1968	<i>The Modern Mexican Essay</i> , primera reimpresión.	N/E	H.W Hilborn, traductor único; incluye un prólogo de su autoría, Toronto University Press.
1971	Segunda edición, volumen 1.	6 000	Impresión simultánea con Vol. 2. Editores: Alí Chumacero y Lauro J. Zavala, FCE.
1971	Segunda edición, volumen 2.	6 000	Impresión simultánea con Vol. 1. Editores: Alí Chumacero y Lauro J. Zavala, FCE.
1984	Primera reimpresión de la segunda edición, volumen 1.	5 000	Reimpresión simultánea con Vol. 2, FCE.
1984	Primera reimpresión de la segunda edición, volumen 2.	5 000	Reimpresión simultánea con Vol. 1, FCE.
1985	El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis.	8 000	Primera edición con editorial Promexa.
1992	El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis.	N/E	Primera reimpresión con editorial Promexa (Editorial Patria)

1995	Segunda reimpresión de la segunda edición, volumen 1.	4 000	Reimpresión simultánea con Vol. 2, FCE.
1995	Segunda reimpresión de la segunda edición, volumen 2.	N/E	Reimpresión simultánea con Vol. 1, FCE.
2001	Tercera edición, volumen 1.	1 200	Impresión simultánea con Vol. 2, FCE.
2001	Tercera edición, volumen 2.	1 200	Impresión simultánea con Vol. 1, FCE.
2002	Primera reimpresión de la tercera edición, volumen 2.	1 000	Reimpresión independiente al Vol. 1, FCE.
2016	Primera reimpresión de la tercera edición, volumen 1.	1 200	Reimpresión independiente al Vol. 2, FCE.
2018	<i>The Modern Mexican Essay</i> , segunda reimpresión.	N/E	H.W Hilborn, traductor único; incluye un prólogo de su autoría, Toronto University Press

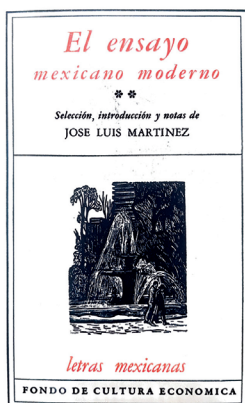
Anexo B

El ensayo mexicano moderno a través de sus portadas, contraportadas, solapas y colofones



Portada 1era Ed. 1958, volumen 1

encomendada esta antología, que comprende dos volúmenes y va de Justo Sierra (1848-1912) a los últimos ensayistas mexicanos. [Viñeta de Luis Beltrán]. **Solapa 1era Ed. 1958, volumen 1.**



Portada 1era Ed. 1958, volumen 2

ilustración del lector llevan fichas críticas, biográficas y bibliográficas, comprenden una útil selección, ordenadamente presentada por José Luis Martínez, de la historia de la cultura contemporánea nacional hasta más acá del medio siglo. **Solapa 1era Ed. 1958, volumen 2.**

En el vasto campo que comprende el ensayo, los escritores mexicanos han abordado los más distintos aspectos, desde el que estudia concretamente los rasgos de la cultura y de la sociedad nacionales —relacionados con la historia, la filosofía, el arte, la psicología, la sociología, la antropología o la literatura— hasta el que deriva su validez de la simple reflexión acerca del mundo cotidiano. De esa manera, si a menudo algunos autores crean páginas que se ciñen al proceso de las ideas, asimismo otros recurren a las formas de expresión puramente literarias. A partir del modernismo a finales de la centuria pasada, y aun durante los años que precedieron a esa tendencia artística, el ensayo empezó a ser practicado y reconocido en el cotidiano ejercicio de periodistas y poetas. Acaso aún no del todo definido, aparece fluctuando entre otros géneros: la crónica, el discurso, el comentario, pero ya dueño de elementos que pueden atribuírsele.

Lustros después, la generación del Ateneo (1910), madura sus peculiares características que lo incorporan definitivamente a las letras. A José Luis Martínez, el crítico más prestigiado de la última generación, ha sido

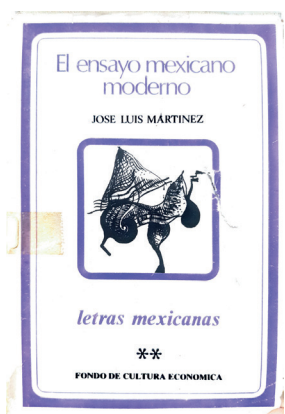
El primer tomo de esta antología muestra el desarrollo del ensayo mexicano, que con Ramón López Velarde, Alfonso Reyes y Julio Torri adquiere su más alta expresión. Este segundo volumen, que comienza con Jaime Torres Bodet (n. 1902) y concluye con Pablo González Casanova (n. 1922), se distingue porque recoge el pensamiento de los escritores vanguardistas de Contemporáneos, las ideas históricas, sociales y culturales de las promociones siguientes, y al mismo tiempo informa acerca de qué es lo que piensan y escriben los hoy jóvenes, cada vez más inclinados a estudiar la realidad nacional con espíritu abierto a todas las disciplinas culturales. La notable diversificación del género a partir de los últimos tres lustros es de una riqueza sólo comparable con la lírica nacional. Al margen de los estudios voluminosos en que abordan en forma sistemática los temas que les interesan, nuestros escritores redactan breves textos que son, en cierto sentido, la síntesis de las ideas con que afrontan su época y sus preocupaciones. En conjunto, los dos tomos de *El ensayo mexicano moderno*, que para mejor



Portada 2da Ed. 1971, volumen 1

Además de ser una amplia forma de expresión que comprende los mismos temas relacionados con la filosofía, la ciencia, la antropología, la historia, la sociología, las artes plásticas, la psicología o la literatura, el ensayo se distingue porque refleja señaladamente las ideas personales de su autor. De ahí que sea considerado como un testimonio de quien, al afirmar o negar algo acerca de lo que escribe, denota en sus opiniones la naturaleza íntima de su pensamiento. En ese vasto campo, los escritores mexicanos han abordado los más distintos aspectos, desde los que estudian concretamente rasgos de la cultura y de la sociedad nacionales hasta los que derivan su validez de la simple reflexión sobre el mundo cotidiano. De esa manera, si a menudo algunos autores crean páginas que se ciñen al proceso de las ideas, asimismo otros prefieren referirse a cuestiones de interés inmediato.

A partir del modernismo a finales de la centuria pasada, y aún durante los años que precedieron a esa tendencia artística, el ensayo empezó a ser practicado y reconocido en el diario ejercicio de periodistas y poetas. Acaso aún no del todo definido, aparece fluctuando entre otros géneros: la crónica, el discurso, el comentario, pero ya dueño de elementos que pueden atribuírsele. Lustrós después, con la generación del Ateneo (1910), maduran sus peculiares características que lo incorporan definitivamente a nuestras letras. **Solapa 2da Ed. 1971, volumen 1.**

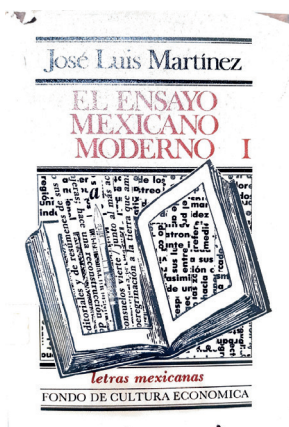


Portada 2da Ed. 1971, volumen 2.

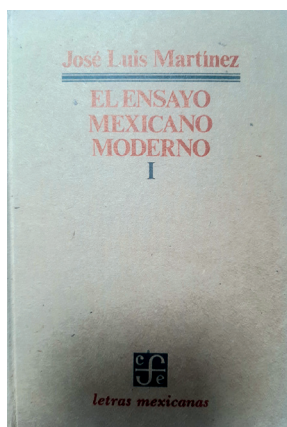
El primer tomo de esta antología muestra el arranque y el desarrollo posterior del ensayo moderno mexicano, que con Ramón López Velarde, Alfonso Reyes y Julio Torri adquiere su más alta expresión. Este segundo volumen, que comienza con Jaime Torres Bodet (n. 1902) y concluye con Carlos Monsiváis (n. 1938), recoge el pensamiento de los escritores vanguardistas de Contemporáneos, las ideas históricas, sociales y culturales de las promociones siguientes, y al mismo tiempo informa acerca de qué es lo que piensan y escriben los hoy jóvenes, cada vez más inclinados a estudiar la realidad con espíritu abierto a todas las disciplinas. La notable diversificación del género a partir de los últimos lustros es de una riqueza sólo comparable con la lírica nacional. Al margen de los estudios voluminosos en que abordan en forma sistemática los temas que les interesan, nuestros escritores redactan breves textos que son, en cierto sentido, la síntesis de las ideas con que afrontan su época y sus preocupaciones. Al

prestigiado crítico José Luis Martínez ha sido encomendada esta selección, que se inicia con Justo Sierra (1848-1912) y termina con los últimos ensayistas. En conjunto, los dos tomos que, para mejor ilustración del lector, llevan fichas críticas, biográficas y bibliográficas constituyen un panorama, presentado ordenadamente, de la historia de la cultura contemporánea nacional hasta el presente.

Solapa 2da. Ed. 1971, volumen 2.



Sobrecubierta 2da Ed, 1era reimpresión 1984, volumen 1.



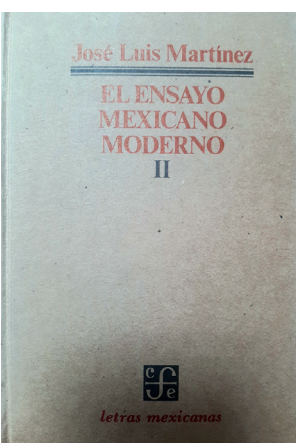
Portada 2da Ed, 1era reimpresión 1984, volumen 1.

Este libro se terminó de imprimir el día 12 de octubre de 1984 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A. Sevilla 109, y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S. A. Municipio Libre 188, México 13, D. F. Se tiraron 5,000 ejemplares.

Colofón 2da Ed, 1era reimpresión 1984, volumen 1.



Sobrecubierta 2da Ed, 1era reimpresión 1984, volumen 2.



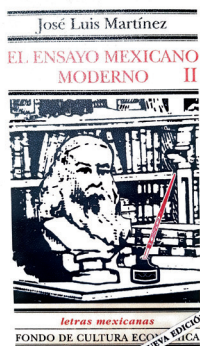
Portada 2da Ed, 1era reimpresión 1984, volumen 2.

Este libro se terminó de imprimir el día 19 de octubre de 1984 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A. Sevilla 109, y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S. A. Municipio Libre 188, México 13, D. F. Se tiraron 5,000 ejemplares.

Colofón 2da Ed, 1era reimpresión 1984, volumen 2.



Portada 2da Ed, 3ra reimpresión
1995, volumen 1



Portada 3era Ed, 2001, 1era
reimpresión 2002, volumen 2



Sobrecubierta 3era Ed, 2001, 1era
reimpresión 2016, volumen 1.

A propósito del ensayo, Francis Bacon decía que se trataba de un término reciente para nombrar un concepto verdaderamente antiguo. Tan antiguo que pueden reconocerse esbozos ensayísticos en libros orientales, en textos griegos y latinos o en el Antiguo Testamento. Sin embargo, el género como tal, y no inserto en narraciones ni en obras de teatro, aparece plenamente y con todos sus matices y posibilidades en los *Ensayos* de Michel de Montaigne de 1580. Además de manifestar la naturaleza íntima del pensamiento de un autor, el ensayo constituye una amplia forma de expresión aprovechada por las más variadas disciplinas. Para los escritores mexicanos, por ejemplo, ha representado un vasto recurso para explorar tenazmente la realidad nacional —presente y pasada— desde los más diversos enfoques: histórico, cultural, social, económico, literario, artístico o filosófico. El lector encontrará aquí piezas claves del género ensayístico en México, tales como los textos de Justo Sierra sobre la poesía de Manuel Gutiérrez Nájera, las reflexiones literarias de Amado Nervo, la “Meditación en la Alameda” de Ramón López Velarde, “Mujeres” de Julio Torri, las consideraciones de Manuel Toussaint sobre el “Arte americano” y el famoso “Psicoanálisis del mexicano” de Samuel Ramos. Así, José Luis Martínez recoge algunas de las páginas más brillantes del pensamiento mexicano moderno en esta antología que da cuenta de la intensa fuerza expresiva de los autores mexicanos y de su originalidad para abordar y problematizar los hechos fundamentales de nuestra cultura.

A lo largo de 38 años, *El ensayo mexicano moderno* sigue leyéndose, pero el tiempo transcurrido hace necesario ponerlo al día para que sea útil a los lectores que lo frecuentan. Con esta preocupación, José Luis Martínez emprendió la tercera edición de una obra considerada esencial para acercarse al estudio del ensayo en la literatura mexicana de todo un siglo. Este segundo volumen, que comienza con Jaime Torres Bodet (1902-1974) y concluye con Carlos Monsiváis (1938), recoge el legado de los escritores vanguardistas de Contemporáneos, las ideas históricas, sociales y culturales de las generaciones siguientes, y al mismo tiempo caracteriza el pensamiento multifacético de toda una época. La notable diversificación del género a partir de su establecimiento produjo una riqueza sólo comparable con la lírica nacional. Al margen de los estudios voluminosos en que abordan en forma sistemática los temas que les interesan, los escritores mexicanos redactaron textos breves que son, en cierto sentido, las síntesis de las ideas con que afrontaron su tiempo y sus preocupaciones. Para que el lector tenga una mejor comprensión, la selección de trabajos en esta obra está acompañada de fichas críticas, biográficas y bibliográficas. En esta tercera edición, además de las correcciones y las notas puestas al día, José Luis Martínez incluye nuevos ensayos de autores como Octavio Paz, Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis. En conjunto, los dos tomos que componen esta obra constituyen un panorama, presentado ordenadamente, de la historia de la cultura contemporánea mexicana hasta los últimos años.

Contraportadas a la 3era Ed. 2001, 1era reimpresión 2016, del volumen 1; y 3era Ed. 2001, 1era reimpresión 2002, del volumen 2.

Anexo C

Índice de autores en las tres ediciones de *El ensayo mexicano moderno*, ordenados según su aparición y agrupados por volumen.

Entradas, salidas y reingresos se comentan brevemente en las notas introductorias de la segunda y tercera edición. Con el fallecimiento de Pablo González Casanova en 2023, a los 101 años, todos los autores incluidos en esta antología han muerto.

**Indica que fue retirado de la segunda edición*

+Indica que fue incluido en la segunda edición

++Indica que fue incorporado (o reincorporado) en la tercera edición

Volumen 1		
1	Justo Sierra [1848-1912].	Prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera. La velada de Sodzil. Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional.
2	*José López Portillo y Rojas [1850-1923].	*Prólogo a <i>La Parcela</i> .
3	Manuel Gutiérrez Nájera [1859-1895].	Estética de la prosa.
4	Francisco A. de Icaza [1863-1925].	Letras americanas.
5	Luis G. Urbina [1868-1934].	Origen y carácter de la literatura mexicana.
6	Amado Nervo [1870-1919].	Hablemos de literatos y de literatura.
7	Rafael López [1875-1943].	Los alcaldes de la provincia.
8	José Vasconcelos [1882-1959].	Tristeza. La “Séptima Sinfonía” de Beethoven. La zandunga. Libros que leo sentado y libros que leo de pie. Pesimismo alegre. El amargado.

9	Jesús T. Acevedo [1882-1918].	La arquitectura colonial en México.
10	Antonio Caso [1883-1946].	Beethoven: La Sinfonía IX. El heroísmo filosófico. Los cuatro poetas modernos.
11	Genaro Fernández MacGregor [1883-1959].	Ramon López Velarde.
12	Carlos González Pena [1885-1955].	El sueño de la provincia.
13	Enrique Fernández Ledesma [1886-1939].	La candidez sentimental de las cuadrillas históricas. Nuestros bisabuelos y sus viajes en diligencia.
14	Genaro Estrada [1887-1937].	Dilucidaciones. La casa. Ometecuhlti y habedes.
15	Martin Luis Guzmán [1887-1976].	Mi amiga la credulidad. El desprestigio de los sentidos.
16	Ramon López Velarde [1888-1921].	Obra maestra. En el solar. Novedad de la patria. Fresnos y álamos. La flor punitiva. Meditación en la Alameda. José de Arimatea. Lo soez. La derrota de la palabra. La madre tierra.
17	Carlos Diaz Dufoo (hijo) [1888-1932].	Epigramas. Inmortalidad. Coro de hombres maduros.
18	Artemio de Valle Arizpe [1888-1961].	Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México.
19	Alfredo Maillefert [1889-1941].	Las destiladeras.

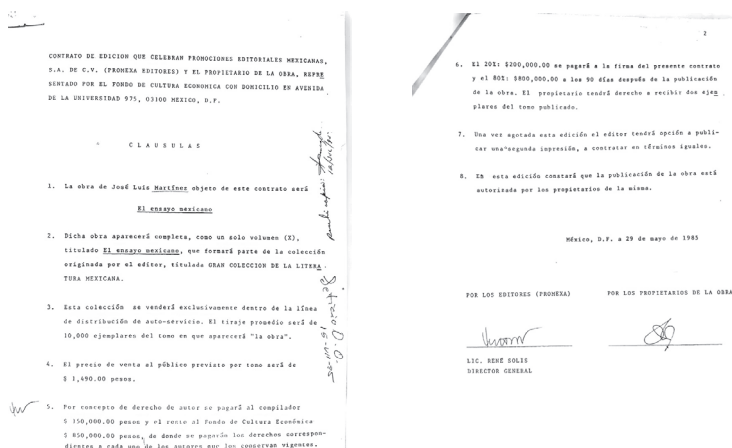
20	Alfonso Reyes [1889-1959].	Palinodia del polvo. Aristarco o anatomía de la crítica. Parrasio o de la pintura moral. Matricula 89. Notas sobre la inteligencia americana.
21	Julio Torri [1889-1970].	Del epígrafe. De la noble esterilidad de los ingenios. De fusilamientos. La humildad premiada. El descubridor. Mujeres.
22	Manuel Toussaint [1890-1955].	La Casa del Alfeñique en Puebla. Arte americano.
23	Jesús Silva Herzog [1893-1985].	Meditaciones sobre México.
24	Francisco Monterde García Icazbalceta [1894-1985].	Sobre las fábulas y los cuentos.
25	Ermilo Abreu Gómez [1894-1971].	Reflexiones literarias.
26	Julio Jiménez Rueda [1896-1960].	México en busca de su expresión.
27	Alfonso Caso [1896-1970].	¿El indio mexicano es mexicano?
28	Antonio Castro Leal [1896-1981].	La elegía del Museo. El imperialismo andaluz. Las dos partes del Quijote.
29	*Alfonso Junco [1896-1974].	*Invitación a la lectura. *Invitación a la naturalidad.
30	Eduardo Villaseñor [1896-1978].	Apología del diletante.
31	Samuel Ramos [1897-1959].	Psicoanálisis del mexicano. La cultura criolla.
32	Daniel Cosío Villegas [1900-1976].	Los problemas de América.
Volumen 2		
33	Jaime Torres Bodet [1902-1974].	Reflexiones sobre la novela. Deber y honra del escritor. +El silencio de Cuauhtémoc resuena aún. ++ Reflexión sobre la muerte.

34	Xavier Villaurrutia [1903-1950].	Pintura sin mancha. El rostro y el retrato. La poesía de Ramon López Velarde.
35	Jorge Cuesta [1903-1942].	El arte moderno. Salvador Diaz Mirón. La cultura francesa en México. El clasicismo mexicano.
36	Salvador Novo [1904-1974].	De las ventajas de no estar a la moda. Antología del pan. En defensa de lo usado.
37	Agustín Yáñez [1904-1980].	Meditaciones sobre el alma indígena.
38	Justino Fernández [1904-1972].	Orozco, genio de América.
39	*Cesar Garizurieta [1904-1961].	*Catarsis del mexicano.
40	Gabriel Méndez Plancarte [1905-1949].	Humanistas del siglo XVIII.
41	Rodolfo Usigli [1905-1979].	*El gran teatro del mundo. +Juan Ruiz de Alarcón en su tiempo.
42	Héctor Pérez Martínez [1906-1948].	Facundo en su laberinto.
43	Edmundo O'Gorman [1906-1995].	Navegaciones colombinas. Carta sobre la paz.
44	Mauricio Magdaleno [1906-1986].	Tren de segunda. +Caminos de Demetrio Macías.
45	Andrés Henestrosa [1906-2008].	Los juguetes de Tehuantepec. +Un paisaje con olor a sangre.
46	Andrés Iduarte [1907-1984].	Cortes y Cuauhtémoc: hispanismo, indigenismo.
47	Antonio Gómez Robledo [1908-1994].	Filosofía y lenguaje.
48	Silvio Zavala [1909-2014].	La Utopía de Tomas Moro en la Nueva España.
49	Antonio Acevedo Escobedo [1909-1985].	Pausa del quince.
50	Leopoldo Zea [1912-2004].	En torno a una filosofía americana.
51	Fernando Benítez [1912-2000].	*El reinado de la flor. +Los indios de México.

52	Octavio Paz [1914-1998].	Introducción a la historia de la poesía mexicana. El verbo desencarnado. +André Bretón o la búsqueda del comienzo. ++ Higiene y represión. ++ La llama doble.
53	José E. Iturriaga [1914-2011].	El carácter del mexicano.
54	Arturo Arnaiz y Freg [1915-1980].	Panorama de México.
55	+Gastón García Cantú (1917-2004).	+Utopías mexicanas.
56	*++Emilio Uranga [1921-1988].	*El mexicano y el humanismo. ++Juan de Cárdenas: sus amigos y sus enemigos.
57	Pablo González Casanova [1922-2023].	La propaganda o la nueva retorica.
58	+ José Alvarado (1911-1974).	+Las ciudades y los hombres. +Las escaleras. +Los temas muertos.
59	+ Ramón Xirau (1924-2017).	+Palabra y silencio.
60	+ Jaime García Terrés (1924-1996).	+Otra defensa de la poesía.
61	+Carlos Fuentes (1928-2012).	+Alfonso Reyes. ++ Introducción a <i>El espejo enterrado</i> . ++ Geografía de la nove1a.
62	+Juan García Ponce (1932- 2001).	*+La carne contigua (el incesto en la literatura contemporánea). ++Juan Vicente Melo: “Demonio hermano mío, mi semejante”.
63	+ Carlos Monsiváis (1938-2010).	+Dios nunca muere. ++ La hora de la tradición.

Anexo D

Contrato original para la publicación de *El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis*, editorial PROMEXA, 1985.



“Contrato de edición que celebran Promociones Editoriales Mexicanas S.A de C.V. (Promexa Editores) y el propietario de la obra, representando por el Fondo de Cultura Económica con domicilio en Avenida de la Universidad 975, 03100 México D.F.”

CLAÚSULAS

1. La obra de José Luis Martínez objeto de este contrato será El ensayo mexicano
2. Esta colección se venderá exclusivamente dentro de la línea de distribución de auto-servicio. El tiraje promedio será de 10,000 ejemplares del tomo en que aparecerá “la obra”.
3. El precio de venta al público previsto por tomo será de \$ 1,490.00 pesos.
4. Por concepto de derecho de autor, se pagará al compilador \$ 150,000.00 pesos y el resto al Fondo de Cultura Económica \$ 850,000.00 pesos, de donde se pagarán los derechos correspondientes a cada uno de los autores que los conservan vigentes.
5. El 20%: \$200,000.00 se pagará a la firma del presente contrato y el 80%: \$800,000.00 a los 90 días después de la publicación de la obra. El propietario tendrá derecho a recibir dos ejemplares del tomo publicado.
6. Una vez agotada esta edición el editor tendrá opción a publicar una segunda impresión, a contratar en términos iguales.
7. En esta edición constara que la publicación de la obra está autorizada por los propietarios de la misma.

México, D.F. a 29 de mayo de 1985

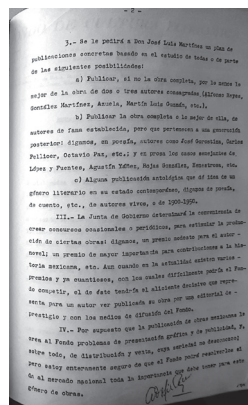
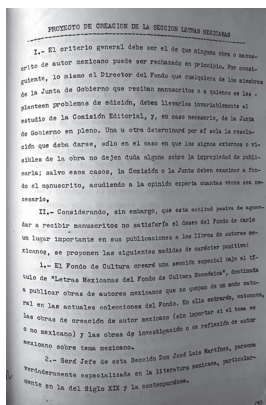
[Firma de René Solís, Director General de PROMEXA]

[Firma, sin adjudicación, de los Propietarios de la obra]

Anexo E

“Proyecto de creación de la sección Letras Mexicanas”. Mecanuscrito de Daniel Cosío Villegas al resguardo del Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

Redactado por Daniel Cosío Villegas, el proyecto se anexó a la minuta de la Junta de Gobierno con fecha del 4 de septiembre de 1951. En la esquina inferior derecha de la segunda página aparece únicamente la firma de Orfila Reynal, aunque el Acta constata que a la junta también asistieron Eduardo Suárez, Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Jesús Silva-Herzog y Gonzalo Robles.



1. El Fondo de Cultura creará una sección especial bajo el título de “Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica”, destinada a publicar obras de autores mexicanos que no quepan de un modo natural en las actuales colecciones del Fondo. En ella entrarán, entonces, las obras de creación de autor mexicano (sin importar si el tema es o no mexicano) y las obras de investigación o de reflexión de autor mexicano sobre tema mexicano.
2. Será Jefe de esta Sección Don José Luis Martínez, persona verdaderamente especializada en la literatura mexicana, particularmente en la del siglo XIX y la contemporánea.
3. Se le pedirá a Don José Luis Martínez un plan de publicaciones concretas basado en el estudio de todas o de parte de las siguientes posibilidades:
 - a) Publicar, si no la obra completa, por lo menos lo mejor de la obra de dos o tres autores consagrados (Alfonso Reyes, González Martínez, Azuela, Martín Luis Guzmán, etc).
 - b) Publicar la obra completa o lo mejor de ella, de autores de fama establecida, pero que pertenecen a una generación posterior: digamos, en poesía, autores como José Gorostiza, Carlos Pellicer, Octavio Paz, etc.; y en prosa los casos semejantes de López y Fuentes, Agustín Yáñez, Rojas González, Henestrosa, etc.
 - c) Alguna publicación antológica que dé idea de un género literario en su estado contemporáneo, digamos de poesía, de cuento, etc., de autores vivos, o de 1900-1950.

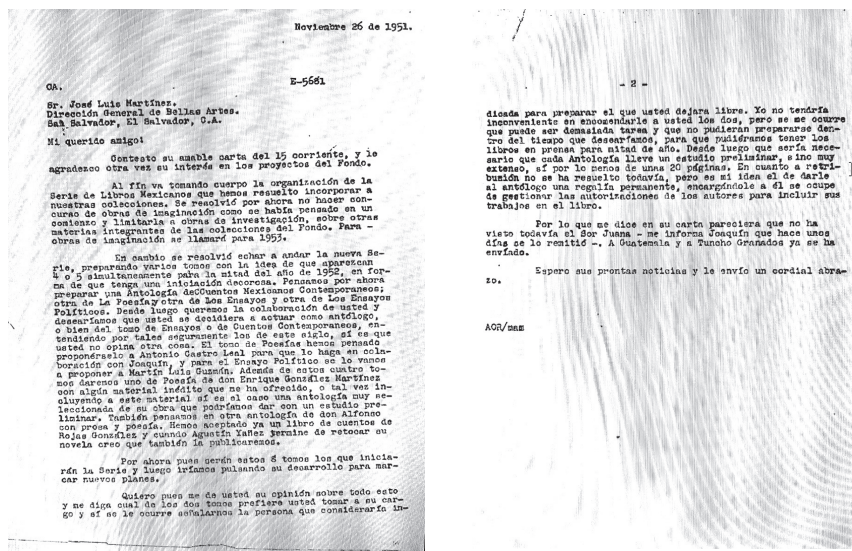
Transcripción de un fragmento del apartado segundo del “Proyecto de creación de la sección Letras Mexicanas”, anexo al Acta de la Junta Directiva del 4 de septiembre de 1951

Anexo F

Originales de las siete cartas entre Arnaldo Orfila Reynal y José Luis Martínez en torno a *El ensayo mexicano moderno*.

El Archivo Histórico de FCE (AHFCE) tiene organizados en un expediente digital archivos relacionados a José Luis Martínez, cuyo contenido se reparte principalmente en cartas (recibidas y enviadas), contratos laborales, recibos de pago y fotografías varias. Agradezco el permiso para reproducir aquí —aunque en tamaño reducido— las siete cartas relacionadas directamente con Arnaldo Orfila Reynal y la preparación de *El ensayo mexicano moderno*.

*AHFCE. Martínez, José Luis. Sección correspondencia. Expediente digital



De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez, 26 de noviembre de 1951.

72/787

Junio 3 de 1952.

F-3145

Dr. José Luis Martínez.
Presente.

Mi querido amigo:

Quiero confirmarle a usted lo que hemos convenido con respecto a la preparación de una Antología del Ensayo Mexicano Contemporáneo y de la que oportunamente usted ocupó honorífico cargo de nosotros con la invitación que le formulare.

Quiero decirle que estamos conforme pues, en los lineamientos generales que usted nos ha expresado verbalmente para la confección de esta Antología y que deseáramos nos detallare por escrito. Entendemos que la misma abarcará una extensión aproximada de 400 a 500 páginas; que llevará un prólogo suyo de alrededor de 30 páginas; que a cada autor incorporado a la Antología se le dedicará una breve nota bio-bibliográfica de alrededor de una página cada una y que llevará un folio de autores y títulos.

Entendemos que todo el material nos será entregado - por usted listo para ser enviado a la imprenta.

Con respecto a los honorarios que abonaremos a usted por este trabajo, estamos dispuestos a elevarlos hasta la cifra de \$5,000 para una primera edición de 4,000 ejemplares si usted se comprometiera a entregarnos todo el material para la imprenta antes del 31 de julio próximo. Queremos aclararle que es importante el poder contar con ese material para esa fecha, ya que nos permitirán iniciar la edición dentro del año corriente y cumplir así el plan editorial que tenemos ya elaborado.

La acordémosle pues, quiera darme su conformidad por escrito detallándose la forma en que cumplirá su trabajo y en esa espera quedo con su muy afn. atdo.

AROR/ma

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
3 de junio de 1952..

EL COLEGIO NACIONAL
Calle de los Constituyentes no. 11
MÉXICO, D. F.

3 de junio de 1952.

Sr. Arnaldo Orfila Reynal.
Director, Fondo de Cultura Económica,
Paseo 63,
C i u d a d.

Muy estimado y fino amigo:

En relación con su atenta carta del día de hoy por la que solicita los detalles referentes a la Antología del Ensayo Mexicano Contemporáneo que me invitó a preparar, por su amable conducto, el Fondo de Cultura Económica, me permito manifestarle lo siguiente:

La Antología tendrá una extensión aproximada de 400 a 500 páginas; llevará un estudio preliminar, sobre la materia de la Antología de alrededor de 30 páginas, y al frente de cada autor seleccionado se pondrá una nota bio-bibliográfica. El tomo llevará, además, un índice de autores y títulos.

Por lo que respecta a la índole del material seleccionado, hemos convenido en principio, en excluir los ensayos de tipo político - que serían materia de otra selección - y en reducir la selección de "ensayo" a aquellos textos que llenen las características de este género, exceptuando por lo mismo, los géneros afines como los estudios críticos, las monografías y la crítica literaria.

Quedo de acuerdo en los honorarios que usted se ha servido comunicarme: \$4,000.00 para una primera edición de 4,000 ejemplares. Y quedo comprometido, asimismo, a entregar todo el material, listo para la imprenta, antes del 31 de julio próximo.

Lo saluda afectuosamente su amigo,

José Luis Martínez.

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
3 de junio de 1952..

72/787

Enero 26 de 1953

0/286

Sr. José Luis Martínez,
Parque España 49-6
C i u d a d.

Mi querido amigo:

Imaginé usted que estamos preocupados por el venimiento de los plazos varias veces renovados en los que usted se había comprometido a entregarnos la Antología del Ensayo Mexicano Contemporáneo.

Hagámosle saber, sin embargo, que habiendo establecido que esa Antología debiera haber sido impresa en la imprenta en el segundo semestre del año pasado y, como hasta la fecha no hemos tenido alguna noticia concreta de usted a este respecto, quiero recordarle muy respetuosamente que nos daña con la mayor presión posible, para que fecha pliego usted que podrá entregarnos esos originales.

Agradecemos a su vez la atención le reitero - las expresiones de mi mejor saludo.

Arnaldo Orfila Reynal.

AROR/el.

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
26 de enero de 1953..

725/271

3/8/1959

Sr. José Luis Martínez,
Quelán No. 10,
C i u d a d.

diciembre 10, 1956.

Mi querido amigo:

Lamento tener que volver a referirme a un asunto que ha tenido tan larga gestación entre nosotros: la preparación del volumen - El Ensayo Mexicano en el siglo 20, que Ud. se había comprometido a poner a punto para su publicación en Letras Nacionales.

Comprendo que el tiempo transcurrido desde la fecha en que iniciamos este acuerdo - 3 de junio de 1952 - sin que haya podido ser cumplido, nos ocasiona de dolor sin efecto.

Huíáramos deseado contar con esa colaboración aunque tanto nos interesaba para comprendernos que otros trabajos que aborramos en tiempo le hubieran satisficido esos nuestros deseos. En consecuencia, pensamos que lo más conveniente será dar por cancelado nuestro convenio, por cuyo motivo nos vemos obligados, por una parte, a encomendar a otra persona la preparación de esa volumn, y por otra, a expresar en su correspondiente el adiós que por esa tarea le hiciera oportunamente.

Como siempre quedo de Ud. su muy afn. y atto. amigo.

Arnaldo Orfila Reynal.
Director

AROR/lego.

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
10 de diciembre de 1956..

JOSE LUIS MARTINEZ
6 de febrero de 1957.

Sr. Arnaldo Orfila Reynal,
Av. de la Universidad 975
C i u d a d .

Distinguido y fino amigo:

Me refiero a su atenta carta del día 10
de diciembre pasado, en la que se refería usted al
volumen El México Mexicano en el Siglo XX que usted
hace algún tiempo me comprometió a preparar para la
colección Letras Mexicanas. Tiene usted absoluta ra-
zón en sus consideraciones que me hecho al respen-
to y con tal motivo me permito proponerle lo si-
guiente: le ruego concederme un último plazo inap-
rovable hasta el día 31 de marzo próximo. Si para
esa fecha no entrego a usted los materiales com-
pletos, será devueltos al Fondo de Cultura Económica
del anticipo que recibí.

Quiero informar a usted, además, que los
textos están copiados y corregidos totalmente. De
las notas introductorias y las bibliografías, que son
muy laboriosas, llevo actualmente la mitad y confío
en poderlas terminar, así como la introducción, pa-
ra el plazo antes prometido.

Lo saluda afectuosamente su amigo y ser-
vidor,

[Firma]

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
6 de febrero de 1957..

2-25-11-71

Sr. José Luis Martínez.
Eusebio No. 10.
México, D. F.

AGN:157

Febrero 20, 1957.

Mi distinguido amigo:

Agradezco su carta del 6 de febrero, tomando en
ta de su proceso de entrega terminada para el día 31 de marzo próxi-
mo, el manuscrito del volumen El México Mexicano en el Siglo XX, que
preparación tuvimos el gusto de encomendarse.

Expongo mi satisfacción por el compromiso que Ud.
me querido ratificar y me repito de Ud. su muy afmo. y atto. amigo.

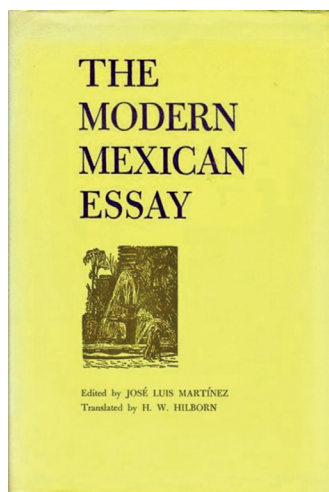
[Firma]
Arnaldo Orfila Reynal,
Director

AGN:157

De Arnaldo Orfila a José Luis Martínez,
20 de febrero de 1957..

Anexo G

Portadas de la reimpresión de 1968 de *The Modern Mexican Essay*. Se acompaña con la reproducción íntegra del índice de ensayos antologados y su título en inglés.



THE MODERN MEXICAN ESSAY



edited by
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ
translated by
H. W. HILBORN

UNIVERSITY OF TORONTO PRESS

Portada externa e interna, primera reimpresión, 1968, Toronto University Press. Al abrir el libro, el lector se topa con un mapa obsoleto de la división política de México, donde Belice, al sur de Campeche y debajo de Quintana Roo, aún figura como British Honduras.

ALTHOUGH THE MORE SUPERFICIAL FEATURES of the Latin-American countries are becoming better known to North Americans as a result of improved travel facilities, their cultural and economic problems still remain largely unappreciated. The Rockefeller Foundation, aware of this fact, has seen fit to encourage work of the kind here undertaken by supporting the translation of some of the more significant Latin American scholarly and literary works into English. The translator would like to express his gratitude to the Foundation, to the Association of American University Presses, which administers the Foundation's grant for this purpose, and to the University of Toronto Press for assistance from its Publications Fund.

The original collection, entitled *El ensayo mexicano moderno*, was edited by José Luis Martínez and appeared in two volumes. In selecting the essays to be included in this translation, I have had in mind primarily the presentation of a Mexican national outlook, in the hope that more people may be led to interest themselves in the psychological and spiritual aspects (as well as the economic and practical considerations) of the country that lies immediately to the south of the Río Grande. It would be difficult to discover any problem confronting the modern Mexican, or almost any member of the Latin American community of nations, that does not receive attention in this anthology of essays. The essays in this collection are not exercises in journalistic polemics. They are, almost without exception, of high literary quality, and they should make a profound impression on the English-speaking reader, except perhaps where the translator's efforts may have fallen short of the mark.

[...] For Canadians this anthology provides an excellent basis for a comparative study of Canada and Mexico. For Americans, it could be a startling revelation of the image their country presents to their southern neighbors. In international relations, a knowledge of the points of view presented in this anthology is of incalculable value for any project aimed at strengthening the solidarity of our continent.

Fragmento de la solapa a la primera reimpresión, 1968, University of Toronto Press.

La traducción incluye a 33 ensayistas (34 si se cuenta a José Luis Martínez), de los cuales 19 corresponden al volumen 1 y 14 al volumen 2 de *El ensayo mexicano moderno*. La traducción parece haber iniciado en 1958, según lo sugieren las fechas de nacimiento y deceso en el índice, donde aún no se registra el fallecimiento de Alfonso Reyes.

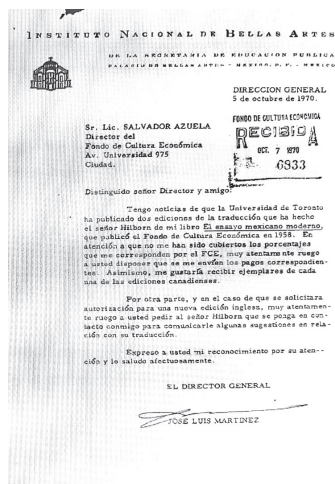
José Luis Martínez (1918-2007)	<i>Introduction</i>
Justo Sierra (1848-1912)	<i>Prologue to the Poems of Manuel Gutiérrez Nájera</i> <i>The Festival of Sodzil</i> <i>Discourse at the Inauguration of the National University</i>
José López Portillo y Rojas (1850-1923)	<i>Prologue to The Plot of Land</i>
Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895)	<i>Aesthetics of Prose</i>
Francisco A. de Icaza (1863-1925)	<i>Mexican Letters</i>
Luis G. Urbina (1868-1934)	<i>Origin and Character of Mexican Literature</i>
Amado Nervo (1870-1919)	<i>Let's Speak of Writers and Literature</i>
Rafael López (1875-1943)	<i>Provincial Mayors</i>
José Vasconcelos (1881-)	<i>Sadness</i> <i>Books I Read Sitting and Books I Read Standing</i> <i>Glad Pessimism</i> <i>The Embittered</i>
Carlos González Peña (1885-1955)	<i>Provincial Slumber</i>
Martín Luis Guzmán (1887-)	<i>My Friend Credulity</i> <i>The Unpopularity of the Senses</i>
Ramón López Velarde (1888-1921)	<i>Masterpiece</i> <i>In the Ancestral Home</i> <i>The New Homeland</i> <i>Ashes and Poplars</i> <i>The Punitive Flower</i> <i>Meditation on the Public Walk</i> <i>Joseph of Arimathea</i> <i>The Rout of Language</i> <i>Mother Earth</i>

Alfonso Reyes (1889-)	<i>Palinode on Dust</i> <i>Aristarchus or the Anatomy of Criticism</i> <i>Parrasio or Moral Painting</i> <i>Born in '89</i> <i>Notes on the American Mind</i>
Manuel Toussaint (1890-1955)	<i>The House of Sugar-paste in Puebla</i> <i>American Art</i>
Jesús Silva Herzog (1892-)	<i>Meditations on Mexico</i>
Ermilio Abreu Gómez (1894-)	<i>Literary Reflections</i>
Julio Jiménez Rueda (1894-)	<i>Mexico in Search of Her Expression</i>
Alfonso Caso (1896-)	<i>Is the Mexican Indian a Mexican?</i>
Samuel Ramos (1897-1959)	<i>Psychoanalysis of the Mexican</i> <i>Creole Culture</i>
Daniel Cosío Villegas (1900-)	<i>American Problems</i>
Jaime Torres Bodet (1902-)	<i>Reflections on the Novel</i> <i>Duty and Honour of the Writer</i>
Xavier Villaurrutia (1903-1950)	<i>Painting Unmarked</i> <i>The Fase and the Portrait</i> <i>The Poetry of Ramón López Velarde</i>
Jorge Cuesta (1903-1942)	<i>Modern Art</i> <i>Salvador Díaz Mirón</i> <i>French Culture in Mexico</i> <i>Mexican Classicism</i>
Agustín Yáñez (1904-)	<i>Meditations on the Indigenous Soul</i>
Justino Fernández (1904-)	<i>Orozco, Genius of America</i>
César Garizurieta (1904-)	<i>Catharsis of the Mexican</i>
Andrés Iduarte (1907-)	<i>Cortez and Cuauhtémoc: Hispanicism, Indigenism</i>
Antonio Gómez Robledo (1908-)	<i>Philosophy and Language</i>
Leopoldo Zea (1912-)	<i>Concerning an American Philosophy</i>
Octavio Paz (1914-)	<i>Introduction to the History of Mexican Poetry</i> <i>The Disembodied Word</i>
José E. Iturríaga (1914-)	<i>The Character of the Mexican</i>
Arturo Arnáiz y Freg (1915-)	<i>Panorama of Mexico</i>
Emilio Uranga (1921-)	<i>The Mexican Humanism</i>
Pablo González Casanova (1922-)	<i>Propaganda or the New Rhetoric</i>

Anexo H

Parte de la correspondencia entre Salvador Azuela y José Luis Martínez con respecto a la traducción de H.W Hilborn

*AHFCE. Martínez, José Luis. Sección correspondencias. Expediente digital



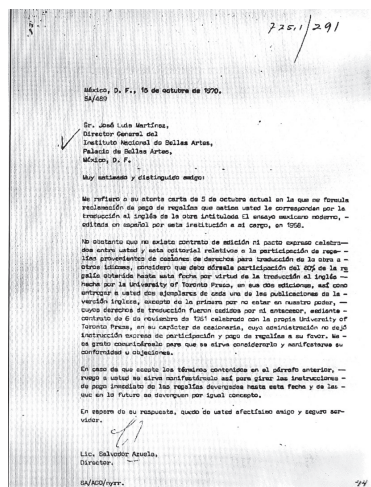
Distinguido señor Director y amigo:

Tengo noticias de que la Universidad de Toronto ha publicado dos ediciones de la traducción que hay hecho el señor Hilborn de mi libro *El ensayo mexicano moderno*, que publicó el Fondo de Cultura Económica en 1958. En atención a que no me han sido cubiertos los porcentajes que me corresponden por el FCE, muy atentamente ruego a usted disponer que se me envíen los pagos correspondientes. Asimismo, me gustaría recibir ejemplares de cada una de las ediciones canadienses.

Por otra parte, y en el caso de que necesitara autorización para una nueva edición inglesa, muy atentamente ruego a usted pedir al señor Hilborn que se ponga en contacto conmigo para comunicarle algunas sugerencias en relación con su traducción.

Expreso a usted mi reconocimiento por su atención y lo saludo afectuosamente.

Carta del 5 de octubre de 1970, de José Luis Martínez a Salvador Azuela. Petición de las regalías derivadas de la traducción de *El ensayo mexicano moderno*.



Muy estimado y distinguido amigo:

Me refiero a su atenta carta de 5 de octubre actual [...] No obstante que no existe contrato de edición ni pacto expreso celebrados entre usted y esta editorial relativos a la participación de regalías provenientes de cesiones de derechos para traducción de la obra a otros idiomas, considero que debe dársele participación del 80% de la regalía obtenida hasta esta fecha por virtud de la traducción al inglés hecha por la University of Toronto Press, en sus dos ediciones, así como entregar a usted dos ejemplares de cada una de las publicaciones de la versión inglesa [...]

En caso de que acepte los términos contenidos en el párrafo anterior, ruego a usted me sirva manifestármelo así para girar las instrucciones de pago inmediato de las regalías devengadas hasta esta fecha y de las que en el futuro se devenguen por igual concepto. [...]

Respuesta de Salvador Azuela a José Luis Martínez, el 15 de octubre de 1970.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Forma: A3-1
P.C.E. 1-117-67
No. C-1087

Consulta de 1 Sr. Lic. Salvador Aguila.
Dependencia: Dirección, Asesoría Jurídica, y Dictamen de Auto.
Consultas: Turno a usted carta de 3 de octubre en curso, del señor José Luis Martínez, para su opinión y/o trámite, en su caso.

Anexos:
3A/co.

Fecha: 15 de octubre de 1970.

Firma: Lic. Salvador Aguila.

Dictamen: Previo examen de la obra original a que se refiere la carta a consulta, editada por esta Institución, y previa aclaración telefónica con el autor, quien confirmó la inexistencia de contrato de edición escrito, por no acostumbrarse en la época de la edición, según dijo, así como la inexistencia de contratos de cesión de derechos por parte de los autores de los ensayos seleccionados, por igual desuso, a la vez que confirma ser autor de la selección, introducción, notas biobibliográficas e índice de la publicación original de que se trata, intitulada El ensayo mexicano moderno, esta Asesoría concluye que, no obstante no ser autor de los fragmentos seleccionados, ni cesionario de los derechos de los ensayistas, dicho autor lo es de toda la obra restante que, con la incorporación de dichos fragmentos ajenos, formó el todo literario y comercial generador de los ingresos económicos del editor de la obra original y del editor de la traducción al inglés, motivo por el cual debe considerarse como acreedor a la participación de las regalías obtenidas hasta esta fecha por concepto de cesión de los derechos de traducción, pagadas en concepto relativo de 6 de - - - - -

Asesora: Lic. Antonio Salvador Aguila.

C.C.P.

92

noviembre de 1961, dentro del período, cuando menos, con el 50% del ingreso total obtenido hasta esta fecha, y del que en el futuro se otorgue por igual concepto, según costumbre establecida y pese a la inexistencia de pacto expreso.

Por otra parte, y en relación con el dictamen recaído a consulta C-1077, debe hacerse la rectificación y aclarar que la regla concerniente por la cesión de derechos para el mencionado período de la obra a que dicho dictamen se refiere, consistente en la reproducción total del ensayo intitulado El indio mexicano de Mariano, de Alfonso Caso, no se ha participado al autor mediante regla alguna por dicho caso en virtud de no ser autor del ensayo reproducido por el editor de la obra.

Dr. Salomón M. Tilius, profesor de la Universidad de Connecticut, por haberse - - - - -

con el autor consultado en carta-contrato de 9 de febrero de 1970, referencia - - - - -

A la vez, el suscrito considera que deben entregarse gratuitamente al autor dos ejemplares de cada uno de los ensayos publicados y por publicar de la versión inglesa, excepto de la primera, por no encontrarse ninguno de los seis ejemplares que contractual y gratuitamente están obligados a enviar los editores de la versión inglesa, de los cuales se empujaron y recibieron dos y por otro reclamo - - - - -

por la omisión de envío de los cuatro restantes, según cartas de 6 de septiembre de 1965, de la University of Toronto Press, y comunicación de 22 de octubre de 1965, sobre que posteriormente se entregaron dichos ejemplares, de los cuales deben entregarse cuando menos uno al dicho autor.

En tal virtud, esta propia Asesoría proyecta carta de contestación a dicho autor, para ser suscrita por el Director.

93

Dictamen: Previo examen de la obra original a que se refiere la carta a consulta, editada por esta Institución, y previa aclaración telefónica con el autor, quien confirmó la inexistencia de contrato de edición escrito, por no acostumbrarse en la época de la edición, según dijo, así como la inexistencia de contratos de cesión de derechos por parte de los autores de los ensayos seleccionados, por igual desuso, a la vez que confirma ser autor de la selección, introducción, notas biobibliográficas e índice de la publicación original de que se trata, intitulada El ensayo mexicano moderno, esta Asesoría concluye que, no obstante no ser autor de los fragmentos seleccionados, ni cesionario de los derechos de los ensayistas, dicho autor lo es de toda la obra restante que, con la incorporación de dichos fragmentos ajenos, formó el todo literario y comercial generador de los ingresos económicos del editor de la obra original y del editor de la traducción al inglés, motivo por el cual debe considerarse como acreedor a la participación de las regalías obtenidas hasta esta fecha por concepto de cesión de los derechos de traducción [...]

Fragmento del dictamen convenido entre la Dirección y la Asesoría Jurídica del
Fondo de Cultura Económica, 15 de octubre de 1970.

Anexo I

Índice cronológico de antologías publicadas en México durante el siglo xx y xxi, hasta el 2024.

Una aclaración necesaria: faltan antologías. Entre ellas, las de carácter personal (o autoantologías) y aquellas regionales de ensayo. También quedaron fuera algunas que podrían leerse como temáticas, por ejemplo *El arte del paseo inglés* (Tumbona, 2015) y *Los insidiosos* (El Quinqué Amarillo, 2019) de Luigi Amara, *El arte de la tentación. Antología del ensayo inglés* (Universidad Veracruzana, 2017) de Rafael Antúnez y los tres números que lleva la Colección Disertaciones a cargo de Gris Tormenta en el 2022, 2023 y 2024. Las razones son sencillas: no me fue posible revisarlas por motivos de tiempo y acceso.

Lo mismo ocurre con dos casos singulares: la *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea* de José Gaos —publicada por primera vez en 1945 y reeditada por la Universidad Autónoma de Sinaloa en los años ochenta—, y con la trilogía *Tsunami*, publicada por Sexto Piso a partir de 2018. Si bien ambos proyectos contienen ensayos en abundancia, no estoy del todo convencido de que deban considerarse libros con voluntad ensayística autoproclamada (en el caso de *Tsunami*, por ejemplo, atribuirles el mote de “antología de ensayo” contravendría incluso sus motivos fundacionales). He preferido mencionarlas aquí, en esta nota aclaratoria, porque omitirlas por completo me parecería una omisión más grave.

Otro caso limítrofe son los estudios teóricos que, sin ser antologías en forma, ofrecen un recorrido histórico del ensayo y cumplen funciones similares. Me refiero a los trabajos de Medardo Vitier (1945) y Alberto Zum Felde (1954), ambos ampliamente citados en este libro. No los incluí en el listado por una razón metodológica: he tomado como punto de partida *El ensayo mexicano moderno* (1958) de José Luis Martínez. Preferí dos ensayos publicados en revistas que funcionan como inventarios del ensayo nacional: “El ensayo literario en México” (1993), de Juan Domingo Argüelles, aparecido en la revista *Memoria de papel*, y “Brevísima

relación de los que ensayaron y sobrevivieron en México a fin de siglo” (1996), de Adolfo Castañón, publicado en la revista *Vuelta*.

Por último: la primera versión de esta tabla contenía una columna titulada “Tipo”, la cual pretendía una clasificación tentativa —y posiblemente discutible— de cada antología. La eliminé de último momento. Las antologías publicadas a partir del siglo *xxi* no responden ya a los modelos secos, tradicionales e inamovibles de lo panorámico o programático. Los cuatro números de la serie *El Ensayo* de la UNAM son ilustrativos en este aspecto. Dejo que el lector forme su propio criterio.

Año	Antología	Compilador	Editorial	Ensayistas	Tiraje
1958	<i>El ensayo mexicano moderno Vol. 1</i> , 1era edición	Selección, introducción y notas de José Luis Martínez	FCE	32 hombres, (+1, José Luis Martínez)	4 000
1958	<i>El ensayo mexicano moderno Vol. 2</i> , 1era edición	Selección, introducción y notas de José Luis Martínez	FCE	24 hombres	4 000
1971	<i>El ensayo mexicano moderno Vol. 1</i> , 2nda edición	Selección, introducción y notas de José Luis Martínez	FCE	30 hombres, (+1, José Luis Martínez)	6 000
1971	<i>El ensayo mexicano moderno Vol. 2</i> , 2nda edición	Selección, introducción y notas de José Luis Martínez	FCE	29 hombres	6 000
1971	<i>El ensayo latinoamericano actual</i>	Selección, prólogo y notas de Ernesto Mejía Sánchez y Fedro Guillén	Ediciones de Andrea	20 hombres, 1 mujer	N/E
1972	<i>El ensayo en Hispanoamérica</i>	Selección, edición y notas de Alberto M. Vázquez	Ediciones El Colibrí	19 hombres	3 000

Año	Antología	Compilador	Editorial	Ensayistas	Tiraje
1981	<i>El ensayo hispanoamericano del siglo XX</i> , 1era edición	Selección, prólogo y bibliografía de John Skirius; traducción del prólogo, David Huerta.	FCE	25 hombres, 1 mujer (+1, John Skirius)	3 000
1985	<i>El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis</i> , 1era edición	Prólogo, selección y notas de José Luis Martínez	Promexa	59 hombres	8 000
1989	<i>El ensayo hispanoamericano del siglo XX</i> , 2da edición	Selección, prólogo y bibliografía de John Skirius; traducción del prólogo, David Huerta.	FCE	29 hombres, 2 mujeres (+1, John Skirius)	2 000
1992	<i>El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis</i> , 2da edición	Prólogo, selección y notas de José Luis Martínez	Ediciones Patria y Promexa	59 hombres	10 000
1993	“El ensayo literario en México”	Juan Domingo Argüelles	[Revista] Memoria de Papel (año 3, núm. 5)	+70 hombres, 42 mujeres	N/A
1994	<i>Ensayistas de Tierra Adentro</i>	Presentación y recopilación de José María Espinasa	Tierra Adentro, en coedición con la UASL	20 hombres, 4 mujeres,	1 000
1994	<i>Antología del ensayo latinoamericano</i>	Introducción y selección de Alberto Saavedra Miranda	Escuela Nacional Preparatoria	1 autor anónimo, 2 mujeres, 8 hombres	500

Año	Antología	Compilador	Editorial	Ensayistas	Tiraje
1994	<i>El ensayo hispanoamericano del siglo XX</i> , 3era edición	Selección, prólogo y bibliografía de John Skirius; traducción del prólogo, David Huerta.	FCE	30 hombres, 2 mujeres (+1, John Skirius)	2 000
1996	“Brevisísima relación de los que ensayaron y sobrevivieron en México a fin de siglo”	Adolfo Castañón	Revista Vuelta, 234, mayo de 1996, pp. 33-41	94 hombres, 12 mujeres	N/A
1997	<i>El ensayo hispanoamericano del siglo XX</i> , 4ta edición	Selección, prólogo y bibliografía de John Skirius; traducción del prólogo, David Huerta.	FCE	30 hombres, 2 mujeres (+1, John Skirius)	2 000
1998	<i>Desocupado lector: el ensayo breve en México (1954-1989)</i>	Selección y nota preliminar de Genaro González Enríquez	Verdehago, en coedición con la UASL	12 hombres, 1 mujer	700
2001	<i>Ensayo literario mexicano</i>	Selección de John S. Brushwood, Evodio Escalante, Hernán Lara Zavala y Federico Patán. Coordinador de la edición, prólogo y notas: Federico Patán	UNAM, en coedición con la editorial Aldus y la Universidad Veracruzana	42 hombres, 8 mujeres (+1, Federico Patán)	3 000
2001	<i>El ensayo mexicano moderno Vol. 1</i> , 3era edición	Selección, introducción y notas de José Luis Martínez	FCE	30 hombres, (+1, JLM)	1 200
2001	<i>El ensayo mexicano moderno Vol. 2</i> , 3era edición	Selección, introducción y notas de José Luis Martínez	FCE	29 hombres	1 200

Año	Antología	Compilador	Editorial	Ensayistas	Tiraje
2001	<i>La mirada del centauro: los mejores ensayos de la revista Ensayo</i>	Prólogo y selección de Mary Carmen Sánchez Ambriz	Verdehago	14 hombres, 1 mujer (+1, Adolfo Castañón; +1 Mary Carmen Sánchez Ambriz)	1 000
2002	<i>Ensayo cubano del siglo XX</i>	Selección, prólogo y notas de Rafael Hernández y Rafael Rojas	FCE	31 hombres y 8 mujeres	2 000
2003	<i>El hilo de la memoria. Antología de ensayo de Quebec</i>	Jean-François Chassay	FCE	17 hombres y 6 mujeres	2 000
2004	<i>El ensayo hispanoamericano del siglo XX, 5ta edición</i>	Selección, prólogo y bibliografía de John Skirius; traducción del prólogo, David Huerta.	FCE	32 hombres, 4 mujeres (+1, John Skirius)	2 000
2005	<i>Los mejores ensayos mexicanos. Edición 2005</i>	Selección e introducción de Antonio Saborit, con la colaboración de Ana Marimón	Joaquín Mortiz	24 hombres, 8 mujeres (+1, Antonio Saborit; +1, Ana Miramón Driben)	N/E
2006	<i>El hacha puesta en la raíz. Ensayistas mexicanos para el siglo XXI</i>	Verónica Murguía y Geney Beltrán Félix	Tierra Adentro	35 hombres, 12 mujeres (+1 Geney Beltrán Félix, +1, Verónica Murguía)	2 000
2008	<i>El estilo es la idea. Ensayo literario hispanoamericano del siglo XX</i>	Alberto Paredes	Siglo XXI	33 hombres (+1, Alberto Paredes)	N/E

Año	Antología	Compilador	Editorial	Ensayistas	Tiraje
2010	<i>20 años de ensayo: jóvenes creadores del FONCA</i>	Armando González Torres	Conaculta	21 hombres, 14 mujeres (+1, Armando González Torres)	1 000
2012	<i>Contraensayo. Antología de ensayo mexicano actual</i>	Álvaro Uribe (coord.), selección y prólogo de Vivian Abenshushan	UNAM	8 hombres, 4 mujeres, (+1, Vivian Abenshushan)	1 000
2013	<i>Asedios/Errancias. Muestra de literatura joven de México. Ensayo</i>	Geney Beltrán Félix	Ediciones Sin Nombre / Fundación para las Letras Mexicanas	22 hombres, 13 mujeres,	N/E
2015	<i>Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo XX</i>	Mayuli Morales Faedo	UAM	13 mujeres	N/E
2015	<i>El rey de las bananas. Antología</i>	Joaquín Peón Íñiguez	Paraíso Perdido	5 hombres, 4 mujeres	500
2019	<i>El ensayo Núm. 1</i>	Héctor Perea	UNAM	24 hombres, 20 mujeres	1 000
2021	<i>El ensayo Núm. 2</i>	Luis Jorge Boone	UNAM	22 hombres, 20 mujeres	1 000
2023	<i>El ensayo Núm. 3</i>	Geney Beltrán Félix	UNAM	13 hombres, 13 mujeres	1 000
2024	<i>El ensayo Núm. 4</i>	Brenda Ríos	UNAM	15 hombres, 15 mujeres	1 000

Bibliografía

- Anthologie des essayistes français contemporains*. (1929). Francia: Editions Kra.
- Abenshushan, V., & Uribe, Á. (2012). *Contraensayo. Antología de ensayo mexicano actual* (Álvaro Uribe, coord; Vivian Abenshushan, selección y prólogo). México: UNAM.
- Abreu Gómez, E., & Villenave G., C. (1925). *Antología de prosistas modernos de México*. México: Talleres Linotipográficos “Carlos Rivadeneira”.
- Ambriz, M. C. (2001). *La mirada del centauro: los mejores ensayos de la revista Ensayo* (Mary Carmen Sánchez Ambriz, prólogo y selección). México: Verdehalago.
- (27 de mayo de 2020). Mujeres en el país de Montaigne: ensayistas mexicanas del siglo xx. *Seminario web Vindictas: Sobre mujeres y literatura del siglo xx en América Latina*. México: UNAM. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=d2mb81Q4apw>
- Arciniega, V. D. (1996). *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934–1996)* (2nda ed) (versión digital). México: Fondo de Cultura Económica.
- Argüelles, J. D. (marzo de 1993). El ensayo literario en México. *Memoria de papel. Crónica de la cultura en México*, 3 (5), 5–37.

- Baracs, R. M. (2017). Seis cartas de Carlos Monsiváis a José Luis Martínez, 1970-1972. *Historias* (94), 111-124. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/11426>
- (2018). La obra de José Luis Martínez. *Revista Biblioteca de México* (163-164), 30-53.
- Baracs, R. M, & Ramírez de Lira, M.G. (2018). *Una amistad literaria: Alfonso Reyes y José Luis Martínez. Correspondencia 1942-1959* (edición electrónica). (R. Martínez Baracs, & M. Ramírez Delira, Edits.) México: Fondo de Cultura Económica; El Colegio Nacional.
- Baracs, R. M. (24 de octubre de 2020). Estampas de una amistad: José Luis Martínez y Julio Torri. *El cultural* [suplemento de La Razón] (274), 2-5. <https://www.razon.com.mx/el-cultural/2020/10/27/jose-luis-martinez-y-julio-torri/>
- (2021). *José Luis Martínez, editor*. México: Universidad Nacional Autónoma de México; Academia Mexicana de la Lengua.
- Brushwood S., J., Escalante, E., Lara Zavala, H., & Patán, F. (2001). *Ensayo literario mexicano*. (Federico Patán, coordinador, prólogo y notas). México: Universidad Nacional Autónoma de México; Unviuersidad Veracruzana; Editorial Aldus.
- Carballo, E. (junio de 2014). Entrevista con José Luis Martínez (1988). Protagonista de la crítica literaria. *Revista de la Universidad de México* (124), 10-18. [https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/eb143c57-cfbc-4723-9604-990f69e63c2c/entrevista-con-jose-luis-martinez-\(1988\)-protagonista-de-la-critica-literaria](https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/eb143c57-cfbc-4723-9604-990f69e63c2c/entrevista-con-jose-luis-martinez-(1988)-protagonista-de-la-critica-literaria)
- Carter, B. G. (mayo de 1967). The Modern Mexican Essay. Translated by H.W Hilborn. *Hispania*, 50(2), 397. Obtenido de Jstor: <http://www.jstor.org/stable/337619>
- Castañón, A. (2023). *Fuga a tres voces: José Luis Martínez, Ali Chumacero, Juan José Arreola*. México: cch, Academia Mexicana de la Lengua.
- Chumacero, L. R. (2001). Exterior, forastera y crítica : ensayistas mexicanas del siglo xx. *Tema y variaciones de literatura* (16), 95-112. <https://zaloamati.azc.uam.mx/items/47a483cc-eb07-4062-bc3f-498d12e16704>

- Contreras, C. R. (2020). *Las redes intelectuales del Fondo de Cultura Económica. La colección Tierra Firme, 1941-1956* (Tesis para obtener el grado de Maestro en Historia Internacional). México: Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Obtenido de: <https://cide.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1011/944>
- Enríquez, G. G. (1998). *Desocupado lector: el ensayo breve en México (1954-1989)*. México: Verdehalago.
- Espinasa, J. M. (1994). *Ensayistas de Tierra Adentro*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro.
- Faedo, M. M. (2015). *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo XX*. (Mayuli Morales Faedo, coordinación, selección y notas) México: UAM.
- Faedo, M. M. (2016). *Ensayar un mundo nuevo. Escritoras hispanoamericanas a debate*. (Mayuli Morales Faedo, Ed.) México: UAM.
- Felde, A. Z. (1954). *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*. México: Editorial Guaranía.
- Fernandes, C., & Rodríguez, F. (2005). El ensayo, género y praxis. El ensayo en las escritoras latinoamericanas (Americanismo, traducción cultural y lectura). En *La problemática de la identidad en la producción discursiva de América Latina, Memorias del X Coloquio Internacional de Lengua y Literatura* (págs. 297-311). México: Perpignan. Obtenido de : https://www.academia.edu/2447141/_El_ensayo_g%C3%A9nero_y_praxis_El_ensaismo_en_las_escritoras_latinoamericanas_
- Fondo de Cultura Económica. (2002). *Catálogo histórico 1934-2000*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, J. (1967). The Modern Mexican Essay (Book Review). *Bulletin of Hispanic Studies*, 44 (3), 239-240. Doi:doi:10.3828/bhs.44.3.239b
- Fundación para las Letras Mexicanas. (2013). *Asedios/Errancias. Muestra de literatura joven de México. Ensayo*. México: Ediciones Sin Nombre.
- Garcíadiego, J. (2016). *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México* (versión digital). México: Fondo de Cultura Económica.

- Geney Beltrán, F., & Murguía, V. (2006). *El hacha puesta en la raíz: ensayistas mexicanos para el siglo XXI*. (V. Murguía, & G. Beltrán Félix, compiladores.) México: Fondo editorial Tierra Adentro.
- Higashi, A. (2015). *PM/ XXI / 360º. Crematística y estética de la poesía mexicana contemporánea en la era de la tradición de la ruptura* (versión digital). México: UAM; Tirant Humanidades.
- Hispanic American Historical Review. (1966). *Hispanic American Historical Review*, 46(4), 480. doi:<https://doi.org/10.1215/00182168-46.4.480>
- Krauze, E. (agosto de 2007). El sabio y sus libros. *Letras Libres* (104), 53-60. Obtenido de: https://letraslibres.com/wpcontent/uploads/2016/05/pdf_art_12291_11571.pdf
- Leal, A. C. (1953). *La poesía mexicana moderna*. (Antonio Castro Leal, selección, prólogo y notas) México: Fondo de cultura económica.
- López Brun, M. E. (1993). *Arnaldo Orfila Reynal: la pasión por los libros: edición homenaje*. Universidad de Guadalajara.
- Márquez, C. M. (enero-junio de 2021). Mujeres ensayistas del Caribe Hispánico: Cuba, Puerto Rico, República Dominicana. Un estado de la cuestión. *Revista Ístmica*(27), 57-81. doi:<https://doi.org/10.15359/istmica.27.5>
- Martínez, J. L. (1950). *Literatura mexicana siglo XX: 1910 - 1949 segunda parte. Guías bibliográficas*. México: Antigua Librería Robredo.
- (enero-febrero de 1952). La obra de Alfonso Reyes. *Cuadernos Americanos* (1), 109-129.
- (1955). *La emancipación literaria de México*. México: Antigua Librería Robredo.
- (abril de 1957). La obra de Alfonso Reyes. *Universidad. Órgano de la Universidad de Nuevo León* (14-15), 5-29.
- (1958). *El ensayo mexicano moderno* (Vol. 2) (José Luis Martínez (selección, introducción y notas) México: Fondo de Cultura Económica.
- (1958). *El ensayo mexicano moderno* (Vol. 1) (José Luis Martínez selección, introducción y notas) México: Fondo de Cultura Económica.

- (1963). *De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana*. México: Secretaría de Educación Pública; Instituto Federal de Capacitación del Magisterio.
- (1965). *The Modern Mexican Essay*. (H.W Hilborn, traducción, selección y prólogo) Canadá: University of Toronto Press.
- (1971). *El ensayo mexicano moderno* (2nda ed., Vol. 1) (José Luis Martínez (selección, introducción y notas). México: Fondo de Cultura Económica.
- (1971). *El ensayo mexicano moderno* (2nda ed., Vol. 2) (José Luis Martínez (selección, introducción y notas). México: Fondo de Cultura Económica.
- (1997). *Problemas literarios*. México: Conaculta.
- (1999). *El ensayo y lo mexicano*. México: Secretaría de Cultura Jalisco.
- (2001). *El ensayo mexicano moderno* (3era ed., Vol. 1) (José Luis Martínez (selección, introducción y notas). México: Fondo de Cultura Económica.
- (2001). *El ensayo mexicano moderno* (3era ed., Vol. 2) (José Luis Martínez (selección, introducción y notas). México: Fondo de Cultura Económica.
- (2001). *Literatura mexicana siglo XX 1910–1949*. México: Conaculta.
- Mejía Sánchez, E., & Guillén, F. (1971). *El ensayo actual latinoamericano*. (E. Mejía Sánchez, & F. Guillén, Edits.) México: Ediciones de Andrea.
- Meléndez, M. (julio-diciembre de 1998). Obreras del pensamiento y educadoras de la nación: el sujeto femenino en la ensayística femenina decimonónica de transición. *Revista Iberoamericana*, LXIV (184-185), 573-586. Obtenido de: https://www.researchgate.net/publication/45386145_Obreras_del_pensamiento_y_educadoras_de_la_nacion_el_sujeto_femenino_en_la_ensayistica_femenina_decimononica_de_transicion
- Paredes, A. (2008). *El estilo es la idea. Ensayo literario hispanoamericano del siglo XX. Antología crítica*. México: Siglo XXI.

- Paz, O. (1987). Poesía mexicana moderna. En O. Paz, *Las peras del olmo* (versión digital) (1era ed, 3era reimpresión en Biblioteca Breve ed.). México: Seix Barral. Obtenido de: <https://archive.org/details/lasperasdelolmo00pazo>
- Paz, O., Chumacero, A., Pacheco, J., & Aridjis, H. (1973). *Poesía en movimiento. México, 1915-1966* (7 ed.) (Octavio Paz, prólogo; selección y notas de Paz, Chumacero, Pacheco, Aridjis) México: Siglo XXI.
- Prado, I. S. (2019). El ocaso del paseo. Los nuevos contratos del ensayo literario mexicano en el siglo XXI. En M. *Literaturas en México (1990-2018): Poéticas e intervenciones* (págs. 111-136). México: UNAM. Obtenido de: https://www.academia.edu/87645958/Literaturas_en_M%C3%A9xico_1990_2018_Po%C3%A9ticas_e_intervenciones
- Pratt, M. L. (1995). "Don't Interrupt Me": The Gender Essay as Conversation and Countercanon. En D. Meyer, *Reinterpreting the Spanish American Essay. Women Writers of the 19th and 20th centuries* (págs. 10-26). Estados Unidos: University of Texas Press.
- Reyes, A. (1966). *Obras completas de Alfonso Reyes* (Tomo VIII). México: Fondo de Cultura Económica.
- (1960) *Obras completas de Alfonso Reyes* (Tomo XI). México: Fondo de Cultura Económica
- (2015). *Obras completas de Alfonso Reyes* (Tomo xv). México: Fondo de Cultura Económica .
- Rueda, J. J. (1946). *Antología de la prosa en México* (3 ed.). (Julio Jiiménez Rueda, prólogo) México: Ediciones Botas.
- Rutherford, J. (abril de 1968). The Modern Mexican Essay. *The Modern Language Review*, 63(2), 513-515. Obtenido de <http://www.jstor.org/stable/3723304>
- Saborit, A. (2005). *Los mejores ensayos meixcanos. Edición 2005*. México: Joaquín Mortíz.
- Skirius, J. (1981). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* (1 ed.). (John Skirius, compilador; David Huerta, traductor del prólogo) México: Fondo de Cultura Económica.

- (1989). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* (2 ed.). (John Skirius, compilador; David Huerta, traductor del prólogo) México: Fondo de Cultura Económica.
- (1994). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* (3 ed.). (John Skirius, compilador; David Huerta, traductor del prólogo) México: Fondo de Cultura Económica.
- (1997). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* (4 ed.). (John Skirius, compilador; David Huerta, traductor del prólogo) México: Fondo de Cultura Económica.
- (2004). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* (5 ed.) (John Skirius, compilador; David Huerta, traductor del prólogo) México: Fondo de Cultura Económica.
- Torres, A. G. (2010). *20 años de ensayo: jóvenes creadores del FONCA*. México: Conaculta.
- Traverso, M. P. (2018). *Ensayistas latinoamericanas contemporáneas. Antología crítica. Tomo II: época contemporánea. México, Caribe y América Central*. (M. Prado Traverso, C. Meza Márquez, L. Febres Ayala, & A. Toledo Arévalo, Edits.) Chile: Universidad Playa Ancha; Sello editorial Puntángeles.
- (2018). *Ensayistas latinoamericanas. Antología Crítica. Tomo III: Época contemporánea (América del Sur)*. (M. Prado Traverso, & L. Febres del Corral, Edits.) Chile: Universidad de Playa Ancha; Sello editorial Puntángeles.
- Vitier, M. (1945). *Del ensayo americano*. México: Fondo de cultura económica.

Archivo general del Fondo de Cultura Económica

Expedientes consultados en el archivo histórico de concentración

Martínez, José Luis (COMP.) EL ENSAYO MEXICANO MODERNO, II. Expediente de obra.

Martínez, José Luis (COMP.) EL ENSAYO MEXICANO MODERNO, I. Expediente de obra.

Skirius, John, EL ENSAYO HISPANOAMERICANO DEL SIGLO XX. LEG. 1, 2 y 3. Expediente de obra.

Expedientes consultados en el archivo histórico

Sesión ordinaria de Órgano de Gobierno- Carpeta de acuerdos y anexos.
31/08/1981. Cve: topográfica: Caja 28-U-12. Acervo 5.

Sesión ordinaria de Órgano de Gobierno- Carpeta de acuerdos y anexos.
11/07/1981. Cve: topográfica: Caja 28-U-12. Acervo 5.

Sesión ordinaria de Órgano de Gobierno- Carpeta de acuerdos y anexos.
14/04/1980. Cve: topográfica: Caja 28-U-12. Acervo 5.

Sesión ordinaria de Órgano de Gobierno- Carpeta de acuerdos y anexos.
18/11/1980. Cve: topográfica: Caja 28-U-12. Acervo 5.

Sesión ordinaria de Órgano de Gobierno- Carpeta de acuerdos y anexos.
11/04/1977. Cve: topográfica: Caja 28-U-12. Acervo 5.

Sesión ordinaria de Órgano de Gobierno- Carpeta de acuerdos y anexos.
09/12/1977. Cve: topográfica: Caja 28-U-12. Acervo 5.

Expedientes digitales (archivo epistolar)

Martínez, José Luis, Leg. 1. 1946-1970. Sección correspondencia. Expediente digital.

Martínez, José Luis, Leg. 2. 1971-1977. Sección correspondencia. Expediente digital.

Actas de la Junta de Gobierno

Actas de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica 1950-1951.
Archivo Histórico del FCE. Caja 2. Acervo 1.

Actas de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica 1952-1953.
Archivo Histórico del FCE. Caja 2. Acervo 1.

El ensayo mexicano moderno.

La primera antología panorámica de ensayo en México.

Se termino de editar en octubre en la
Unidad de Apoyo Editorial del CUCSH
José Parres Arias 150, San José del Bajío
Zapopan, Jalisco, México.

Tiraje: 1 ejemplar.

Diagramación: Elba L. Padilla

¿Qué conversación podemos sostener hoy con El ensayo mexicano moderno, la antología de José Luis Martínez que abrió y aún resguarda el umbral del ensayo mexicano? Su lectura marcó a varias generaciones, trazó un mapa de inquietudes intelectuales y dejó un modelo que acompañó buena parte del siglo XX.

Detenerse en El ensayo mexicano moderno implica reconocer su aporte a los estudios de la escritura ensayística. Más que un catálogo de voces, se trata de un ensayo en forma de antología capaz de imaginar una tradición ahí donde apenas se insinuaban sus contornos. Desde esta perspectiva, José Luis Martínez aparece como antólogo y mediador, alguien que enlazó voces, armó continuidades y levantó un horizonte común para el ensayo.

Regresar, entonces, a aquel proyecto panorámico para situarlo en su justa dimensión: un intento monumental de trazar el panorama del ensayo en su conjunto –literario, filosófico, histórico, social– y de fijar su pulso en el tiempo. Se recuperan cartas con el Fondo de Cultura Económica, la sombra tutelar de Alfonso Reyes y el eco particular que alcanzó la desconocida traducción de la antología al inglés. El propósito es doble: pensar la vigencia de aquel proyecto antológico, y, al mismo tiempo, interrogar lo que se volvió visible con el paso del tiempo, en especial la ausencia de voces femeninas, cuya exclusión naturalizada perfiló un mosaico incompleto del panorama ensayístico mexicano.

El volumen incorpora materiales que devuelven vida a la historia de la antología: portadas y contraportadas de todas sus ediciones, cronologías, correspondencia con editoriales y una línea del tiempo de antologías mexicanas. A sesenta y cinco años de su publicación, la antología de José Luis Martínez se reabre como un territorio fértil para nuestras preguntas actuales sobre el ensayo.